

Leonardo Ledesma Watson Barrio laberinto

Narrativa Hispánica



Barrio laberinto

Leonardo
Ledesma Watson
Barrio laberinto

ALFAGUARA



Síguenos en
Penguin Perú



Penguin Perú



@penguinlibrospe



@penguinlibrospe

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El laberinto y la rabia
El último partido del milenio
El fantasma de la Remington
La guerra de los niños
Pequeño manual para entender a mi amigo
Algo fría y con olor a pan
Odio el fútbol
Eileen
Se aceptan devoluciones
Hasta que termine el verano

Legal
Sobre el autor
Sobre este libro

*Para Rafaela, a quien, desde que nació,
le he dedicado libros que no he escrito.
Por suerte, este hace la diferencia.*

*«You come all the way back here to stir up my shit
just because you have a bad memory?».*

Kayleigh Miller. *The butterfly effect*

«Si dejas obra, muere tranquilo, confiando en unos pocos buenos amigos. Nunca permitas que te vuelvan persona mayor, hombre respetable. Nunca dejes de ser niño, aunque tengas los ojos en la nuca y se te empiecen a caer los dientes. Tus padres te tuvieron. Que tus padres te alimenten siempre, y págales con mala moneda. A mí qué. Jamás ahorres. Nunca te vuelvas una persona seria. Haz de la irreflexión y de la contradicción tu norma de conducta. Elimina las treguas, recoge tu hogar en el daño, el exceso y la tembladera. Todo es tuyo. A todo tienes derecho y cóbralo caro».

Andrés Caicedo. *¡Que viva la música!*

El laberinto y la rabia

Cuando algunos escuchan la palabra *barrio* se atemorizan. Un conjunto de procesos químicos empieza a fundirse en sus cerebros; se acaloran, titubean. No saben si sonreír o juzgar, si hacer caso a sus sentidos de supervivencia o adherirse al camuflaje que les brinda el estar al lado de diez tipos cuyo respeto se mide en número de personas asesinadas y de ingresos a la cárcel. La vida en las calles no se parece mucho a lo que plantean las ficciones, pues la sangre no siempre suele manchar las paredes y la lealtad de los líderes no es imperecedera ni inmutable: la realidad es menos poética, menos articulada, menos épica. La violencia es perpetua, pero quienes no conviven con ella solo la ven en los noticieros, reflejada en armas de fuego, paquetes de droga y persecuciones avezadas. Todos los que estamos aquí, probablemente, vamos a morir más temprano que tarde.

*

Los policías llegaron a mi casa y entraron sin pedir permiso, me golpearon con una vara de metal, insultaron a las mujeres y pusieron a los niños de cara al suelo. Mi abuelo, un anciano de ochenta y siete años, no hizo más que recriminarles tal atropello mientras era observado como un orate al que el mundo ignora a pesar de los gritos. Con el paso de los minutos, al no encontrar lo que buscaban, irritados, empezaron a retroceder mientras me amenazaban: «Negro, no creas que no vas a caer».

Les habían dicho que guardaba el botín del robo a tres grifos de la noche anterior. Yo me había negado a participar en el atraco, pero quisieron hundirme.

Nuestro barrio era un laberinto. Un amplio cuadrante lleno de edificios, pasajes, grutas y puntos ciegos de los que emergían gemidos, sombras y humo. Habíamos vivido allí toda la vida. Los muchachos de este barrio habíamos crecido de manera dispersa: proveníamos de familias que coexistían en un mismo territorio, pero que tenían tradiciones y costumbres diferentes. Nuestros primeros recuerdos se remontan a una pelota de fútbol; los siguientes están manchados de cocaína, balas y muerte. En los últimos dos años habían asesinado a cuatro de nuestros hermanos, otros se habían alejado de esta vida y ya quedábamos muy pocos. Nos habíamos hecho viejos. Algunos pasábamos los treinta con holgura y los más jóvenes se estaban uniendo a las próximas generaciones que poco o nada sabían de códigos ni de respeto.

El Doctor creía que ahora llevaba la batuta de todo lo que ocurría. El Macha y yo, por ser los mayores, éramos algo así como los fundadores honorarios a los que se debía venerar hasta cierto punto, aunque ahora todo era más pragmático, pues ya no manejábamos asaltos ni ajustes de cuentas. Las pandillas se habían convertido en algo similar a un club político donde todo era negociable. Los enfrentamientos por marcar territorio o manifestar una posición ideológica —si

es preciso el término— ya no estaban de moda. No tenían sentido para los más jóvenes, no servían de mucho. El honor de estos últimos tiempos solo se medía en billetes.

Nos reunimos un viernes para discutir el asunto de los grifos asaltados. Dentro de la unidad vecinal, durante la madrugada, solo había gatos, cuidadores de carros y algunos borrachos que se aferraban a la lucidez del alcohol. Lo primero que hice al llegar junto al Macha fue pararme al lado del Doctor, frente a todos, y callar. Debía esperar que alguno de ellos abriera la boca, pues mi plan era observarlos fijamente hasta que entendieran que yo sabía de la trampa. El Doctor tampoco hablaba, solo acariciaba su reloj brillante, observaba sus bíceps y jugaba con las llaves de su automóvil como quien mata el tiempo.

«Sea quien sea que haya sido, lo sabré. Por la puta madre que lo sabré, y el responsable se va a morir. A menos que me diga ahorita quién le dijo que lo hiciera, se va a morir. Porque ninguno de ustedes tiene los huevos para meterme la pinga por iniciativa propia. Voy a quedarme en silencio cinco minutos. Si nadie habla, me iré y luego ya saben», les dijo mientras mostraba el pulgar hacia abajo.

El Doctor se había ganado su apelativo cuando alguna vez lo hirieron en una pelea callejera, detrás del mercado, y se negó a ir al médico. Gritando desaforadamente, con un corte en la panza, no dejaba de repetir: «No me lleven, el doctor soy yo, el doctor soy yo». La primera vez que tuvo dinero sucio en sus manos, luego de atracar un pequeño tragamonedas de la avenida Manco Cápac, no tuvo mejor idea que comprarse unas horrendas zapatillas y cadenas de oro, para luego hacer un par de fiestas con todas las personas que se podían alquilar con algunos cientos de soles por noche. Así, cada vez que robaba algo, el Doctor compraba más gente, más drogas y más notoriedad. Poco a poco los más viejos se fueron retirando o muriendo, así que él, por descarte, se fue quedando más y más arriba.

El Macha y yo nos hicimos más cercanos cuando nos dimos cuenta de que las canas ganaban terreno en nuestras cabezas. Teníamos trabajos de medio pelo para justificar ocasionales ausencias ante nuestras familias. Dejamos de emborracharnos con los más jóvenes y de meternos en líos con la policía, pero de vez en cuando nos mezclábamos para ver la evolución de todo: las pandillas dejaron de existir como las concebíamos y los enfrentamientos con otros barrios cesaron, pero la violencia no. Ahora había más muertos que heridos y era extraño ver una reunión como aquella en la que confronté a todos. Las juntas ya no se hacían en las esquinas, ni de madrugada. Tampoco había campanas que nos previnieran de los soplones. Todo estaba permitido a la luz del día, en pequeños establecimientos de comida o barberías, alrededor de autos deportivos y con licores finos. El Doctor había impuesto un nuevo estilo de hacer las cosas, una singular forma de manejar los miedos, de atormentar a los vecinos y de corromper a los más pequeños. Había salido del *underground* para instaurar aquel estado de normalidad en la superficie.

Tras la reunión se me acercó el Piwi. Nunca le había apuntado a alguien con un arma de fuego, ni en sus sueños más violentos en los que seguro se veía en el lugar del Doctor. El Piwi intentó ser cuidadoso al hablarme, incluso evitó que el Macha estuviese presente. Se me acercó con el miedo de alguien que no sabe bien lo que está haciendo, pero que sabe que está bien hacerlo. La escala moral del Piwi no era una casualidad; cargaba con la etiqueta del vencido, del arrollado por la vida, de aquel que no encuentra su camino y de pronto se ve rodeado por un grupo de malhechores que le han prometido cuidarlo y quererlo como la familia que no lo cuidó ni lo quiso. Era uno de esos niños-hombres que jamás tuvieron más que un camino de una sola vía.

El Piwi tenía que decirme algo con urgencia, algo que no podía esperar ya que cada minuto significaba un poco menos de tiempo para quienes aún confiaban en mí. «U-u-usted sa-sa-sabe que lo-lo resss-peto», empezó diciéndome y luego intentó continuar mientras me miraba a los ojos. Antes de que pronunciase con dificultad la segunda frase le pedí que se detuviese, que era muy peligroso para mí que me lo dijese allí, cuando había demasiados oídos escuchando. «Nos vemos a las dos de la mañana debajo de los pilares grises», le dije y me fui.

Los pilares grises eran una agrupación de construcciones que sostenían un edificio malhecho y berrinchudo. Rufianes y gatos dormían en las esquinas y daban la impresión de no separarse nunca. Allí, entre la basura y los escombros, me junté con el Piwi. Empezamos a caminar y, conforme avanzábamos, iba sorprendiéndome con un relato tan sinuoso como los pasadizos donde nos hallábamos. Su forma de hablar se confundía con el ruido de los automóviles que pasaban a lo lejos, y las cosas que me contaba adquirirían el mismo sentido de ese espacio donde todo era dispar, a pesar de su estructura única y melancólica. Tras la confesión del Piwi, en la que me reveló quién había sido el encargado de llevarle la información a la policía, le di una palmada en el cuello. Cuando empezó a alejarse de mí, lo llamé con un tímido silbido. Me acerqué y le dije que lo acompañaría. De las sombras emergieron lentamente unos hombres, pero el Piwi no se dio cuenta. Di la vuelta y les hice una seña con los dedos. Un ataque de conmiseración hizo que mirase al Piwi: era un joven grande, triste, con los ojos feos y sin mayores chances. El espécimen perfecto para ser convertido en traidor. Y yo no me podía manchar las manos más de una vez.

Aunque tenía claro que el Doctor era quien había decidido dejarme fuera, mi sorpresa fue enorme tras lo del Piwi, quien me confesó que todo había sido un plan del Macha y no pude sino permanecer despierto durante la noche, pensando y oyendo el sonido de un barrio que sabía no volvería a ser el mismo al día siguiente.

Decidí buscar al Macha por la mañana. Lo llamé por teléfono y le pedí que estuviese listo lo antes posible para salir rápido, pues tenía asuntos urgentes que aclarar con él. El Macha me hizo caso al pie de la letra. Volvimos al barrio por la tarde. El Doctor estaba tendido parcialmente sobre el capó de su automóvil, rodeado de varios jovencitos con los pantalones a la cadera, las

manos en las hebillas y las zapatillas anchas. Ya le había dicho al Macha cómo iba a ser la cosa. Él solo tenía que seguirme. Yo tenía que cuidarme las espaldas como podía. No debía confiar en nadie y la intuición era lo único que me mantendría vivo. Éramos casi treinta personas en aquel lugar, incluyendo al Piwi y al Doctor. «Qué pasa, mi negro», me dijo este. No le contesté y señalé al Piwi. «Ven para acá», le dije sin temor. No me hizo caso, pero hablé más fuerte. De los edificios alrededor del estacionamiento surgieron las cabezas de algunas vecinas viejas. Todos nos miraban. Cogí al Piwi del cuello y lo puse a mi lado. Observé al resto y me volteé hacia el Macha. Saqué el arma de la parte trasera del pantalón y le apunté de lado. Todos se asustaron. Las personas ya no solo se asomaban por las ventanas, sino de atrás de los pilares, de las grietas, de los resquicios. El Macha empezó a gritar, a decirme que estaba loco, que no entendía qué pasaba. Le dije que el Piwi me había contado todo, que yo sabía que él había sido el soplón con la policía, que me había querido cagar para quedarse como el único veterano del lugar, que yo era un estorbo.

De los edificios descendieron los gritos exhortándome a que dejase de apuntar al Macha. Vi en el rostro del Piwi un gesto que no era claro, pero que reflejaba, en el fondo, una culpa infinita. El Macha sacó un arma y la levantó hacia el Doctor, que inició su propio proceso de desesperación. Yo apuntaba al Macha y este al Doctor. Macha volteó y me guiñó el ojo; señal inequívoca de lealtad y comprensión. Inmediatamente apunté la pistola a la sien del Piwi y hasta pude sentir el sudor frío en su cuello. El Piwi estaba petrificado. «Hay una mierda que es verdad, Doctor, hay algo que no necesita ser explicado para todos los que están acá observando, una verdad que debes confesar si no quieres que el Piwi muera», dije lentamente. Yo sabía que jamás le dispararía al Piwi, pues para el Doctor su muerte no significaría nada. El Macha también lo sabía. Los demás pensaban que nos habíamos vuelto locos. El Doctor creía que si yo mataba al Piwi no podría probar que había sido él quien orquestó todo solo para que nos matásemos entre el Macha y yo. Para el Doctor no había un dilema. Para mí tampoco. Ni para el Macha, quien ya estaba al tanto desde la mañana.

Fue al Piwi a quien tuvimos que manipular para afinar los impulsos y la rabia que llevaba enquistados en el alma. El Piwi, en ese momento, entendió que el Doctor no movería un dedo para salvarlo de mi locura temporal, así que volteé el rostro a menos de cinco centímetros del suyo y le guiñé el ojo. Sintió que el arma se aflojó de su sien y me golpeó levemente en la barriga. Me quitó el arma y, ante la sonrisa estúpida del Doctor, le disparó. El Doctor puso su mano sobre la herida, observándola mientras babeaba sin caerse aún al piso. Algunos gritaron y otros se quedaron inmóviles como gárgolas. Después de aquel momento transcurrido como en cámara lenta, el Piwi adquirió consciencia y jaló el gatillo tres veces más, alojando las balas en el pecho del Doctor.

No hubo mayor valoración sobre el hecho: se había muerto un mal tipo, un delincuente cobarde sin ningún código. Nadie le tenía cariño ni respeto y el miedo era solo un estado

anecdótico del momento. El escándalo se centró en el chismorreo y en las fabulaciones de los vecinos que presenciaron uno de los hechos más antiguos del mundo: un hombre ajusticiando a otro luego de adquirir consciencia de que lo han manipulado y de que no tiene nada que perder.

Siempre he creído que se puede perder la guerra, pero no la batalla. Sí, al revés. La batalla, la específica, la del momento, siempre hay que ganarla. La guerra, esa cosa más grande e injusta, ya se nos escapa, no nos importa, que sirva solo para la venganza o los negocios. Lo que venga primero.

El último partido del milenio

El último partido del milenio lo jugamos con dos piedras y una pelota a la que se le notaba el bláder. Quienes se han barrido en una pista o sobre una losa polvorienta, llena de hormigas y grietas, sabrán que no se le puede llamar globo, caucho o elástico; que en los barrios, donde la amistad se confirma con la devolución de una pared o con una huacha vergonzante, le llamamos bláder.

Tengo los recuerdos más comprimidos que difusos, pues a mi mente acuden pequeños episodios, muy específicos, de lo que ocurrió ese día: la elección de los equipos, la camiseta que me había puesto, la atajada del partido, la atropellada de Camilo al gordo Jesús para que no metiera el gol que nos complicaría todo, el empate, el gol del triunfo. Si tuviera que contar episodio por episodio cómo es que concebimos ese último encuentro el 31 de diciembre de 1999 (el último día del milenio, nos habían dicho), me demoraría una novela entera, y esa no fue una novela, fue un momento verdadero y sublime en el que a los once, doce, trece, catorce y quince años nos hicimos más amigos luego de robar la copa en la tienda de Óscar.

Pues sí, el premio mayor que el ganador ostentaría esa noche de Año Nuevo, el trofeo que significaba la gloria de unos y la pena de otros, no era más que una caja gigante de dentífrico que fungía de publicidad itinerante en una de las tiendas del barrio.

Los equipos están balanceados: el mejor arquero para un lado y el mejor defensa para el otro, un talentoso al lado de un rústico rompe piernas, y el del remate fuerte con el más pequeñito al que hay que cuidar y no entrarle con vehemencia. La medida de los arcos es de tres cuadrados — cuatro cuando toca patear un penal— y la pelota aún no tiene el bláder afuera.

El partido se desarrolla con la normalidad de aquellos en que se juegan cosas importantes como la inmortalidad milenaria, el honor de la historia, la vergüenza deportiva de los goles bonitos y una copa amarilla que dice Kolynos. A casi nadie le importa que ese pedazo de cartón se vaya a destruir en la noche, lo máspreciado es pasearlo en círculos y alzarlo en la cara del rival, matándolo de pena. Y así ocurre.

El partido se juega a diez goles. Once si llegamos al nueve a nueve. Entonces empieza y la cosa va pareja, los remates de larga distancia, los regates y los intentos de huacha adornan el repertorio de lo que tiene que ser un barrio. El día nublado de diciembre se contrapone al brillo de las jugarretas pendencieras de los habilidosos y las faltas malintencionadas se sacan con una barrera que no retrocede más de diez centímetros. Para cuando vamos siete a siete, el día se hace más oscuro, así que hay que apurar la marcha y los goles. Ya no hay espacio para bicicletas o elásticas, nos hemos contaminado con ese juego de contragolpe y pelotas largas, de bajada de pecho, pivotes y cabezazos potentes. Cuando llega el nueve a nueve y, a los costados, los

suplentes, los lesionados y los curiosos se comen las uñas y resguardan el trofeo de cartón, entra un tiro potente del gordo Jesús. Carlos, con su antigua camiseta azul y oro Vega Veguita, se estira y la bola entra limpia. Nada de palo gol no vale, nada de muy alto, rodilla para abajo es la regla y nos jodemos en el acto. Diez a nueve y ya no sé dónde está David. Seguramente se fue a bañar para buscar a Valeria por la noche. Ahora solo me queda Alfredo, el socio velocista y potente que puede romper ese marasmo de toque al que nos han sometido esperando un error para darnos la estocada del undécimo gol. Sin embargo, como dicen los comentaristas futboleros, a la salida de un rebote, desde el borde de un área grande improvisada y gris, le pego con dirección, allá, al palo... a la piedra más lejana del arquero, la única que dicta el camino luego de varias piernas sudorosas. La pelota y el bláder entran limpiecitos y con efecto; diez a diez y quedamos en que solo va a ser a once porque se va a ir la luz del día. Los postes amagan con encenderse y el Chany con abrir. Hay que acabarlo para poder tener tiempo de levantar la copa. Entonces nos atacan, se abalanzan contra nuestra defensa que es custodiada por un tipo enjuto y desgarrado de quien casi no me acuerdo. Alfredo y yo estamos arriba, molidos, exhaustos y mirando de soslayo la copa amarilla. Corremos hacia la defensa y recuperamos la pelota que ahora se acerca al arco de ellos, que ya se fueron y no van a bajar. Siento el bláder entre los talones. Eludo a un rival con facilidad y quedamos frente al arquero, un tipo cuya corpulencia no deja espacios libres, así que estamos ahí los tres, fregados, con la lengua afuera, con las rodillas reventadas y con la responsabilidad de no fallar: son ellos o somos nosotros, es el arquero o es el gol. Entonces, en un ataque de solidaridad, amago al portero y ahí Alfredo me pierde la fe, sin embargo, ya lo tengo medido, pues cuando el tipo se me tira a las piernas con las manos adelante, la paso con el taco para que Alfredo haga su trabajo y meta el último gol del mundo en el milenio que se inventó el fútbol.

El fantasma de la Remington

Desde la ventana de mi habitación escucho a alguien que podría ser el padre anciano de mi vecina, también en su habitación, tecleando en una Remington. ¿Que cómo sé que es una Remington? No hay duda. Crecí entre máquinas de escribir, en redacciones polvorientas, rodeadas de papeles agrietados y amarillentos, impregnadas de sudor y olor a cigarros. Mi abuelo era un periodista de esos que no salían de universidades, sino de prostíbulos. Así que me resulta bastante fácil reconocer el sonido profundo de las Remington, el agudo y corto de las Olivetti, el chillón de las Olympia y hasta el intermitente de las Underwood, por ejemplo. Las Remington dan miedo, parecen haber sido construidas por el diablo o por alguno de sus ayudantes.

La experiencia de vivir, si no es intensa, entonces no la entiendo. La de morir quizá sí la entienda un poco más, aunque es irónico porque no estoy muerto, pero ambas situaciones deben parecerse mucho a esto: de una ventana, desde las sombras, emergen los sonidos de las teclas; de la otra, sin que esté a oscuras, no se oye nada. Y allí estoy yo. Pero la Remington sigue y no la tengo que ver, más o menos como la muerte, que llega a diario, pero se nos hace visible cuando pasa a nuestro costado. Mientras más a nuestro lado, más notoria; mientras más cerca, más ilustrativa.

Estoy en la Unidad Vecinal de Matute y tengo la certeza de que mi vecino no está haciendo algo para que lo entiendan, sino para entenderse a sí mismo. Cuando yo era pequeño lo veía salir de su casa. Supongo que iba a la tienda, pues no se demoraba más de diez minutos. Ya en ese tiempo usaba bastón y cuando lo saludaba él tenía que afinar la vista para reconocermé y responderme. Aunque yo era algo chico, podía calcular su edad: era septuagenario, sin duda. Bueno, lo confirmo ahora que ya han pasado más de diez años y no lo veo, pero lo oigo teclear. Con más de noventa no creo que tenga fuerzas para eso, ¿o sí?

A quien sí veo es a su hija, una cincuentona soltera que le presta plata a la gente, a cualquiera, y luego le cobra el cincuenta por ciento. De eso vive, creo. Porque a su Remington la sigo oyendo en las noches.

Una vez, cuando estaba llegando a mi casa a las cuatro de la mañana, acompañado de una muchacha, me quedé observando la ventana oscura desde el pasadizo del edificio. La muchacha no tenía idea de qué hacía con la cabeza levantada y pensó que había perdido mi atención. No se oían las teclas, por más que yo me concentrara en observar los cristales. «¿Estás bien?», me preguntó ella un par de pasos antes de llegar a mi puerta. La cogí de la cintura y la superpuse contra la baranda, la besé como para hacerle el amor en ese momento, en la calle, pero sentí que

alguien me observaba. Fue en ese instante cuando la Remington se activó y siguió el mismo ritmo que yo aplicaba en la piel de la muchacha.

Tuve pánico y le pedí que entrásemos a mi casa. Ella no reparó en mi miedo, creo, así que subimos a mi habitación. Ya en el cuarto, se despojó de su camiseta y del brasier y empecé a besarle los senos. A ese mismo compás trabajaba la Remington. «¿Qué es eso?», me preguntó ella. «Olvídate», le respondí. Se olvidó poco antes de descender hacia mi sexo, y fue entonces cuando no supe si las teclas sonaban en el cuarto de la casa de al lado o en mi cabeza.

Traté de concentrarme durante todo el acto, de no pensar en un anciano escribiendo dios sabe qué, pero el sonido se mezclaba con cada tocamiento, servía como música de fondo y hasta parecía tener más peso que los gemidos de la muchacha. Al cabo de veinte minutos, eyaculé en su abdomen y el sonido se detuvo. «Voy a dormir un rato, prefiero que amanezca para irme», me informó ella luego de limpiarse.

La rutina de la Remington es sencilla: empieza cuando yo la puedo escuchar, y termina luego de que me duermo.

Una tarde, mi amigo Claudio toca mi puerta para pedirme un favor: «Necesito trescientos soles, es urgente». No poseo esa cantidad. «Vamos a pedirselo a la vecina, ella presta plata», le digo.

Mi vecina abre la ventanita de la puerta de vidrio y le comento la situación. Nos dice que no hay problema, pero que se debe pagar en quince días como máximo. Claudio la escucha con atención, sin embargo, yo estoy pendiente de lo que pasa detrás de su cabeza, de lo que hay dentro de la casa. Quiero descubrir a alguien escribiendo.

«¿Qué estás mirando?», me dice la vecina. «Nada. Hace mucho que no veo a su padre», le respondo. Ella cambia la expresión de su rostro y me dice: «Está en el hospital». Le digo que lo siento mucho y me muestro amable. Le ofrezco mi ayuda y le comento que espero que su padre se recupere pronto, que quizá no sea nada grave y que tal vez se quede solo por precaución. «Lleva más de un año en coma», sentencia. Dejo de pensar en la muerte y se apodera de mí una sensación de incertidumbre y miedo; me siento vacío.

Por la noche me quedo entre las sábanas, con la televisión, la computadora y el resto de los aparatos apagados. Atento. Me levanto. Fumo un par de cigarrillos al lado de la ventana. Camino dentro de mi habitación. Me echo en el suelo y golpeo repetitivamente la pared con una pelota de tenis. Así durante un rato. Nada. Hacia las dos de la madrugada, la Remington empieza a sonar y no se detiene durante algunas horas. Me duermo con los primeros rayos del sol.

¿Acaso el alma de un tipo al borde de la muerte vuelve a su hogar, a sus pasiones, a lo que quería hacer o hacía? Es una pregunta bastante estúpida para un caso tan sencillo. La actitud detectivesca se instala en mi cabeza, ya no puedo escapar de mi curiosidad, así que voy a preguntarle a mi vecina qué es lo que ocurre. Abre la puerta, pero no me invita a pasar, me

atiende en el pequeño descanso. Evito los rodeos, aunque honestamente no tanto, pues le comento que he escuchado las teclas de una máquina de escribir. Le pregunto, como para suavizarla, si la vende y cuánto cuesta. Me aprovecho de su ambición que colinda con la crematomanía.

En todo momento niega la existencia de una máquina de escribir o de un escritor o hasta de algún papel en su casa. Me voy sin creerle, aunque sin alguna prueba que aclare mi duda.

Al cabo de dos semanas, Claudio me busca y me despierta con urgencia. «Levántate». Mi amigo ya tiene el dinero para pagarle a mi vecina, pero no se atreve a acercarse a su casa ya que, en la puerta, un grupo de personas vestidas de negro comparten café y hacen bromas en voz baja. El rostro de mi vecina está más inexpresivo que de costumbre. No hay necesidad de preguntar a quién están velando, así que nos acercamos para dar el pésame y mostrar nuestro respeto (y de paso para que Claudio pague, pues a la vecina solo le falta estirar la mano).

Le insisto a Claudio para acercarme al cajón. La muerte solo me es soportable si está detrás de un vidrio, en una urna.

Ahí está el viejo, el fantasma de la Remington, ese señor que, creo, no me deja (o dejaba) dormir, pero al que, en el fondo, admiro por su dedicación a la escritura. Está helado, inexpresivo, elegantemente vestido. Está muerto.

Claudio paga lo que adeudaba, yo dejo de ver el cadáver y nos vamos de allí. Desde mi ventana, observo cómo se llevan el féretro. Me acuesto en la cama y duermo.

Tras un par de días, la policía irrumpe en el barrio. Los agentes corren entre los pasadizos, pero no se llevan las manos al cinturón para coger el arma, así que los vendedores de merca están tranquilos. «Algo ha pasado (y no somos nosotros)», parecen murmurar entre ellos.

Asomo la cabeza por la ventana para ver a los agentes someter a mi vecina. Están bien preparados, pues hasta traen su propio periodista para la exclusiva. Mientras los agentes la detienen y también, extrañamente, a un hombre que luego sabría que es su hermano (y que hasta ese momento yo no había visto por ahí), el reportero va narrando en vivo la misión oficial: «Desde el corazón de La Victoria, en la Unidad Vecinal de Matute, agentes de la División de Investigaciones de Estafas y otras Defraudaciones (DIVIEOD) han intervenido la morada de dos hermanos cómplices del fraude y la falsificación de documentos relacionados con herencias adulteradas. En el interior de la casa se han encontrado centenares de folios, máquinas de escribir, planchas de sellos y rotuladores especiales para diversos documentos, entre ellos, el testamento real de su propio padre —fallecido hace apenas unos días—, el cual se encontraba a punto de ser transcrito y modificado para beneficio de los estafadores. Trascendió que estos hermanos serían parte de una red internacional de falsificación. En vivo para Canal Z, desde La Victoria, informé...».

Con la Remington se acaba el misterio. Nunca hubo fantasma, pero lo peor es que tampoco hubo escritor. Nadie tejía historias románticas al lado de mi ventana, solo uno que otro documento falso. Estoy tan pesimista que hasta llego a pensar que, solo para joderme el día, el viejo era analfabeto.

Cuando apoyo mi cabeza en la almohada, afuera, los vecinos siguen pendientes de la noticia. A mí ya no me interesa. Ahora prefiero un hecho sobrenatural a uno policiaco, aunque el realismo sucio casi siempre frustra los planes de lo fantástico o de la ciencia ficción.

Despierto en la noche, cuando todo ya ha pasado, y empiezo a rebotar la pelota de tenis contra la pared; va y viene, va y viene. Lo hago con debilidad, así que la bola se queda a medio camino. Cae. Comienza nuevamente la Remington, pero ahora mucho más suave, con un ritmo de despedida, como de quien escribe una novela de grandes tramas o una que cuenta su propia vida, pero no las ajenas. La Remington es agradecida y fiel, imagino, y es que a los hombres que son traicionados por los hijos, solo les queda la máquina. No más.

La guerra de los niños

No había más que historias ajenas. Casi siempre exageradas y sometidas al escrutinio colectivo. Cuentos que no sabíamos cuán ciertos eran. Ninguno de nosotros tenía nada para decir de primera mano porque en doce, trece o catorce años no nos había pasado nada extraordinario y todo nos lo habían contado los grandes o lo habíamos visto por la tele. Nada más. El mundo se reducía a una placentera ignorancia generalizada, propia de una edad en la que tener facultades críticas era algo terrible. Pero ese día, ese día empezamos a obtenerlas y se dio inicio a nuestra historia. Y nuestra historia comenzó con un cuerpo.

Solo dos o tres de nosotros estudiábamos en el mismo colegio y nunca tomábamos la misma ruta: a uno lo llevaba el padre, al otro lo recogía la movilidad y yo me iba caminando. El resto partía en diferentes direcciones. Por las tardes, casi a diario, nos uníamos todos en el mismo patio. Pero un día en que salí más temprano que de costumbre y casi no había personas en la calle, encontré muerto a Michael. Estaba tirado al lado de unos arbustos ennegrecidos que parecían quemados. Tenía la cara magullada y la ropa con sangre. Su cuerpo estaba lívido y sus ojos seguían abiertos como en una expresión de extravío. Me asusté tanto que no me dio para gritar, sino para correr. Corrí de vuelta a casa y le dije a mi madre entre balbuceos que me siguiera. La jalé de la bata y ella no opuso resistencia. Cada paso que daba era más inestable que el anterior y la cara se me desencajaba entre los mocos, las lágrimas y la locura. Mi madre, como todas las madres del barrio, sabía que solo algo realmente grave me podía poner así. Cuando llegamos al lugar, ella pegó un grito que hizo salir a todos. Juan Manuel, Ricardito, Mariano, su hermana Greta y el Loco Junior aparecieron con el pan y el cuáquer en las manos y se encontraron con la peor de las imágenes.

Llegaron los viejos de todos, los vecinos y, finalmente, los padres de Michael. Su madre se desmayó y se armó un lío. Su padre, en un acto de desesperación, quiso abrazar el cuerpo y tratar de reanimarlo, a pesar de saber en todo momento que eso era imposible. Estaban también los más sensatos que pedían que no lo tocasen hasta que no llegase el fiscal o la policía, y los curiosos que no tenían mucho que hacer por ahí, pero se topaban con la fotografía de un programa policial. Nosotros, Juan Manuel, Ricardito, Mariano, su hermana Greta, el Loco Junior y yo nos miramos con los ojos llorosos sin saber qué hacer porque la única certeza que teníamos era que habían matado a nuestro amigo. Sí, matado. Jamás pensamos que se había suicidado o que había terminado allí por accidente. No. A Michael lo mataron y aunque sabíamos que la policía iba a investigar y que quizá resolvería el crimen y encontraría al asesino, la cosa no volvería a ser la misma. Como ninguno había partido aún para el colegio, nuestros padres decidieron que no fuésemos porque andábamos en *shock* —ellos tanto o quizá más que nosotros—, así que ese día,

después de que se llevaron el cuerpo y cuando ya se había despejado todo, nos juntamos por la tarde. Teníamos que hacer algo, lo que fuese. Y como se nos ocurrieron varias ideas sobre lo que había podido pasar, se nos dio por resolver la cosa por nuestro lado antes de que diesen con el victimario.

A Michael lo queríamos como a un hermano. Era uno de nosotros. Se había metido en tantos líos y palomilladas como las que se pudiesen contar, pero nunca con mala onda. De pendejo no pasaba. De astuto y jodido no trascendía a los recónditos lugares a los que otros ya habían llegado. Michael tenía catorce años, dos más que yo, y la vida lo había puesto de nuestro lado quizá para decirnos que nos íbamos a ir todos juntos hasta la adultez, pero no fue así. Lo mataron a golpes, le malograron el futuro y nos malograron la infancia. Los recuerdos nunca volvieron a ser los mismos. Sus padres se separaron con el tiempo. Tenían otro hijo, pero Michael era el mayor, la esperanza vital que se apagó porque un tipo, según lo que pensábamos nosotros, lo agarró a golpes para cobrarse una riña por celos.

Como dije, Michael era un tipo vivaracho, que siempre te hacía bromas, te llevaba al límite, pero te terminaba ayudando. Así, con esa personalidad casi única y muy del lugar donde habíamos crecido, conoció a Malena —contracción de Magdalena—, que vivía un par de barrios más allá. O sea, a cuatro cuadras, más o menos. Michael, como era uno de los mayores, caminaba un poco más allá de esos límites mentales que nos habíamos puesto porque nos daba la gana. Él bajaba a un lugar que se parecía al nuestro y se llamaba La Pólvora. Allí era un forastero, un extraño, un viajero que tenía que mostrar las credenciales para caminar en paz. Allí vivía Malena, una chica de su edad a la que habíamos conocido un día cuando pasaba por la avenida y a quien Michael había abordado entre chistes, con una gracia muy de él. Malena tenía el cabello rizado y las piernas flacas, y a nosotros nos hizo gracia; parece un escobillón, le habíamos dicho, pero él solo se había reído sin desistir en su plan de conocerla. Se acercó y le habló sin que pudiésemos saber qué le decía. La cosa es que, a lo lejos, la vimos reír antes de subir al bus. Ya está, nos dijo Michael cuando regresó de su pequeña misión. Nos contó que le había hablado muy distinto a como nos hablaba a nosotros o le hablaba a cualquiera, que le había dicho incluso su apellido y que la había invitado a pasear por el parque. Michael era así, casi inverosímil, con un caminar especial, distinto, un tipo que al verlo de lejos ya sabes que te va a caer bien.

—A Michael lo mató el hermano de la Malena, no tengo dudas —dijo el Loco Junior sin ruborizarse.

No nos pareció una teoría avezada, ni muy mandada. Nos cerraba.

Pasaba lo siguiente: el hermano de Malena era un chico jodido, mayor que nosotros, dieciocho o diecinueve años. La cosa es que era mayor de edad y le tenía hambre a todo aquel que se acercase a su hermanita. Nunca lo supimos, pero en ese tiempo estábamos seguros de que

era de los que consumían y andaba en mancha con quienes tenían carro. Un agrandado. Como para que ni te metieses con su hermana. Pero Michael se metió con ella.

Michael nunca dejó de jugar con nosotros. Casi con un reloj pegado en la nuca, andaba en el barrio hasta las seis, hasta la hora que se prendían las luces de la calle, y luego se metía a bañar a su casa. En treinta minutos o cuarenta a lo mucho ya estaba en la calle, perfumado y con el polito de cuello bien bacán que lo hacía parecer mayor. Nosotros, que aún seguíamos vagando por ahí, lo veíamos salir del barrio y lo saludábamos desde lejos sabiendo a dónde iba. Así pasó el primer mes y el segundo. Sin sobresaltos y con una rutina muy marcada. Un día, Michael nos dijo que tenía una fiesta en lo de Malena, en su barrio en realidad, y nos pidió a mí, a Ricardito y al Loco Junior que fuésemos con él. A Juan Manuel también le dijo, pero él tenía otro tono, uno más pituco, esos a los que siempre iba cargando la cámara Kodak de su vieja para aparentar que tenía billete; a Mariano y a su hermana Greta no les dieron permiso.

Michael nos dijo que nos encontrásemos a las ocho en las escaleras de siempre. Cuando llegamos empezamos a joder al Loco Junior porque se había puesto unas zapatillas de extraterrestre que tenían pasadores, pega pega y acolchonado. Todo junto en un mismo calzado blanco que si lo veías de frente podía terminar causándote el mismo efecto que genera la Gorgona. El Loco Junior no tenía idea de quién era la Gorgona y, cuando le hicimos el chiste, nos pidió más bien que no jodiésemos a la señora que vendía tamales en la esquina.

—Ni *El narrador de cuentos* te gusta ver, ¡animal! —le dijo Ricardito antes de esquivar el lapo picón que le lanzó el Loco Junior.

—Son bien vistosas, ¿no? —complementé.

Nos quedamos callados un momento, nos miramos y emprendimos el camino hacia lo de Malena. La fiesta no era precisamente en su casa, sino en un parquecito de su barrio. Era un espacio abierto con bancas achatadas y rectangulares, donde destacaban una pequeña gruta de una virgen en el medio y cuatro postes que soportaban un toldo improvisado. A un lado, una caseta para comprar gaseosas, cervezas y cigarrillos; al otro, una consola que les daba vida a dos parlantes estratégicamente posicionados. Podía ir gente de cualquier sitio, pero básicamente la proporción entre los de allí y el resto era de ochenta veinte, y nosotros éramos parte de ese segundo porcentaje.

—Voy a buscar a Malena. La traigo para que la conozcan —nos dijo Michael.

Nos quedamos Ricardito, el Loco Junior y yo allí, de pie, acaparando algunas miradas.

—Parece que estamos dando la hora, muchachos, todos nos miran —dijo el Loco Junior.

—Lo que te están mirando son las patas, huevón —dijo Ricardito.

Yo atinaba a rascarme la cabeza, a cogerme la oreja y pasarme la yema de los dedos por la nariz, mientras que el Loco Junior se bajaba la basta del pantalón para cubrir sus chancabuques. Ricardito observaba todo sin bajar la mirada, pero tratando de no ser desafiante. Al cabo de un

rato, llegaron Michael y Malena. Michael la tenía de la mano, mientras que el Loco Junior no sabía si hacer chistes sobre flatulencias o preguntarle cada cinco minutos si tenía amigas.

—Para qué quieres que te presente amigas, si tú estás todo desarreglado. Mira ese caramelo, está chupado —dijo Ricardito y estallamos en risa.

Luego fui a comprar una gaseosa mientras que el Loco Junior se animó a sacar a bailar a una chica que pasaba por allí y la cosa se puso mucho más relajada. Estábamos pasando un buen rato. Sin embargo, como todo buen rato, este no duró mucho. Tras un par de horas, el hermano de Malena se acercó y, sin mirarnos, le dijo que fuese para la casa.

—Es temprano, Toño.

—¿Y? Te dije que ya pases.

Malena no le hizo caso y se quedó ahí de pie, junto a Michael. Toño se fue con sus patas. Pensé que la advertencia no llegaría tan lejos y que todo había quedado allí, pero me equivoqué.

En eso nos dimos cuenta de que el Loco Junior se nos había perdido de vista. No nos preocupamos mucho, pero poco después, desde uno de los pasadizos laterales, reapareció arrastrando los pies por el suelo polvoriento, manchando sus medias y con algunas lágrimas en el rostro que no supimos si eran de impotencia o dolor por los golpes que le acababan de propinar.

—Estos conchasumares me robaron las tabas —nos dijo.

No supimos qué hacer. Estábamos en un lugar ajeno. Lo seguro es que volveríamos al barrio y el Loco, para no preocupar a su vieja, haría hora hasta que pudiese entrar a su casa sin que ella se diese cuenta.

Vi que Michael se llevó a Malena a un costado y le empezó a decir algunas cosas. Nos pidió que nos regresáramos y que no dejásemos al Loco Junior, así que fuimos derechos para el barrio y nos quedamos sentados casi dos horas en las escaleras. El Loco Junior nos contó que cuando estuvo bailando con la chica, ella se lo había jalado para un callejoncito donde se lo empezó a chapar, pero de pronto sintió unas diez manos en su espalda y, pum, lo mandaron al piso. Pudo ver a unos chibolos que le decían que se callase o le iban a marcar la cara. Eran palomillas, como de nuestra edad. No era gente grande. De ahí volvió y nos vimos. Así, contándonos lo ocurrido, terminó el día. Michael nunca apareció.

Al día siguiente, domingo, como casi todo el mundo, no hice nada. Me quedé aplastado en la cama viendo televisión, comí con mi familia y con unos tíos que llegaron de visita y, por la noche, terminé un par de tareas que había olvidado. Ese día no nos reunimos ni nos buscamos.

El cadáver de Michael había aparecido boca abajo. Sus ojos abiertos, apuntando en la misma dirección. Los glóbulos casi inyectados daban la impresión de querernos transmitir lo que había visto poco antes de morir, ¿era válido que creyésemos entonces que no había sido un suicidio o un simple asalto? Lo del suicidio quedó rápidamente descartado incluso por la policía, lo que quería decir que otra persona había sido la responsable de terminar cobardemente con la vida de nuestro amigo. La muerte de un joven siempre provoca más preguntas que la de un viejo. Al

porqué se le suman las especulaciones y las conjeturas de las intenciones del asesino, de su poca compasión, de su nula empatía. Después prosigue la idea de ensayar un futuro irreal en el que la víctima continúa con vida y nada de lo horrible que pasó es realmente cierto. El que se atreve a abrir esa puerta, normalmente se termina perdiendo en el marasmo y en la desolación. Sin embargo, a pesar de las hipótesis, algo es seguro: nadie vuelve a ser quien fue, ni siquiera por un segundo.

Ese día, cuando nos topamos con el cuerpo ensangrentado de nuestro amigo, Juan Manuel, Mariano y su hermana Greta no se dieron cuenta, pero mientras llorábamos y el Loco Junior no dejaba de agarrarse la cabeza, Ricardito lo observaba todo y me lanzó una mirada que iba más allá de la pena. Me estaba diciendo algo importante, entonces me acerqué.

—Mira esas huellas —me dijo.

Había un par de pisadas impresas en rastros de sangre de Michael que no fueron un misterio para nadie o, mejor dicho, no fueron relevantes; sin embargo, Ricardito siguió hablándome.

—¿A qué se parecen esas suelas? —me dijo e inicialmente no la capté—. ¿No son grandotas y tienen algo particular?, ¿no te recuerdan a los chancabuques de alguien? —inmediatamente después Ricardito miró al Loco Junior que seguía con los ojos vidriosos y rojos de tanto llanto. La quijada se me fue hasta el suelo.

—Son las tabas del Loco Junior —le dije entre dientes.

—Claro, pero sabemos que él no las tiene, que se las robaron en La Pólvora, en el tono.

Finalmente, Ricardito, de una forma muy discreta y casi clandestina, le pidió la cámara a Juan Manuel y les tomó una foto a las huellas.

Juan Manuel nos dijo que ese día podía ir con nosotros a La Pólvora y que uno de sus amigos pitucos tenía un papá que era coronel de la policía, así que, ante cualquier problema, podría decirle que nos cuidase las espaldas. Nos íbamos a meter a un barrio difícil, por lo que debíamos tener un respaldo, al menos de palabra. Porque éramos chicos, pero no idiotas.

Llegamos al lugar todos juntos, incluso Mariano y su hermana Greta. A Mariano le contamos todo lo ocurrido y nos dimos cuenta de que estaba hirviendo, que su ausencia aquel día lo había puesto mucho más rabioso, sin embargo, sabíamos también que su hermana Greta fungía como una especie de seguro, de esas personas que cuando se te paran al lado ya sabes cómo no actuar. Caminamos un par de cuadras en dos grupos, Ricardito se fue con Mariano y Greta, y a mí me acompañaron el Loco Junior y Juan Manuel. Nos habíamos desplegado casi tácticamente como pequeños escuadrones que, ante el primer grito de alerta, le avisarían al otro grupo que la cosa avanzaba de alguna forma. No teníamos muchos planes y quedamos en que iríamos paso a paso. Ricardito había dicho que lo primero que debíamos encontrar eran las zapatillas que le robaron al Loco Junior. De alguna forma debíamos conectar esos chancabuques con el hermano de Malena. Si lográbamos comprobar que ese conchasumadre las había tenido puestas, llamaríamos a la policía y le daríamos la prueba de la foto donde se veían las pisadas. Era un plan perfecto y, si no

lo era, pues pegaba en el palo. A esa edad no podíamos hacer más que poner el corazón, el pecho y los pocos recursos que teníamos para honrar la memoria de nuestro amigo. La venganza en términos realistas nos habría sido casi imposible, pues nadie quería otro muerto sobre los hombros. Ya ni siquiera hablábamos de justicia o de igualdad, sino de paz mental. Para poder seguir creciendo teníamos que hacerlo así, si no nada habría valido la pena hasta ese punto.

Tras unas vueltas por La Pólvora y luego de que yo entrase a una bodega por una gaseosa, el Loco Junior nos avisó a mí y a Mariano desde la puerta que allí estaban sus zapatillas, en frente, en las patas de un chibolo que caminaba apeliado. Era un chico como nosotros, casi de nuestra edad y nuestro porte. Pero lo más sorprendente no fue eso, sino con quién caminaba. El Loco Junior la reconoció en un instante: era la chica con la que se había estado besando en el pasajito poco antes de que lo atracasen y lo dejaran en medias.

—¿A dónde vas, huevón? —le dije al Loco Junior.

Sin mayor plan, el Loco Junior avanzó así que lo tuve que seguir. Le dije a Juan Manuel que fuese por los demás y que nos diese el encuentro, pues quizá la situación se empezaría a tornar más jodida de lo que ya estaba.

El Loco Junior, contra todo pronóstico, fue sigiloso y, casi como un espía, se acercó sin hacer sonar sus pies y sin mucho aspaviento. Luego, le tocó el hombro a la muchachita. Ella volteó y lo vio a los ojos y sin pensarlo le dijo al otro chico, al de las zapatillas, que corriese. Cuando estaba por emprender la carrera, le puse cabe —pues aparecí por el otro costado— y se cayó al piso. El Loco Junior atinó a decirle que no gritase, que no dijese nada.

—Estamos con la policía —dijo el Loco Junior en un acto arriesgado que le salió del corazón y de ver algunas películas.

—Si le has pedido que corra es porque ya sabes a qué venimos —le dije a la chica cuyo nombre no sabíamos ni nos interesaba conocer—. Mira, el lío no es contigo, sino con él —añadí, señalando al tipo que tenía las zapatillas y a quien prácticamente me le había sentado encima para que no huyese.

—¡No! —dijo desesperada—, no le hagan daño, él es mi hermano, él no sabe nada.

—O sea que tú sí sabes —dijo el Loco Junior.

Los ojos de la muchacha se entreabrieron más de lo normal mientras, a lo lejos, Ricardito, Juan Manuel, Mariano y su hermana Greta se acercaban caminando por la pista. La muchacha me pidió que me pusiera de pie y dejase a su hermano, prometiéndonos que no se irían a ningún lado. Cuando lo solté, este abrazó a su hermana y ambos se nos quedaron observando como queriendo decir algo, pero sin que ninguna palabra saliese de sus labios.

—¿A qué le tienen miedo? —les pregunté.

Cuando estuvimos todos allí, la muchacha y su hermano nos pidieron que los acompañásemos a su casa, a la vuelta, que allí era más seguro. Cuando llegamos, una vez adentro, con las zapatillas en nuestro poder, la muchacha empezó a hablar.

—Hace un rato te escuché decir que estaban con la policía —le dijo al Loco Junior.

—Este tarao habla de más —dijo Ricardito.

—¿Entonces están o no están con la policía? —dijo la muchacha—. Nosotros no podemos decir nada porque si abrimos la boca nos matan.

—¿Quién? —pregunté.

—¡¿Quién?! —se ofuscó el Loco Junior.

Juan Manuel intervino.

—Mira, flaca, nosotros estamos con la policía y podemos ayudar. No sé si te has enterado, pero hace poquito, casi nada, mataron a un chico en nuestro barrio. Michael, se llamaba. Era un poquito mayor que nosotros, casi nada, pero era como nuestro hermano.

Nos quedamos observando a Juan Manuel que empezó a manejar la situación con un inusual desenvolvimiento, pero era lógico ya que si alguien sabía que estaba bien resguardado era él, por lo del papá coronel de su amigo pituco.

—Les voy a contar qué fue lo que me pidieron: yo estaba con las otras chicas bailando y viendo qué hacer. De pronto, casi como una amenaza de esas que no parecen, te señalaron —dijo la flaca apuntando al Loco Junior—. Me dijeron que me acercase, que te hiciera ojitos y que te sedujera, que te llevase al callejoncito y te chapara. Ya el resto iba a hacer su parte.

—¿Por qué te dijeron que hicieras eso? —le pregunté.

—Porque querían que ustedes, los amigos del chico que estaba con la Malena, se fuesen y lo dejasen solo. En realidad, por lo que veo, él los iba a mandar a su barrio y se iba a quedar con la Malena porque bien enamorado se le veía. Siempre bajaba para acá, yo lo paraba viendo cuando la iba a buscar y se iban a pasear al parque. A veces tomaban un taxi y se iban a otro lado. Se notaba que el chico la quería: siempre venía bien vestido, bien puesto. Nunca lo vimos desarreglado ni nada. La trataba lindo. Todas queríamos que cualquiera nos tratase así.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Juan Manuel.

—Ustedes se fueron del tono y su amigo...

—Michael —acotó el Loco Junior.

—...Michael se quedó con ella un rato más, pero ahí apareció Toño, el hermano de la Malena. Toño los miraba siempre desde lejos. A él le jodía como mierda que su amigo esté con la Malena. Cuidaba a su hermana como un trofeo. Peor, como una rehén. La quería tener secuestrada, puesta en un altar, como una virgen. No quería que nadie se le acercase ni que la mirase y menos que la tocase. Toño no podía hacer nada porque la Malena lo había amenazado con que si lo molestaba al Michael, se iba a ir de la casa con él, se iba a fugar y encima lo iba a denunciar por varias cosas. Toño es pendejo, es mayor de edad, pero tampoco es un grandazo, sin embargo, para con ellos, está metido en la droga y en un montón de cosas más. Pero no es un chibolo fumoncito, no. Toño juega a hacer su propia banda de delincuentes. Todos se creen fuertes y gánsteres. Lo cierto es que a Toño le llegaba al pincho su amigo y sabía que si le sacaba

la mierda iba a empeorar las cosas, pero ese día no pudo más. Él es un tipo impulsivo, complicado, nadie se le quiere acercar. Algún día le van a terminar dando vuelta. Entonces, esa noche Toño esperó que Michael terminase de hablar con la Malena y lo siguió, lo siguió cuando Michael regresaba al barrio de ustedes, lo interceptó y lo metió a un carro donde lo agarraron entre varios, lo hicieron mierda, lo reventaron a golpes...

—¿Y tú cómo sabes? —le pregunté.

—Porque ella estaba en ese carro —respondió Mariano—. ¿Verdad? —preguntó refiriéndose a ella.

La muchacha bajó la mirada y empezó a llorar mientras su hermano la abrazaba.

—Yo no quería —dijo—, yo les estaba diciendo que ya, que parasen, que ya se estaban pasando con el chico. Tampoco podía hacer nada. Si hablaba, si me quejaba, me iban a sacar la mierda y, lo peor, a mi hermano también. Tenía mucho miedo y me quedé paralizada, sin nada que pudiese hacer. No sé cómo decírselo, pero todos nos morimos de miedo y siento que así va a ser siempre y que se vienen días y años muy feos.

—Si esto no se detiene, se vienen años oscuros, muchachos —dijo Mariano.

—¿Y qué pasó después? ¡Habla! —gritó el Loco Junior.

—Te iban a incriminar a ti —le dijo la muchacha al Loco Junior.

En ese momento no solo nos quedamos pasmados, sino que no entendíamos mucho el proceso lógico del hermano de Malena. Nadie se iba a comer ningún cuento, pues lo más probable sería que la policía se olvidase del asunto. Michael era un chico entusiasta, inteligente y simpático, pero seguía siendo un chico de barrio, mestizo, sin apellido notable y sin mayor incidencia en una ciudad donde nada de eso importa si estás vivo y mucho menos si estás muerto. La verdad es que en ese momento no sabíamos que Michael solo era otro chico en una página policial, otra noticia de un joven muerto en un papel con el que al día siguiente se envolverían los pescados en el mercado donde compraban nuestros padres.

—Después de que se les pasó la mano y se dieron cuenta de que el pobre chico ya se había desmayado, entendieron que debían dejar el cuerpo en algún lugar. Hicieron un plan de mierda. Cualquier cosa. Y ahí me dijeron que los ayudase. No, miento, ahí me amenazaron con hacerle daño a mi hermano. Fue Toño el que me amenazó y me dijo que si no lo ayudaba me la iba a pasar mal y que lo iba a tener seco a mi hermanito por el resto de la vida.

—¿Qué hiciste?, ¿qué te pidieron que hicieras? —le dije.

—Toño pensó en incriminarlo a él —dijo señalando al Loco Junior—. Pensó rápido...

—Si se puede decir que eso es pensar —dijo Mariano.

—...y fue a pedirles las zapatillas a los chibolos que se las habían choreado. Los chibolos al comienzo hasta se las querían vender, pero Toño se arrebató y se las quitó casi por la fuerza. Nos fuimos en el carro para el barrio de ustedes y Toño y sus amigos bajaron a Michael, que pensamos que estaba desmayado, y lo dejaron ahí entre unos matorrales donde casi no se veía

nada de noche. Toño, en su mente, se aseguró de que las cosas cuadrasen, así que se puso las zapatillas y dejó huellas muy marcadas que se alejaban del cuerpo de su amigo.

—¿Y qué pensaba el muy imbécil?, ¿que la gente se iba a tragar ese cuento? Si las zapatillas no las tenía el Loco Junior.

—Allí entraba yo. Esa noche tenía que ir a devolverle las zapatillas con el florito de que las había recuperado porque el Loco Junior me gustaba. Toño me dijo imagina que tú, tremenda morenaza, se aparece en la jato de uno de esos babosos de noche e, incluso, le devuelve sus tabas intactas. Ese chibolo va a caer redondito.

—No tiene sentido, nadie iba a pensar que había sido el Loco Junior.

—Yo pensé lo mismo, pero, díganme, ¿en esta ciudad la gente no es culpable hasta que se demuestra lo contrario? Toño me dijo que si la cosa se complicaba iba a ser mi palabra contra la suya, y que como yo era mujer a mí me iban a creer, aunque esa forma de razonar sea muy cojuda. La verdad no estaba ni pensando bien, solo deseaba que no le hiciera daño a mi hermanito. Al Toño lo único que le importaba era que nadie voltease la mirada hacia él. La investigación seguiría su curso y se perdería en el tiempo... como casi siempre. Era un plan bien idiota, algunos quizá dudarían del Loco, otros no, pero nadie voltearía la mirada al hermano de Malena.

—Bueno, creo que estamos claros —dije—, hay que llevar estas tabas a la policía. Hay que contarles todo.

—Ustedes dijeron que tenían un contacto en la policía que nos podía proteger, necesito que me digan que me pueden ayudar...

—¿Después de toda esa pendejada crees que te vamos a ayudar?! Encima, no entiendo nada, ¿por qué tu hermanito tenía mis tabas? —dijo el Loco Junior.

—Eso lo respondo yo —dijo el hermano de la muchacha—, las agarré de cojudo. Las vi ahí y las tabas, la firme, están piolas. Las quería latear un rato. No quería hacer nada malo. Cuando mi hermana me vio me estaba trayendo para la casa, pero justo aparecieron ustedes...

El Loco Junior se le fue encima, pero lo cogimos entre todos.

—Dale, Loco, el chibolo no tiene la culpa de ser huevón —dijo Ricardito.

—Llevaremos las zapatillas a la policía, contaremos la historia y denunciaremos al hermano de Malena. Yo hablaré con mi amigo para que le diga a su papá que nos ayude con este tema. Bueno, él ya está más o menos enterado del asunto así que no creo que haya problema —comentó Juan Manuel.

De pronto, desde la calzada, se oyó un silbido particular. El sonido agudo se repitió tres veces y, como nadie contestó a él, alguien pegó un grito.

—¡Es el Toño! —dijo ella balbuceante.

—¡Baja, carajo! Baja, ya me dijeron que estás allí con esos chibolos de mierda. Baja porque si no voy a entrar y allí sí que no respondo y todos se van a joder.

—¿Qué vamos a hacer?! —preguntó ella.

—Vamos a salir —dijo sin dejar de mirarla.

—¿Estás seguro? —me preguntó Juan Manuel.

—Hay que salir y les sacamos la conchasumare —dijo el Loco Junior.

—Es la primera vez que te voy a dar la razón, nero fintoso —agregó Ricardito.

—Mariano, quédate con Greta y con el chibolo. Ricardito, el Loco Junior, Juan Manuel, la muchacha y yo vamos a salir a terminar esto de una vez por todas.

Juan Manuel se acercó a Mariano y, como era el único que tenía teléfono, se lo dejó mientras le hablaba al oído como dándole instrucciones. De pronto, ya estábamos afuera. Nosotros frente a ellos. Estábamos en su barrio, La Pólvora, territorio hostil para cualquiera, incluso para un grupito de chibolos que desafiaban sin rubor el momento con la firme consigna de hacer justicia. El hermano de la Malena estaba allí con cuatro tipos más, con las puertas del auto abiertas y cogiéndose el tiro del pantalón. Toño era de esos tipos que tenían siempre el mentón levantado, los nudillos gastados y la respiración acelerada.

De golpe nos salió con la amenaza.

—Chibolos de mierda, denme las zapatillas ahora —dijo llevándose la mano a la parte trasera del pantalón—. Y tú, mujer, ya te jodiste —amenazó a la muchacha que le apretaba el brazo fuertemente al Loco Junior.

—¡Tú lo mataste, hijo de puta! —gritó el Loco Junior.

—Su amigo se creía pendejo, y por pendejo le pasó lo que le pasó. Denme las zapatillas y váyanse a su barrio si no quieren terminar igual —dijo Toño.

Ricardito me miró y me hizo una seña con los ojos. Juan Manuel volvió a tomar el control de la situación.

—No queremos problemas, solo hemos venido a recoger las zapatillas de nuestro amigo y nos vamos. Solo eso. No queremos que la situación se ponga peor.

—Dénmelas ahora —dijo Toño.

—A ver, quítanoslas —desafió Ricardito.

Huevón, cállate, le dije en voz baja. Sabía que no íbamos a salir de allí si no hacíamos lo que Toño nos pedía. Además, tampoco entendía la actitud de Juan Manuel hasta ese momento. Este dio un paso adelante y se dirigió nuevamente a Toño.

—De verdad, no queremos problemas, solo nos vamos a ir con las zapatillas de nuestro amigo —dijo Juan Manuel.

—No entienden, chibolos de mierda —dijo Toño perdiendo cada vez un poco más la cabeza.

Juan Manuel siguió repitiéndole eso de que nos íbamos a ir, pero la verdad es que no teníamos muchas ganas de hacerlo. No queríamos regresar derrotados y frustrados a casa, con respuestas, pero sin el ajusticiamiento que de alguna forma habíamos ido a buscar.

—En serio, vamos a darnos media vuelta y nos vamos a ir —repitió Juan Manuel.

—¡No! —gritó Toño para luego sacar una pistola y apuntarle a Juan Manuel, quien no retrocedió ni perdió la calma. En ese instante vi cómo se empezó a mover más lentamente y levantó las manos como en esos policiales donde sabes que es poco probable que alguien te dispare si te muestras rendido, colaborador y hasta con actitud de pelmazo. Yo aún no captaba de qué iba la situación, hasta que me percaté de todo el tiempo que pasamos ahí sin movernos. Estábamos al borde del exterminio, pero no había pasado nada en casi quince minutos, además de nuestra promesa de marcharnos y de la de Toño de meternos bala o reventarnos para sacarnos las zapatillas.

Juan Manuel avanzó un poco más con dirección hacia el largo cañón del arma que descansaba en la mano derecha de Toño. Pocos metros separaban a nuestro amigo de una muerte sanguinolenta que desparramaría sus sesos por la pista. Estábamos a nada de convertirnos en un grupo al que le iban a amputar otro miembro. Juan Manuel siguió avanzando y se le podía ver la frente más brillante y un ligero temblor en los labios.

En ese instante llegó Malena.

—¡Toño, qué tienes! —gritó ella.

—Vete a la casa, puta madre —dijo Toño.

Todos nos quedamos inmóviles y sin hablar.

—Hola, Malena. Le decía a tu hermano que ya nos íbamos, que había sido un malentendido todo esto. Ya no vamos a regresar. La verdad no me conoces, pero yo soy amigo de Michael. Bueno, era. Él ya nos había contado de ti y no pude venir a la fiesta aquella vez...

—Cállate, chibolo de mierda, o te relleno.

—¡Toño, baja eso por favor!

—Michael te quería mucho, por lo que sé. Suponemos que debes estar triste, pero...

—¡El hijo de puta de tu hermano mató a nuestro amigo! ¡Fue él quien le dio vuelta a Michael! —gritó un poco inoportuno el Loco Junior. Su arretrato, sin embargo, nos hizo ganar tiempo.

—Toño, ¿de qué mierda están hablando?

—...

—Toño, ¡responde, carajo!

—¡Anda a la casa, mierda!

Juan Manuel retrocedió lentamente.

—Tú te quedas acá —dijo Toño, quien le apuntó con firmeza y se le acercó raudamente.

Cuando pensamos que no la íbamos a contar, Malena se le abalanzó a su hermano y los amigos de este reaccionaron. Nosotros hicimos exactamente lo mismo y comenzó una pequeña batalla campal, una gresca generalizada que nos hizo pasar de la pubertad a la adultez a punta de puñetes, patadas, cabezazos y mentadas de madre con amenazas de muerte. De pronto, como Toño no quería disparar porque tenía a Malena encima, aprovechamos para retroceder un poco. Juan Manuel nos dijo que fuéramos hacia atrás. Incluso el Loco Junior y Ricardito acataron la

orden. Fue entonces cuando de ambos lados de la calle llegaron dos o tres camionetas de policía para intervenirlos a todos y formar parte del espectáculo del momento para los vecinos que observaban desde las ventanas.

—¡Llévense a esos malditos! —gritó el Loco Junior.

—¡Él mató a nuestro amigo, él mató a nuestro amigo! —grité sin pensarlo dos veces.

Un policía se acercó a Juan Manuel.

—Hijo, qué tal. Ya Jonás me contó todo, es él, ¿verdad?

Juan Manuel asintió y señaló el arma que se había caído al piso.

—Jefe, yo no he sido, yo no he hecho nada —dijo Toño.

—¡Mentiroso, cobarde de mierda! —dijo Ricardito.

—A ver, pruébalo, pues —dijo Toño.

El policía le dijo a Juan Manuel que podrían detenerlo, pero como el arma estaba en el suelo, no podrían acusarlo de mucho. Había testigos, sí, pero un abogado lo sacaría rápido porque todos los testigos éramos nosotros y nos lo queríamos comer vivo. Además, acusarlo por el asesinato de Michael también sería un proceso complejo si todo lo que se tenía era algo circunstancial.

—Ya ves, chibolo huevón, no pueden probar nada, nadie vio nada, nadie sabe nada.

De pronto, una voz nos calló a todos.

—Yo sí —dijo Malena.

Nos quedamos pasmados, observándola al lado de los patrulleros, con las lágrimas que se le escapaban y terminaban en las mangas de la camiseta con la que se secaba como podía. En ese momento le busqué la mirada. Nos observamos y solo atiné a asentir.

—¡Traidora! —gritó Toño cuando lo metieron en la parte trasera del vehículo.

Malena abordó otro de los autos y se fue con Juan Manuel, quien nos contó, sin hacer mucho aspaviento, que al dejarle el teléfono a Mariano le dio instrucciones específicas de llamar al número de su amigo Jonás, para que supiera que ya estábamos en el barrio y le avisara a su papá policía todo lo ocurrido.

*

No pasó mucho hasta que nos enteramos de que trasladarían a Toño a un penal y que, gracias a nuestro sistema judicial, esperaría varios meses allí antes de que le dictasen sentencia por el asesinato de Michael.

Malena fue desapareciendo. Bajó al barrio pocas veces, y luego no la volvimos a ver, los años fueron borrando ciertos lazos. Supusimos o, mejor dicho, supuse que ella no quería estar cerca de algo que le recordase aquel momento. Nosotros tuvimos que seguir y vivir con ello hasta hoy. A veces nos reunimos a recordar que al menos esa única vez le devolvimos a Michael todo lo que en algún punto nos enseñó.

Pequeño manual para entender a mi amigo

El fútbol peruano es un concepto vago. Lejano. Tiene más parecido a ciertas operaciones trigonométricas o a los parqueos para discapacitados (no son para todo el mundo) que a las relaciones que se construyen, por ejemplo, en el cuarto de una concentración. Incluso el término «cuarto de concentración», que les resulta ajeno a los que van por la vida pensando en el trabajo y en las flacas de los viernes por la noche, también podría resultar jodidamente anticuado porque implica orden, disciplina y compromiso. Implica mucho más, es obvio, pero para no divagar, ahí, en esa habitación donde relajarse es más una obligación que un derecho, estaba mi amigo Franz.

Ambos jugábamos en el mismo equipo. Él por la derecha y yo por la izquierda. Él un poco más retrasado y yo de todo, sin posición fija, aunque la marca nunca me gustó y hasta ahora le pego mejor a los centros cuando me vienen a apretar que cuando estoy solo. Como ya dije, pertenecíamos a ese fútbol peruano que nadie entiende, pero del que todos hablan. Nosotros tampoco lo entendíamos porque, cuando nos lo definían, el tipo de fútbol dependía del interlocutor que se nos ponía al frente: si era viejo, era de toque y conchudez; si era culto, era de toque y preparación; si era familia, era de toque y madurez; y si era un hincha, era de huevos y más huevos.

Franz y yo fuimos los hijos bastardos del fracaso. Mejor dicho, de la historia del fracaso que en este país tiene como doscientos años. En nuestro caso solo se contaban dieciocho. Con una mayoría de edad impuesta por documentos, la madurez, decían, aún no nos había llegado. Es sabido que el futbolista peruano o crece tarde o no quema etapas y se muere tras una sobredosis de fama.

A mí me gustaba compartir la habitación con él porque era un tipo tranquilo y no muy hablador. Dejaba dormir y roncaba poco. Ordenaba los zapatos y los tenía siempre limpios y listos, como si un balón fuese a entrar a las once de la noche por la ventana y hubiese que devolverlo con una volea. No olía mal. No apestaba ni jodía con escaparnos. Uno podía descansar en paz hasta el día siguiente del partido. Decían muchos que ese año sería decisivo para nuestro futuro y que quienes fuesen citados para entrenar con el equipo de primera tendrían más oportunidades de hacerse uno bueno. Creo que era cuestión de decisión porque, por lo que había visto con los mayores, quienes se apresuraban o buscaban su préstamo a equipos del interior para tener más ritmo, no volvían nunca. La hacían allá y se convertían en estrellas de pueblo que recibían homenajes en las plazas centrales y regalos de los empresarios o de mineros. Yo no quería ser uno de ellos.

Como la mayoría de las historias con cierto sentido, esta empieza por el principio. Nací en una familia normal, con padres normales, abuelos normales, amigos normales y gustos normales.

Colegio de lunes a viernes, tareas por las tardes o la noche, pelota con los patas los fines de semana hasta que se ponía el sol o un poco más, idas al estadio cuando tu equipo era local, visitas a las chicas por la noche para ver si le gustabas a alguna, recepción de más de un rechazo e idas al cine los domingos para luego volver a casa y recordar que habías olvidado una tarea que la terminaba de hacer tu madre. Una vida normal. Luego ibas creciendo y parecía que todo se complicaba, pero no estabas del todo seguro. Algunas cosas que creías normales ya no lo eran tanto: tus padres tenían problemas de verdad, tus amigos se iban o se empezaban a perder, las chicas seguían ahí pero ya no era igual, tu equipo se había pasado algunos años sin campeonar, el cine había subido sus precios y ya no te interesaba tanto y te ibas jodiendo, pero aún no era todo malo. Aún faltaba crecer y que todo se jodiese un poco más. Sin embargo, como para no romper con esa tradición de sumarle otra variable al asunto y seguir complicándolo, te ibas a jugar al equipo contrario, al eterno rival. Ya no te burlabas de él, ya no lo despreciabas (porque no podías) y te olvidabas de todas las promesas baratas que hiciste, como la de no ponerte jamás «ese trapeador» o ningunear a los que, como tú, también lo hacían y recibían un sueldo por ello. Ahora eras parte de esa tribu y te dabas cuenta de que, como la tuya, esa por la que hinchabas, era más o menos lo mismo. No lo entendías, claro, pero te dabas cuenta. No naciste ni creciste así. Ni te expusieron de chiquito a unos colores para que ahora te pusieses otros. No. No entendías nada. Pero tu sueño podía más. Te decían que te debías al fútbol y al profesionalismo. Y tú, por supuesto, te lo creías. Comprabas ese boleto de amnistía emocional, te enfundabas la camiseta, te atabas los chimpunes y metías los goles que podías. Nunca besabas el escudo, claro. Nunca tan tribunero, repetías.

Franz tuvo la historia de su vida más a su favor. O eso creo.

Era un tipo pulcro que limpiaba sus zapatos de fútbol antes de jugar. Solo tenía un par y eran negros. A él la normalidad le duró más tiempo. Creo que hasta ahora. Al igual que yo crecí en un lugar normal. Sin padre, pero normal. Con dos amigos más, dos amigos menos, pero normal. Tenía una novia normal y jugaba en el equipo del que era hincha. Me quedaba claro. Jamás se preguntó si estaba bien pasarse al otro bando. Hizo la línea de carrera y ya estaba por graduarse de practicante. Entró sirviendo café y se codeaba con los grandotes. Es una analogía sonsa pero efectiva para explicar que, a diferencia de él, yo entré por la puerta de atrás, me codeé con los jefes y serví café al mismo tiempo que miraba hacia la vereda de enfrente esperando que no me creyeran un traidor. Franz, claro, no lo sabía. Del equipo, creo, nadie sabía. Aunque éramos algunos cuantos los que pertenecíamos a esa nueva especie de jugadores jóvenes que se tenían que callar la boca por ser fanáticos de otro club. Había cuatro o cinco más que cantaban en el camarín sin sentir nada. Claro, nadie les podía reprochar que no se tiraran de cara en cada balón dividido, pero esa es otra historia. Mis amigos, los del barrio, los de siempre, sabían y me preguntaban cómo hacía. No sabía qué decir. Mis viejos ni me preguntaban porque quizá no me querían complicar más la vida o no les interesaba. Igual se los agradezco.

Franz asumía que todo iba bien porque quizá ni se lo había cuestionado, pero ese día, después de tantos años, se lo quería contar porque jugábamos una final contra mi equipo de siempre. Ya había jugado antes en contra. No era nuevo. Es más, cuando debuté con doce años fue precisamente contra ellos y hasta metí un gol. Ese día creí que me había exorcizado de todos los diablos que llevaba en el estómago y la cabeza, pero luego me percaté de que habían vuelto. Era chico, es cierto, y quizá sea por eso que no lo pensaba tanto, pero cuando ya era más grande y debía estar más frío y curtido, aunque no supiera a dónde iba el tema. Franz, con el tiempo, se hizo mi amigo. Dormíamos juntos casi todas las semanas. Como no había problemas en la habitación, el entrenador nunca nos había castigado. Para Franz era el partido de su vida porque si lo hacía bien iría a entrenar con la primera, pero, sobre todo, cumpliría el sueño de convertirse en el guerrero del equipo del que siempre fue hinchas, y así entrar un ratito en esa historia que siempre añoró. Yo tenía las mismas oportunidades que él, pero de hacerlo bien no podría sentir nada de lo que él hubiese sentido y, simplemente, habría cumplido con mi trabajo. No tenía idea de cómo decirle que eso me provocaba una sensación de vacío y que me hacía sentir incompleto. No se rían ni lo desprecien, de verdad dolía un poco.

Esa mañana, la misma del partido, llamé a mi madre desde la concentración.

—¿Mamá?

—Pinino, ¿cómo estás, hijo? ¿Todo bien? Hoy iremos a verte. La abuela no podrá ir porque tu tío se la llevó al taichí, pero Carmencita y yo sí estaremos ahí.

Carmencita es mi hermana.

—¿Qué sabes de papá?

—No ha llamado esta semana, pero seguramente irá. Si desde la cancha ves a un tipo sentado solo y con lentes negros y abrigo, ya sabes quién es.

Mamá y papá tenían algún tiempo separados. Papá había hecho su vida, pero nunca dejó de ir a vernos los días importantes como la graduación de capoeira de Carmen o cuando yo tenía partidos decisivos.

—¿Está todo bien, Pinino? Me sorprende un poquito tu llamada.

Mamá había pasado de un estado de tensión y ansiedad constante a una perpetua relajación gracias al taichí, ese al que luego fue mi abuela para vivir más años, según ella.

—Sí, mamá, es solo que...

—Ya sabes que puedes confiar en mí. Todas mis energías siempre apuntan a que estés feliz y en armonía. Carmencita y yo te queremos mucho.

—Lo sé, mamá, es solo que ya estoy viejo, ya no es como antes. Mira, tengo una duda y no sé cómo decirlo.

—Te escucho. Solo tienes que sacar eso de tu interior.

—Está bien; si ganamos hoy seguro me promueven a primera.

—¡Eso es fenomenal, Pinino! Y ahí vamos a estar viéndote.

—Sí, pero no sé por qué no estoy emocionado. Todo está bien: hemos entrenado toda la semana, sabemos cómo tenemos que jugar y ahora te hablo como si declarase ante una cámara.

—Pinino, siempre fuiste ocurrente...

—...pero no sé qué pasa. La verdad no creí que esto llegase tan lejos o que durase tanto.

—¿Te refieres al fútbol? ¿Al fútbol como una carrera?

—Sí. A ver, cómo te explico. Cuando era chico quería jugar por un tiempo con los soldaditos tiesos esos hasta que llegase el momento de agarrar los muñecos de Tortuninja o de Street Fighter. Sabía que los soldaditos eran el paso previo a los otros que de verdad me gustaban o que me gustaban más. Eran mis ligas mayores, mi prueba de fuego. No sé si tanto una prueba, pero era lo que quería hacer de verdad. ¿Me dejo entender?

Nunca encontré otra forma de explicar las cosas sino mediante comparaciones.

—La verdad que no mucho, Pinino, pero míralo por el otro lado.

—¿Qué lado?

—Estás ahí.

—Franz la tiene más clara. Si me promueven al equipo de primera va a ser genial, pero la verdad creo que esperaba irme de acá un poco antes. Nunca imaginé estar así de cerca. Tú sabes que no soy hincha...

—Pinino, hay cosas que no importan demasiado. Es importante lo que sientes, pero quizá solo estás nervioso.

Entendí que mi madre sabía lo que yo podía sentir. O quizá no. Quizá era una tontería mía. A lo mejor el único tipo que me entendía era Franz porque, aunque lo que él tenía adentro fuese por completo opuesto a lo que me pasaba, su determinación me haría ubicarme. Le dije a mamá que no se preocupase y que era una tontería, que las esperaba a ella y a Carmencita en el estadio y le colgué.

Camino a la cancha, con el maletín en el hombro, los auriculares en las orejas y el escudo en el pecho del buzo, decidí que no le malograría el partido a nadie, menos a Franz que tenía la determinación de un toro. Así que la conversación y los problemas existenciales los dejaría para después, cuando todo hubiese terminado.

Ya en el camarín, tras la charla del profe, las explicaciones en la pizarrita y el encargo de que tenía que volver con el marcador de ellos y tratar de abrir la cancha lo más que pudiese cuando la tuviésemos, nos juntamos a rezar. Siempre se rezaba, creyeses o no. Arengamos y aplaudimos. Vi a Franz que no despegaba la mirada del frente, pasase lo que le pasase ante sus ojos. Aplaudía con firmeza y vitoreaba a toda voz. Le salía de los intestinos. Yo hacía lo mismo, calculando todo y sabiendo que para más de uno iba a ser el partido más importante de la vida. Cuando salíamos por la puerta y el sonido de los toperoles golpeaba la baldosa, me quedé atrás. Salía siempre penúltimo. Y Franz delante de mí. El último sitio estaba reservado para el loco Curi, el enganche. Con los árbitros ya en el medio y el otro equipo —cuya camiseta era sinónimo de

amor y me revelaba que por algo había querido tanto jugar a la pelota— saliendo igual que nosotros, pude escuchar los gritos de quienes nos habían ido a ver. Divisé a mi padre en la tribuna y pensé en todos los años juntos y me olvidé de lo que había estado sintiendo desde la noche anterior.

Poco antes de formarnos en 4-3-3, Franz se acercó a mí: «Tengo algo que decirte». Pensé que trataría de darme ánimos porque a lo mejor se había dado cuenta de que yo andaba quizá nervioso y preocupado por el partido, pero en vez de eso completó: «Quería dejarlo para después del partido, pero no puedo: tengo miedo. Nunca le dije a nadie, pero yo soy hincha de otro equipo. De ese que está en frente. No sabía qué hacer. Perdón, hermano». En ese momento las cosas cambiaron para mí y le repetí lo que me dijo mi madre: «Franz, viejo, hay cosas que no importan demasiado... al menos no ahora». Y Franz se fue a su extremo, más tranquilo, creyendo tal vez que yo era ese tipo que tenía todo claro y había vivido siempre muy normal, siguiendo una misma línea de carrera.

Algo fría y con olor a pan

Voy a empezar por el principio. He de aclarar que estas no son mis historias, sino las de aquellos y aquellas de quienes me quedan recuerdos fragmentados. Con el paso de los años, mi memoria se ha hecho frágil, pero no es un asunto que tenga que ver con la senilidad ni mucho menos, pues aún, para algunas personas, soy un hombre joven. Pongámoslo de esta forma: el propósito de estas palabras y de este relato es ir hilvanando poco a poco los episodios que flotan levemente en mi cabeza, reconstruir con evocaciones y ejercicios forenses —para emplear una metáfora— ciertos rostros. Definitivamente unos son más familiares que otros, sin embargo, hay algunos que veo borrosos y se difuminan con la luz de los años, así que les voy pidiendo disculpas con anticipo. Unas disculpas que me hacen recordar la década del noventa. En ese entonces empezó, más o menos, a gestarse todo.

Es lógico pensar que una historia que hable más de enamoramiento que de amor debería empezar de día, tal vez en verano, con ciertas expectativas, sin muchas complicaciones, pero no puedo ser deshonesto... era de noche. Cuando todavía jugaba al fútbol en el parque, no todas las personas tenían teléfono celular y la línea C de la Huayrona pasaba por la calle José Leal de Lince.

Yo tenía un amigo que, todos los días, esperaba ese bus a las siete de la noche debajo de la casa de una jovencita que lo traía acojudado y a quien nunca se había atrevido a hablarle más de dos o tres frases. Mi amigo se llamaba Rogelio. Por ese tiempo entrenábamos en el parque Mariscal Castilla. Dábamos unas vueltas corriendo, hacíamos un poco de ejercicio en los tubos y las paralelas, bebíamos algo en la bodega y nos íbamos a casa a descansar, sabiendo que al día siguiente nos veríamos en el colegio. Claro, pero esta historia no trata de mí, sino de él, quien, probablemente, si la contase, diría que luego del entrenamiento se iba a casa a descansar para esperar la mañana siguiente en que vería a Diana en el colegio.

Estudiábamos en un colegio llamado San Tarcisio, ubicado en la cuadra diez de la avenida Canevaro. Según recuerdo, Rogelio me contó que sus padres lo habían matriculado ahí debido a la buena recomendación de sus tíos, unos veteranos que tenían la credibilidad que otorga el haber criado dos hijos que luego se convirtieron en hombres de bien. Rogelio vivía no muy lejos del colegio, sin embargo, tenía que tomar el autobús para llegar a casa. Era un tipo tímido, aunque no muy callado. Participaba en clase cuando era necesario, se acoplaba muy bien al grupo en cualquier circunstancia, buen alumno, mejor deportista. Rogelio parecía un tipo al que nada le producía sobresaltos. Pero ustedes saben, al igual que yo, que todos cojeamos de algún pie. Aunque a cualquier muchacho de esa edad le era complicado hablar con las mujeres, lo de Rogelio resultaba un poco más severo. Por ejemplo, digamos que a Rogelio se le olvidaba un

lapicero rojo para subrayar los títulos y los subtítulos de los dictados, entonces no tenía ningún problema en tocarle el hombro a Carmencita o a Rosa María o a Mariana y pedir que le prestasen alguno; pero si por algún motivo Rogelio escuchaba que el grupo de muchachitas hablaba de una fiesta, el cuerpo se le llenaba de nervios y la cara de gestos que hubiera querido mejor ocultar. Aquí lo social era todo un tema. De todo ese grupo la que traía babeando a Rogelio era, como dije, Diana. Una de las más desarrolladas para la edad que teníamos, rostro fuerte, falda corta y sonrisa de niña. Ella se acercaba a Rogelio y le hacía bromas simpáticas sobre lo bien que le había hecho el entrenamiento, sobre cuándo la invitaría a bailar y otras cosas que a uno, como hombre, siempre lo confunden. Rogelio sonreía con suavidad o contestaba con interjecciones, alimentando así la idea no tan descabellada de que, quizá con algo de suerte, Diana podría gustar de él.

Aquella noche, cuando Rogelio esperaba la Huayrona debajo de la ventana de Diana solo para sentir que estaba cerca del lugar donde ella comía, dormía, hacía sus tareas y veía la televisión, ella se asomó por su ventana y lo vio allí parado. Conversaron por un momento. Rogelio se sorprendió por la fluidez de sus palabras y sintió, por primera vez, que no era muy difícil eso de hablar con alguien de quien estás enamorado hasta los huesos. Tanto así que dejó pasar al menos un par de buses y se animó a esperar el último. Mala jugada: ahora ella se daba cuenta de lo que Rogelio dejaba de hacer para verla al menos un momento y a una distancia de ocho metros desde la ventana hasta la acera. Pero, aunque ella se enterase de forma consciente del asunto, de esa misma forma también se decía a sí misma que Rogelio solo era un buen amigo. Esto ocurría de modo muy distinto en la cabeza de mi amigo. Cuando Rogelio, ya con algo de frío debido a sus pantalones cortos, advirtió que solo quedaba un carro para ir a su casa, se despidió con una especie de tímido beso volado. Ella no se percató de la acción, pero él supo que lo había dado. Suficiente con eso. Después de esa conversación, Rogelio sintió que gustarle a Diana no era imposible. Ató cabos y dedujo, luego de algunos indicios, que sí, efectivamente, Diana gustaba de él. Al llegar a casa, luego de la comida, subió a su habitación y se sentó en su escritorio para, papel y lápiz en mano, empezar a escribir una carta de amor que le haría llegar por intermedio de un buen amigo.

¿A quién creen que eligió para dársela? Pues no se equivocan. Tardó algunas horas en terminar de escribir y adornar la misiva. Los bordes estaban limpios y, sobre la parte baja del papel, unos dibujos calcados de tarjetas navideñas completaban lo que, según mi querido amigo, terminarían por convencer a Diana de que su sentimiento era verdadero y perdurable. La mañana siguiente transcurrió como casi todas: algo fría y con olor a pan, con sonido de bocinas y cuculíes. Para Rogelio era decisiva. Yo llegué caminando al colegio, cargando una maleta que pesaba como los mil demonios y en cuyo interior había cuadernos de todos los colores, correctamente señalizados y organizados. Libro y cuaderno por cada curso. Me topé con Rogelio poco antes de la entrada, pues lo vi inquieto; entonces me acerqué a preguntarle qué le pasaba.

Me contó lo de la noche anterior. Le di una palmada en la espalda. Luego me pidió si le podía entregar algo a Diana. Yo no tenía problema, aunque sabía que eso de las cartas era, más que una variante para la declaración de amor, un inicio. Rogelio no lo creía. Cuando sonó la campana y la madre superiora paseaba por los pasillos para observar que no nos amontonáramos en las escaleras, Rogelio me miró y asintió con la cabeza: tenía carta libre para la entrega.

Como ya les dije, no recuerdo exactamente el modo en que ocurrieron ciertas cosas. No sé cómo me acerqué a Diana, es muy probable que haya hablado de algo circunstancial y luego, entre juego y risa, le haya dicho que tenía algo para ella. Le extendí la carta y me miró con sorpresa, le dije que luego de leerla —creí en ese momento— se iba a poner contenta. ¿Y qué pasó?, me dijo Rogelio, y yo le di tanto ánimo como pude, como de entrenador de equipo de fulbito que te motiva usando de excusa el orgullo del barrio. Ya está, supongo que a la salida van a conversar. A Rogelio se le habían puesto los huevitos de corbata y se había acordado hasta de los ancestros que no tenía. Sonó el timbre de la tarde y yo salí acompañando a Rogelio como un entrenador que lleva a su púgil hasta el cuadrilátero. Vimos a Diana parada en la entrada leyendo el periódico mural y le dije a Rogelio que ese era el momento exacto para acercársele. Sin dudar, me hizo caso y, con decorosa valentía, con las tripas temblando y el corazón rebotando más rápido que de costumbre, le tocó el hombro. Por mi parte, es cierto que no quería inmiscuirme, lamento no haber podido estar para reportear al instante lo que ocurría, pero me detuve a unos metros. Aunque no lograba escuchar lo que hablaban, sus rostros decían casi todo.

Desde donde yo estaba veía cómo el rostro de mi amigo se iba desencajando. Diana tenía la palabra, hablaba mientras se hacía una cola, luego, mientras se acomodaba la falda. Parecía que estaba calculando la distancia entre el cuerpo de ambos. Es sabido que esa no es una reacción inconsciente, ni mucho menos azarosa, aquí, al menos entre todos los amigos que tengo, existe una sentencia para ese tipo de gestos y se resume en dos palabras: ya fuiste.

Rogelio y Diana dejaron de hablar. Él se fue caminando, me miró desde lejos y movió la cabeza con suavidad. Ella se acercó a mí y empezó con un no puedo creerlo. Y es que yo tampoco, le dije, qué pasó. Y prosiguió (en esos años las jovencitas ya hablaban como adultos. Ese no es un síndrome de las generaciones actuales, no seamos mezquinos). Yo pensé que la carta que me habías entregado era tuya, sentenció. Siguió con Rogelio es un buen amigo, pero no me gusta. Ahora ya no sé si hablarle, qué hago, yo pensé que te gustaba a ti, agregó mientras yo la miraba algo perplejo. Luego, sin más trámite, me dijo:

—Sé que Rogelio es tu amigo, pero tú me gustas. Yo quiero estar contigo, no con él. No vas a negar que yo te gusto.

Ahora que lo digo de esta forma tengo ganas de reírme. A decir verdad, deberíamos conservar esa frialdad por siempre o, al menos, para ciertas cosas al crecer. Por un lado, estaba Diana, que a su corta edad ya parecía una película erótica cuando caminaba; por el otro, mi amigo Rogelio. No digo que yo tuviera un conflicto; lamento decepcionarlos, pero eso no pasó, sencillamente, se

me hacía extraño ver a Diana, despreocupada, muy relajada y tajante en la decisión de no hablarle a alguien a quien no conocía, solo por el hecho de gustarle. Rogelio, el caballerito al que se le caía el mundo y se le venía la ola del tsunami, se había ido con algo más que un gran no ese día. Cosas que marcan, cosas que transforman nuestras miradas.

Ese mismo día, más tarde, sonó el timbre de mi casa: un apartamento cerca del Touring Club. Era Rogelio. Me contó lo ocurrido. Le di una palmada y concluí diciendo algo que diría alguien que no sabe qué decir, pues ya sabe la verdad de la milanese: así es, mi hermano, a veces se gana, a veces se pierde. ¿Te dijo algo?, me preguntó Rogelio. No, mi hermano, nada de nada. Mejor, huevón, esa flaquita te iba a traer problemas. Más o menos y, en resumidas cuentas, por ahí llevé el asunto. Un par de semanas después, luego de olvidado el tema (aunque no aún para Rogelio), fui a casa de Diana, una reunión a la que él no había sido invitado. Me la agarré tremendamente en la consabida botella borracha. Así, frío, sin más ni más, sin mucho detalle que contar, pues, haciendo uso de las disculpas omitidas al inicio de este relato, no me acuerdo.

A Rogelio siempre lo quise. Incluso hoy, después de varios años entre idas y vueltas por Lima, trabajos funestos, experiencias malsanas y un par de desencuentros, seguimos siendo los mismos. De Diana, ni el rastro.

Odio el fútbol

Andrés Mara camina por la avenida Canadá con el estómago vacío. El sol de febrero en Lima lo aplasta contra la calle y le produce la sensación de no poder levantar los pies más de diez centímetros. Las bocinas de los autos se entremezclan con sus diferentes tonos y viajan sin ritmo hasta los oídos de los vendedores ambulantes, ferreteros, jaladores de las tiendas de autopartes y serenazgos. A pesar del inminente caos, hay un pacto tácito entre todos los que están allí para seguir haciendo lo que hacen sin preocuparse de más. Pero Andrés solo desea llegar lo más pronto a casa para tirarse en la cama y no salir de allí jamás, pues está convencido de la decisión que ha tomado luego del entrenamiento:

—No volveré a jugar al fútbol nunca más. Ni aquí ni en ningún otro lado.

Andrés, o Andresito, como le dijeron desde que era un chibolito de barrio que correteaba a los más viejos, nació en una familia numerosa: cuatro hermanos, dos tíos, dos abuelos y papá y mamá. Todos vivían en la misma casa. Él, como el resto de su familia, había crecido con la tradición del fútbol en las narices. Criado a la sombra de la leyenda de un tío abuelo que fue parte del seleccionado nacional y hasta jugó contra Pelé, a Andresito le tocaba elegir entre un muy adornado y conocido camino del deporte o esa aventura que eran los libros y la academia.

Andresito fue creciendo y en la casa todos le enseñaban a jugar. Su padre era un tipo grande y amoroso, que trataba de cumplirles los deseos a los hijos. Como Andresito era el último, normalmente heredaba los zapatos, la ropa, los juguetes y hasta los textos de colegio de los hermanos mayores. Sin embargo, algo que papá no se podía permitir era no comprarle a cada uno de sus hijos los chimpunes o la pelota con la que soñaban de noche. Andresito se hizo hinch del mismo equipo que aupaban sus dos hermanos menores. Los dos mayores, casi por tradición o por imitación, habían optado por el hinchaje del papá.

Cuando cumplió los trece años y un metro setenta de estatura, Andrés se fue a probar al Cantolao, en Fertisa, un lugar atrás del aeropuerto donde se podía sentir cuando el suelo se movía cada vez que un avión estaba a punto de aterrizar. Andrés se sintió feliz desde que llegó al equipo y el técnico le preguntó: «¿De qué juegas?», y él contestó: «De seis. También puedo jugar de *back*, pero prefiero jugar de seis». Y el técnico lo puso ahí, en el medio, solo, cuando en realidad tenía intenciones de ponerlo atrás por la talla. Así que no desperdició su primera chance y se adueñó de esa parte de la cancha. Corría duro, Andresito, quitaba, recuperaba y la soltaba corta para agarrar confianza. En la tercera o cuarta pelota, se animó al pase largo y este llegó directo. Fue certero. Supo que también tenía esa capacidad. Andresito se iba descubriendo en cada movimiento y en cada toque. Cuando había córner a favor, iba; en contra, volvía. Era como uno de esos futbolistas modernos. Un volante con ida y vuelta. De un área hasta la otra.

Andresito había encantado a todo el mundo ese primer día y había entendido, también, que eso era lo que quería hacer hasta que se muriese.

Al llegar a casa va de frente a su habitación. No saluda ni a su madre ni a su abuela que están en la cocina preparando la comida. Se encierra en el cuarto y enciende la televisión para que le haga compañía. Piensa mientras observa el techo. Coge una pelota de tenis y la golpea varias veces contra la pared y luego la ataja sin ganas. Se siente como si hubiese perdido un partido. Peor, siente como si lo hubiesen eliminado.

—¡Andrés, ya está la comida! —le grita su madre desde abajo.

—Guárdame.

Andrés piensa en el fútbol. Piensa en lo que pasó hoy y en la decisión que ha tomado. Está convencido de que no la va a reconsiderar y que no tiene más opciones. Ve a su alrededor y percibe el silencio. No hay nadie más que sus incondicionales mamás que lo esperan en el comedor con un plato caliente. Sustraе un viejo álbum de fotos. Allí está su memoria más próxima. Las imágenes de sus primeros días en el club, las del colegio y de los cumpleaños donde se ve a papá y a sus hermanos. Andrés observa y no se detiene. La vida es así, piensa. Se siente en posición adelantada, fuera de foco, lejos del tiempo. Cualquier metáfora desencajada es buena y todas le calzan. Para Andrés todos se han ido. No les echa la culpa, pero él siente que lo han dejado solo. Luego piensa en que, como dicen los entrenadores, las cosas cumplen un ciclo y quizá este es el suyo.

Cuando tenía catorce, hace no mucho, sus padres decidieron divorciarse después de más de dos décadas. La cosa aún está fresca y mamá llora. Papá se ha ido, pero aún está, no del todo, pero está porque lo visita siempre que puede. Sus hermanos mayores tampoco están. El más grande se casó, los dos siguientes se fueron del país a buscarse la vida, huyendo de un futuro incierto en Lima; el otro, el más pegadito a él, falleció en un accidente al que todos le intentaron buscar una lógica sin tener mayor éxito. Uno de sus tíos se marchó y nunca más se supo de él. El otro los visita de vez en cuando. El abuelo se murió de viejo.

Ese tío que siempre va a la casa se llama Javier Cruzado. Es el hermano menor de su madre y el único de todos los que vivían en esa casa al que no le entusiasmaba mucho el fútbol. No coleccionaba pósteres, ni pedía una nueva pelota para Navidad, pero sabía cómo era su familia así que siempre estuvo allí. Cuando le preguntaban de qué equipo era, él respondía: del mismo equipo de mi tío, el que jugó contra Pelé. Entonces la gente lo dejaba tranquilo. Javier es un hombre abierto y alegre. Parecía que siempre estaba celebrando algo porque, a pesar de todo, conservaba una sonrisa de medio lado en el rostro. Era un tipo creativo y altamente competitivo. Fue el primero de todos en ingresar a la universidad a estudiar cosas que tuviesen que ver con la publicidad y el mercadeo, aunque gustaba mucho del teatro y era a eso a lo que se dedicó.

Para Andrés todo se encoge y los espacios se van haciendo más sofocantes, como si le estuviesen haciendo una marca de hombre a hombre y no tuviese a quién soltarle la pelota. Para un chico como él debe ser la decisión más difícil del mundo dejar de jugar al fútbol. Andrés hace un repaso rápido por todo lo que le ha venido pasando afuera de la cancha, pero también piensa en lo que ha habido adentro. Cuando era más chico, Andrés era el más grandote, el más corpulento y uno de los más rápidos. Con los años, las diferencias se acortan. Algunos pegan el estirón, otros se quedan y a otros les dicen que tienen lesiones que no los dejarán desarrollarse bien. Normalmente los que crecen más también afianzan las creencias que tienen de sí mismos, se sienten más confiados y mejores. La edad influye: a los quince la vida social se parece más a la de un adulto que a la de un niño y el fútbol se atraviesa allí. Cuando un grupo de chicos como el de Andrés va a una fiesta, todos los miran distinto. Alguna vez se fueron en mancha al quinceañero de la prima de Carlitos Pajuelo y se dieron cuenta de que, aunque nadie los conocía, se sentían famosos luego de que hasta el maestro de ceremonias los saludase en público como «los chicos del Cantolao» y agregase «ellos son los que nos van a llevar a un Mundial». Queda para la anécdota, claro, pero allí entiendes cómo te ven todos, cómo te ve tu sociedad y hasta tu país. A Andrés eso no le molestaba. En realidad, no le molestaba a ninguno, pero de cierta forma eso también incidía en el comportamiento. La convivencia entre treinta jóvenes de la misma edad siempre es difícil. A diferencia de un equipo profesional, un plantel de menores tiene como característica principal la misma edad de todos sus integrantes y el poco recambio que hay entre una temporada y otra. Digamos que todos van creciendo juntos, aunque unos lo hagan más rápido y mejor que otros. Andrés era bueno, pero comenzó a odiarlo todo cuando se empezó a sentir solo.

Después del almuerzo, Andrés sube a su habitación. Las miradas de su madre, su abuela y su tío lo siguen con tristeza. Javier y la mamá de Andrés parecen preguntarse cómo anda el chico. La abuela lo tiene más claro, pero no interviene. Con sabiduría, deja que las cosas continúen según su naturaleza. Javier sube las escaleras y se detiene en la puerta de Andrés, que está entreabierta.

—Si quieres decirme algo, te digo que no pasa nada —dice Andrés.

—Yo estaba yendo al baño, pero ya me di cuenta de que alguien está molesto...

—No estoy molesto.

—Entonces continúo porque me orino.

—Espera, ¿cuando salgas del baño podrías venir...?

Javier se apresura y, tras lavarse las manos, regresa donde Andrés.

—¿Qué pasa? ¿La flaca te dijo que no? Así son. Así es a tu edad, Andresito, tranquilo.

—No, tío, no tiene nada que ver con eso.

—Ya sé que no tiene que ver con eso, pero... ¿no es así como todos los tíos empiezan las conversaciones de machos con los sobrinos?

Javier logra sacarle una sonrisa a Andrés.

—De verdad, ¿qué ha pasado?, cuéntame.

—Ya no voy a jugar más. Ya me hartó todo esto, ¿qué sentido tiene?, ¿para qué debo ir a entrenar todos los días? Y no es que no me guste entrenar, pero un montón de gente ya se está quedando. Ya no tengo doce o trece años. ¡Tengo diecisiete! Soy un viejo. A esta edad salen los *cracks* y, mira, yo sigo jugando en los juveniles. Ni a subveinte he llegado.

—Entonces, ¿es un problema de edad, Andresito?, ¿solo es eso?

—Sí...

—¿Seguro?

—Sí, te digo. A mí edad Maradona era una estrella en Argentinos Juniors, Rooney ya tenía a toda Europa a sus pies, a Cubillas le decían «El Nene», ¿y yo qué?, ¿y nosotros qué? Seguimos jugando el campeonato de la Asociación. Seguimos esperando el llamado de la selección subdiecisiete para ver si algo pasa. Yo ya no quiero eso.

—¿Y qué quieres?

—No sé. Bueno, sí sé, pero no sé cómo decirlo.

—Te escucho.

—No sé... ¿Y si fracaso?, ¿y si no soy tan bueno? Hay muchos chicos de categorías mayores que llegaron a equipos de primera y terminaron jugando Copa Perú o torneos de liga... y creo que eran mejores o tenían más talento incluso.

—Quizá no se esforzaban lo suficiente, Andresito.

—También se esforzaban un montón. No tienes idea. Eso me hace pensar muchas cosas y preguntarme si es que con el esfuerzo o el talento, o con ambos, basta. ¿Qué más es?, ¿suerte?, ¿eso existe?, ¿no que era para mediocres? Ya no sé ni a quién creerle.

—Entonces no es solo un tema de edad...

—Sí... bueno, no... Yo qué sé.

—Bueno, si no quieres jugar más, entonces no juegues más. Estás tan determinado en tu decisión que creo que no hay más vuelta que darle, ¿verdad?

—Sí...

—Seguro...

—¿Y por qué me siento tan mal?, ¿no es mi papá el que me tendría que decir algo?, ¿o alguno de mis hermanos?, ¿o mamá?

—La verdad no sé cuál es tu orden jerárquico que indica quién es el que te tiene que venir a desahuevar, pero ahorita no tienes al frente ni a papá ni a mamá ni a ninguno de mis sobrinos.

—Se fueron.

—Tu madre sigue abajo.

—Sí, pero está pensando más en mi papá, en lo que pasó. Veinte años no son fáciles. Yo la quiero dejar con sus cosas. Me da pena. Ella está pensando en otra cosa y está bien. No me quejo de que no tenga tiempo para ver cómo ando.

—Tu madre siempre tiene tiempo. Es una mujer fuerte, aunque está afectada como cualquiera. Pero apuesto a que sufre más por verte en esa incertidumbre que porque el panzón de tu papá se haya ido. Mira, yo a tu papá lo quiero mucho. Él siempre fue respetuoso conmigo, a pesar de las diferencias, pero ese es otro tema. Ahorita hablamos de ti. ¿Qué pasó?, ¿por qué ya no quieres jugar? La semana pasada todo estaba bien. O, al menos, eso parecía.

Andrés piensa y ve a Javier como alguien más cercano de lo normal. Piensa y no sabe para dónde ir en su cabeza. Todo se le viene de golpe y está convencido de que lo malo que tiene adentro puede hacerse real con el simple hecho de mencionarlo. Andrés es crítico consigo mismo. Mucho, incluso, para su propio gusto. A los diecisiete años ya visualiza el fracaso a lo lejos y el miedo pulula cerca, queriéndose instalar en alguna parte de él. Andrés compara todo y se compara a sí mismo, crea escenarios: todos acaban mal. Si se convierte en un futbolista profesional podría ganar dinero y vivir tranquilo, pero no sabe si podría resistir no jugar en un gran equipo o no salir del país y llegar a triunfar en Europa. Andrés cree que esa élite no es para todos y que si no lo logra y se queda acá se convertirá en una parodia, en una broma, en la comidilla de los programas de farándula y del corazón. Andrés lo ve y la ansiedad por el futuro se vuelve un monstruo lleno de baba que lo empieza a devorar de adentro hacia afuera. No quiere convertirse en el caballo de carreras de unos tipos que desde la tribuna lo aplauden y le juran amor eterno cuando hace algo bien, pero que le prometen la muerte y el más cruel de los infiernos cuando pierde un partido o falla un penal.

—Todo está mal. Mira, tío Javier, yo sé que no es bonito hacerse la víctima, pero te juro que no es eso. De verdad siento que no puedo.

—Andresito, no te voy a dar el sermón de la vida porque nadie necesita eso en estos momentos, pero a veces uno, en el fondo, sabe cuál es la respuesta. Si quieres dejarlo, que sea tu decisión. Incluso correrse o ser cobarde también es una decisión. Una no muy bonita que te atormentará por mucho tiempo, claro, pero es una decisión a la larga. Nunca te voy a comparar con nadie, ni conmigo ni con alguno de tus compañeros. Todos tenemos demonios o infiernos diferentes, pero tienes que cagarte en el tuyo o entrar y tratar de no quemarte.

—¿Y si no puedo?

—Si no puedes, pues no puedes. Casi todo es una mierda y las cosas están llenas de crueldad y miseria. Este barrio, esta ciudad, este país... todo el mundo. No creas que si las cosas salen exactamente como esperas que salgan, vas a estar satisfecho o te vas a quedar tranquilo. El ser humano no es así. Al contrario, hijo, vas a joderte un poco más incluso porque ni sorpresas vas a tener. Mira, yo no sé mucho de fútbol. De hecho, un poco, sí, pero de toda la familia fui el único que no jugó o no sabe jugar muy bien, pero eso no me importa tanto. Jamás les he restregado que

a veces, cuando era más chico o como de tu edad, haya recibido miradas extrañas de parte de ellos o que en vez de ir a jugar a la pelota me vistiese con trajes largos y me fuese a intercambiar casetes con mis amigos o al cine. De alguna forma sé lo que es sentirse solo y diferente. En esa época mucho más, incluso. Ahora está de moda ser *cool* o *nerd*, ya nadie te mira raro si hablas de alguna manera, pero antes eras o un maricón o menos.

—¿Te jodían mucho?

—Peor. Me jodían tanto que un día se olvidaron de mí porque ya no era divertido. Hagas lo que hagas estás cagado, me dije, así que me puse a hacer lo que me dio la gana. Crecí un poco, supongo. Iba a dejar de ser complaciente.

Poco a poco, Javier se va acercando a Andrés. Nunca antes alguien le había hablado así. Andrés no sabe cómo reaccionar, pero sí que hay algo distinto en ese discurso. Siente que, en vez de un simple pariente, Javier es un familiar.

—No estoy seguro de cómo continuar. Mira, la verdad no ha pasado nada específico. Hoy me han dicho que el fin de semana no voy a arrancar. El profe está haciendo una vaina de rotaciones. No muchos hacen eso. Así que me va a dejar en la banca. Me digo: «Si a los diecisiete estoy en la banca, cómo será en un par de años o en primera, si es que llego».

—Un vaso de agua...

—¿Cómo?

—En un vaso de agua te estás ahogando. Pero dale. Déjalo. Si no es para ti, no es para ti.

—Pero...

—Pero nada, déjalo. Hagamos algo. Deja de ir a entrenar un par de semanas. Si lo extrañas, vuelves; si no, ya sabes qué hacer.

—Pero si no voy...

—Si no vas, nadie te va a decir nada. No va a pasar nada. El mundo seguirá igual y tú dejarás de hacer lo único que te gusta porque tu entrenador te dijo que te sentaras un partido.

—...

Andrés no entiende. Esperaba un discurso diferente. El floró de un tío que se compadece y solidariza. Por algún motivo, Andrés recibe algo imprevisto, pero que tal vez necesita. Pasa el mal trago y dirige su mirada hacia el televisor. Están dando un partido de la liga de Brasil: Corinthians contra Gremio. Andrés sigue el encuentro, pero no reconoce a casi ninguno de los que están jugando. Los tipos que ve en la tele no son seleccionados. No son Ronaldo ni Ronaldinho, ni Emerson ni Cafú, no son ninguno de ellos y nunca han sido ni serán campeones del mundo. Pero están jugando. Están jugando paulistas contra cariocas en un partido donde todos podrían graduarse de genios. El brasileño más desconocido de ellos haría quedar en ridículo a cualquier defensa suizo o eslovaco. De pronto, Gremio ataca y un morochito que no debe pasar el metro sesenta y cinco avanza por la punta derecha como si tuviese un propulsor en el trasero, lleva la pelota pegada al botín negro y genérico que seguramente se ha comprado con

su plata. Javier, como siempre, no observa el fútbol, pero ve a Andrés. Lo ve con los ojos pegados en la pantalla y sin parpadear ante unos equipos que no son ni de cerca algunos por los que hincha. El morochito carioca, quimboso y potente, dribla a un rival y le mete una huacha a otro. A Andrés se le abren los ojos. El morochito llega hasta el final y saca el centro atrás. El defensa rival se barre para llegar a la pelota, pero de pronto el nueve, un flaco espigado con pinta de banquero, la deja pasar entre las piernas y desde el otro extremo, en uno de esos campos que son más anchos de lo normal, viene corriendo un tipo con el 7 en la espalda, atento a toda la jugada y que sabe que luego de la corrida de su compañero el morochito y de la genialidad del flaco enjuto, solo queda meterla en la esquina. No hay más, no puede reventarla ni mandarla a la tribuna porque sería una afrenta contra lo que han hecho sus compañeros, contra la tradición y contra todo lo que le han enseñado desde que era un chiquito, un pendejo de diecisiete años que se cagaba de miedo por no saber si su nombre aparecería en revistas o en comerciales. Al brasileño ese no le importa. Él sabe que meterla en la esquina, más que cualquier cosa, es su trabajo. Y la mete. Claro que la mete porque el trabajo es así: la metes o te vas. La mete y sale corriendo hacia el banderín del córner a gritarles a miles de tipos calatos en la tribuna que él tiene un nombre y que, si no le importa a nadie, pues no importa en general. El trabajo está hecho y para eso él, como futbolista, está ahí. Andrés no ha dejado de mirar la tele y todo se hace más claro. Javier ve a Andrés y percibe el amor del chico por lo que está viendo y sabe que eso de «odio el fútbol» son puras estupideces. Su sobrino, Andresito, tiene un corazón grandote, piensa Javier. Andrés se da media vuelta y ve a Javier. Javier entiende que lo que queda es abrazarlo.

Eileen

Mi nombre es Calixto Reyes y lo primero que recuerdo de Eileen es su figura entrando por la puerta de rejas metálicas del colegio San Antonio.

Aquel también fue mi primer día. Llegué bien peinado, con los zapatos lustrados y la lonchera llena. Mis padres, Pepe Reyes y Sandra Martínez, habían decidido que iría a la misma escuela a la que fueron mis primos, lejos de mi barrio y de los chicos que conocía, para evitar que no tuviese ningún problema, me descarrilase o creciera torcido.

En ese nuevo colegio, según mis padres y otros padres, haría nuevos amigos que más tarde se convertirían en contactos o en personas con las que podría compartir más que en mi propio barrio, aunque yo no estaba tan seguro. Caminaba encogido, con la mirada perdida y devolviendo el saludo con inseguridad a quienes me levantaban la mano.

Ya en el aula, poco después del primer recreo y cuando la profesora se disponía a explicarnos la clase de Educación Cívica, entró la directora. Tras un pequeño discurso en el que prometía y nos juraba atención y cariño de parte de ella, de los profesores y hasta de la plana administrativa, nos preguntó cómo nos llamábamos. Uno a uno nos fuimos poniendo de pie para decir nuestros nombres y de dónde veníamos. Algunos eran ya viejos conocidos: Mariana Alcalá, Michael Cornelio, Julito De Paul, Lucho Pineda, y después el resto. De pronto le tocó el turno a Eileen. Oh, Eileen, cabellos castaños, plenos de ondas como el mar abierto, ojos que brillan hasta en el pupitre mate, cachetes rebosantes y rosas. Oh, Eileen, Eileen Rey.

Al ponerse de pie dijo su nombre, contó su historia en dos frases cortas y mencionó que venía de Chile. Para nosotros, ver a una extranjera era como ver al papa. Tras su presentación, me tocó a mí: Calixto Reyes, vengo de La Victoria y estoy contento de estar aquí, dije y me senté inmediatamente a garabatear unas hojas en blanco. Se me daba mejor el arte que los números, así que hice un par de dibujos, escribí dos versos malísimos y seguí con lo mío mientras sentía las miradas enquistarse en mi espalda. Si Eileen era extranjera, yo también. La Victoria, aunque solo estaba a dos distritos, se encontraba en los extramuros del imaginario de cualquier chico de ese colegio.

Pensando más en un partido de fútbol del día anterior que en un *googolplex*, me animé a voltear la cabeza y mirar hacia donde se sentaba Eileen. Pude ver que ella tenía sus ojos puestos en mí. Sonreí levemente, venciendo todo atisbo de vergüenza, pero ella no. Sostuvo la mirada y yo traté de imaginar sus pensamientos. Ya me jodí, pensé. Ya la cagué, rematé.

Un rato después sonó la campana del segundo recreo y todos salieron despedidos de sus asientos, formando una especie de avalancha en las escaleras que daban al patio principal.

—Hola —le dije cuando me acerqué con mi pan con pollo en la mano. No sabía de dónde había salido esa confianza, pero allí estaba. Pensé que no tenía nada que perder.

—Hola —respondió seria.

—¿Qué tal?

—Ahí —me dijo.

Mi nivel máximo de interacción se había remitido a un saludo genérico mientras me balanceaba sobre los talones. A un segundo de desistir, cogí el pan con pollo y lo partí a la mitad.

—¿Quieres? —le dije.

Había dos opciones y ambas marcaban caminos opuestos. Cualquiera de ellas habría determinado el resto del año y, por qué no, de la vida. Digamos que, más o menos, había puesto mi futuro en sus manos con un simple ofrecimiento de pan francés, pollo deshilachado y mayonesa con cebollita china.

Y aceptó. Aceptó la mitad y me senté a su lado.

—Calixto, ¿no?

—De La Victoria —le dije y le extendí la mano.

—Eileen, de Chile —me respondió.

—Lejos, ¿no?

—Sí, lejos, como de acá a... bueno, a Chile —dijo.

—Yo también estoy lejos, como de acá a la esquina.

—Pero si La Victoria no queda en la esquina —comentó.

—No, pero allí pasa el bus —le dije y sonrió con un pedazo de pan en la boca—. ¿Conoces?

—Sí, claro, allí donde matan y venden droga.

Me quedé helado, pero luego agregé:

—Es broma, lo siento, no quiero ser pesada, po.

—Pe.

—¿Ah?

—Acá decimos «pe».

—Está bien, pe. Perdón por el chiste, pero es que lo que he visto en tele...

—No te preocupes, yo también lo veo en tele y cuando saco la cabeza por la ventana —le dije antes de darle otra mordida a lo que me quedaba del pan—. ¿Qué tal tu primer día? —le pregunté.

—Está bien. Me gusta. Mi colegio anterior quedaba cerca de casa, pero mis papás me sacaron porque no me la pasé tan bien.

—¿Qué pasó?

—Los chicos eran un poco fastidiosos y todo era guerra con Chile, pelea por lo del Mundial de Francia. A veces hasta me miraban mal.

—Mundial de Francia... Nos dolió en el alma.

—¿También me vas a mirar feo?

—¡No, cómo crees! Pero dolió.

—A mí no.

—Burlona —le dije y nos reímos. Luego le pregunté—: ¿así que te gusta el fútbol?

—Juego.

—¿En serio?, ¿de qué?

—Delantera, de nueve.

—Yo también. O sea, también juego, pero de enganche.

—Habría que hacer dupla, ¿no?

—¿Equipo?

—El único, el Cacique.

—¿Colo Colo?

—No hay más.

—Yo soy de Alianza.

—La Victoria, ¿no?

—Pero no creas, eh, hasta una barra de la U hay en mi barrio. Andan calladitos, eso sí, pero hay.

—Deberíamos ir al estadio un día —comentó mientras yo trataba de concentrarme, ¿sería ese mi primer amor? No quería emocionarme, pero pasó un rato más y me vi secuestrado por mis propias elucubraciones.

Para cuando terminamos el pan con pollo se escuchó el timbre que anunciaba el fin del recreo. Todos los chicos volvieron a las aulas con las camisas sudorosas, los pantalones ajados y las frentes empapadas. Eileen me dijo que nos veríamos luego y me dio las gracias por compartir mi lonchera. Nos despedimos haciendo un gesto con las manos y se metió al salón.

Antes de entrar por la puerta, sentí un pequeño toque en el hombro. Al girar vi a Michael Cornelio, uno de los que se había presentado primero. Nos miramos fijamente, me dijo: «Buena, Calixto, bien ahí», y me dio unas palmaditas aprobatorias. Ese día había encontrado a mi primer amigo y a mi primer amor. Bueno, más o menos.

*

Todos los martes nos tocaba Educación Física con el profesor Marcos. Era un tipo intachable y cálido, de los que no aprovechan solo para tirarte una pelota y hacerte correr detrás de ella mientras deja a las niñas en las gradas; el profe trabajaba fundamentos y base atlética, elongaciones especializadas y disciplina. Todos lo querían y respetaban.

Michael, quien ya se había hecho mi pata, Julito De Paul, que era el más jodido y aprovechaba para hacer bromas que eran castigadas con una serie de ranas, y yo, nos habíamos

dado cuenta de que le pegábamos bien a la pelota, así que nos juntamos para jugar. En un momento, en plena pichanga, cogí el balón y le pegué de afuera del área. Gol. Y de pronto miré a la tribunita como buscando a Eileen para ver si me había visto. Movié el mentón mientras hizo un gesto con los labios hacia arriba como diciendo interesante, Cali. El profesor Marcos tocó su silbato y detuvo el juego para dirigirse a la tribuna y preguntar quién quería jugar. Eileen no necesitó que la mirase para levantar la mano y decir, profe, yo juego arriba. Julito no contuvo la risa.

—¿Una muñeca no quieres?

—Julio, tres vueltas a la cancha —dijo el profe Marcos—. Acá todos juegan. Nada de que las mujeres no pueden, no juegan, así no es acá, ¿de qué quieres jugar, Eileen?

—Delantera, profe. Arriba.

—Vale, vas para el equipo de Lucho Pineda.

El equipo de Lucho Pineda era el rival, el de en frente, el que había sintetizado, digamos, a los más antiguos de la clase y el que tenía monopolizado el asunto. Yo, claro, les acaba de clavar tremendo golazo, así que con la sangre en el ojo y con una delantera nueva, se la tenían jurada a mi equipo.

El partido se reanudó y no pasó mucho rato hasta que la cogió Lucho Pineda, se sacó a dos de encima y se la dio a Eileen para que probara la agilidad de mi arquero, el flaco Batalla. El flaco la sacó con las yemas de los dedos y la mandó al córner. Todos nos quedamos medio perplejos, incluso Julito que seguía dándole la vuelta a la cancha a duras penas. La conclusión consensuada era esa: la chica, Eileen, la nueva, la chilenita, la recontra conocía.

Terminamos ganando con gol de Michael Cornelio, de cabeza y hasta con mofa, así que cuando el profe pitó, uno ya sabía quién era quién.

—¿No que íbamos a hacer dupla? —le dije a Eileen y se rio.

—Para la próxima, po... pe.

—Más bien, este domingo juega Alianza, ¿vamos?

—De todas maneras.

—¡Chévere! Le he dicho a Michael y a Julito. Aunque me acabo de enterar de que Julito es de Cristal, pero igual lo llevamos para que se le quite lo pavo.

—¿Pavo?

—Así les dicen a los de Cristal.

—Ah, como las monjas.

—¿Quiénes?

—Los de la U. Católica, pe.

—Ya aprendiste el pe.

—Obvio, microbio.

*

Nos juntamos la tarde del domingo a las dos en el cruce de la avenida Salaverry con Domingo Cueto, al lado del hospital Rebagliati. Allí, entre el sonido de los cláxones y el sol que nos pegaba fuerte, nos encontramos Michael, Julito, Eileen y yo. Ellos vivían relativamente cerca —a pocas cuadras del colegio—, y yo había ido desde mi casa en Matute para recogerlos e iniciarlos en el ritual. Cogimos una combi que nos dejó en México por cincuenta centavos cada uno y bajamos en Andahuaylas. Desde unas cuadras antes se podía ver a personas con camisetas rayadas que se dirigían al estadio.

—¿Primera vez? —les pregunté a todos—. Bueno, seguramente tú sí —le dije a Eileen.

—Mi viejo me trajo una vez a ver un clásico —dijo Michael.

—Yo no sé qué hago acá —comentó Julito.

—Así que esto es lo que sale en televisión —dijo Eileen mirando para todos lados, empujándose al costado de los edificios de cuarenta o cincuenta departamentos horizontales de la unidad vecinal.

—Vamos a atravesar para cortar por mi barrio y salir directo a la cancha —les dije.

Pasamos a través de unas rejas oxidadas, por unos pasadizos compuestos de arbustos y ropa tendida. Atravesamos luego un pequeño puente, un parque y unos chalets, mientras yo saludaba a quienes se me cruzaban. Para mis amigos, estar allí era lo más parecido a un documental de Discovery Channel. Yo le decía a todo el mundo que era un sitio común y corriente, con sus cosas, como todo barrio, pero no podía perder la oportunidad de convertir el instante en una hipérbole de historias itinerantes. Les dije que, hacía poco, una pareja de ancianos vio cómo la policía se llevaba a su sobrino desde la puerta de su casa a punta de macanazos y cachetadas porque lo habían sorprendido vendiendo merca. El tipo, condimenté, era amigo de un tío mío y jugaba a la pelota como no tenían idea. Primera historia suavecita como para que se fuesen acostumbrando. Además, unas chicas fueron acosadas por un hombre en el mercadito que está a dos cuadras. Eran tres hermanas grandotas que todo el mundo conocía y a las que querían mucho, pero que se cruzaron con un tipo que se la daba de bandido y que no tuvo mejor idea que, imagino en un viaje de pasta o cloro, mostrarles la verga mientras les pedía que se la chupen en mancha. Un asco todo, agregué. Las chicas se le fueron encima para agarrarlo a cachetadas y llevarlo a la comisaría, pero allí salió la hermana o la mamá o no sé quién del tipo a decir que no le pegaran, que era un enfermito borracho. Se armó tal lío que terminó en puñete y patada, y con un potencial violador en un patrullero al que subieron a la fuerza a pesar de la oposición de su familia.

—En Chile también hay barrios bravos, eh —dijo Eileen, quien curiosamente era la más familiarizada con todo el entorno.

Michael y Julito tenían los ojos inyectados y las orejas rojas.

—En todos lados, ¿no? —respondí.

Atravesamos la piscina de un colegio que estaba a la espalda de la avenida Isabel la Católica y salimos directamente a la puerta de Sur. Cuando abandonamos la unidad vecinal, nos mezclamos entre las gentes y las barras que bajaban de todos sitios: San Juan de Lurigancho, Cercado, El Agustino, Comas; todo Lima se concentraba en un punto. Entre la algarabía y algunas escaramuzas, llegó el Comando Sur, la barra más grande del equipo. Para Eileen, y para Michael y Julito también, esa fue quizá la primera dosis de realidad nacional que estaban viviendo. Las pulsiones se sentían en el aire, en el suelo las piedritas vibraban rítmicamente al compás de los cánticos previos al partido.

Me acerqué a la boletería y compré cuatro entradas para la popular. Esperamos a que la barra se encajase en las puertas del estadio con las banderolas, los bombos y las chicharras, y entramos atravesando un serpenteante control policial, pegados a las paredes para que los caballos no nos golpearan. Una vez adentro, ya en el túnel, nos quedamos boquiabiertos. Alianza jugaba contra el Sport Boys y el estadio estaba casi colmado. Estábamos segundos y si ganábamos nos poníamos a un punto de Cristal, que andaba solito en lo más alto de la tabla. La cancha gritaba, el estadio parecía un organismo vivo y lleno de color. Todo sucedía en ese tiempo, en ese límite preciso que rodeaba una cancha de cien metros por sesenta y cinco donde el único fracaso que se permitía era el del cero a cero si es que el otro se colgaba de los palos y la pelota no entraba, aunque se jugasen sesenta horas seguidas.

Cuando los equipos salieron a la cancha, una lluvia de papелitos se mezcló con un impávido sonido, casi telúrico. Luego del pitazo inicial, empezó el cántico y yo vi a Eileen sonriendo y mirándome también de reojo. De pronto, le ofrecí pintura.

—Para los cachetes —le dije, y le pasé el dedo por ambas mejillas, dejándoselas azul y blanco.

—Gracias —me dijo con cierta emoción.

Michael y Julito me miraron y me levantaron el pulgar. Sentí, por primera vez, que podía clasificar ese momento como perfecto, aunque allí nomás nos anotaron el primer gol con un tiro de treinta metros que parecía de otro partido, de otro campeonato. La gente no paró de alentar porque recién habían pasado quince o veinte minutos. El fútbol, como la vida, tiene momentos impostergables y las cosas suelen pasar en fracciones de tiempos indefinibles que terminamos por disfrutar, pero jamás por entender.

En el medio tiempo, Eileen me dijo que quería ir al baño, pero le sugerí que no era buena idea. Le pedí que tratara de aguantar cuarenta y cinco minutos.

—Después vamos para mi casa y usas el mío —le dije.

No podía decir que la nada era solo un espacio vacío, que entre gol y gol solo quedaba ver cómo la masa que se formaba en la tribuna se movía uniforme, guiándose por la corriente sonora que marcaban las canciones. En esos intervalos de tiempo, Eileen, Michael, Julito y yo nos

abrazamos igual que todo el resto, y el abrazo duró hasta que la pelota se estampó en la red del Sport Boys tras un cabezazo de nuestro *forward*. Aunque esa palabra vieja ya casi ni se usa, no encontraba mejor forma de llamar al centroatacante. Además, daba caché y hacía que te parecieras a los que salían en la tele.

Matute era, por definición y por consenso, una fiesta interminable. Por supuesto, nadie contaba con que el Boys, en uno de esos contragolpes en que la pelota parece rebotar en los tobillos de quien la tiene y serpentea aprovechándose de los defensas contrarios, aprovecharía un penal y nos empataría. A falta de dos minutos, nos quitó el derecho de persecución que nos habíamos ganado. A todos les cambió el semblante y entendí que no sería sencilla la salida del estadio.

—Yo no soy de irme hasta que pita el árbitro, pero esta vez, muchachos, les pido que me sigan —les dije. Cogí del brazo a Eileen con más preocupación que rubor y salimos de allí.

Atravesamos una pequeña explanada y nos aproximamos a la avenida. El sonido grave de una bombardera nos alertó a movernos rápido y, tras cruzar la pista, nos dimos con una reja cerrada con candado. Ese retraso de dos o tres minutos nos permitió ver a la barra arrasarse con lo que tenía a su salida. Había quienes, como nosotros, trataban de escabullirse entre la policía montada o meterse en pequeños callejoncitos, pero yo sabía que, si hacía eso, Michael, Julito y Eileen terminarían más asustados de lo que ya estaban. Mis opciones no eran muchas: Abtao o Andahuaylas. Cogí la segunda y les pedí que por nada del mundo nos separásemos, que tendríamos que empezar a correr sostenidamente para que no nos alcanzara el peligro. Y así lo hicimos.

En algún punto, Julito se quedó atrás por veinticinco o treinta metros, así que nos detuvimos en una cabina de teléfono que todavía no había sido vandalizada. Hay que esperarlo, me dije. Sin embargo, un tipo que pasaba por allí vio a Eileen y le metió la mano. Ella quedó impávida. Aunque se le podía ver la impotencia en el rostro, no tuvo respuesta, pues a pesar de ser alguien muy vivaz e inteligente, seguía siendo una niña. Nosotros también éramos unos niños, pero no me contuve y empecé a amenazar al tipo que la había violentado a punta de carajos y de maldiciones. Se me vino encima, pero un amigo suyo lo cogió por la espalda y le dijo no seas huevón, qué tienes, mientras me miraba. En ese momento pensé, vamos, no seas cobarde, suéltalo, seguro te lo estás llevando para que no reciba una paliza, pero luego entendí que su amigo me clavó los ojos para que yo entendiese que era a mí a quien le estaba salvando el pellejo.

Cuando llegamos a mi casa, Eileen pidió prestado el baño y luego nos quedamos hablando un momento con mi madre, que nos ofreció Coca Cola y nos recomendó quedarnos allí hasta que pasara la turba. Pudimos ver en la televisión las imágenes de barristas reventando lunas, peleando con policías y rompiendo lo que había a su paso.

—Cali, vas a acompañar a tus amigos, ¿no? —dijo mi mamá.

—Por supuesto —respondí.

—Chicos, ¿para dónde van?

—Nos vamos para Jesús María, señora —respondió Michael.

—Sí, todos viven por ahí —agregué.

—Me alegra que hayas hecho amigos tan rápido, Cali —comentó mi madre—. Yo sabía que meterte a ese colegio iba a hacer que tuvieses mejores amigos y mejor roce.

—Mamá...

—¿Qué?, ¿acaso no es verdad? Estarías como los chicos de acá, tirando piedras y yendo al estadio o vagoneando sin polo por la unidad.

—A veces hago eso, ma.

—Aish, este chico. Bueno, chicos, ¿quieren algo de comer mientras siguen esperando? —preguntó y todos asintieron.

Me levanté y fui a la cocina. Mi madre, en voz baja, me preguntó quién era la blanconcita. Es del cole, es chilena, le respondí. Es bien guapa la niña, trátala bonito. No te vayas de allí, me dijo mi mamá. Le conté que hacía un rato estuve a punto de pelearme con un baboso que le metió la mano. Mi madre entendió y no me dijo nada. Me dijo, incluso, que eso me daría puntos con Eileen, pero yo pensé que exageraba. De chico uno piensa que todo lo que dicen los padres es verdad y, si no lo es, pues se acerca o en el algún momento lo será.

Salimos de mi casa tras una despedida afectiva de mi mamá y tomamos un taxi.

—Mi mamá me dio para que nos fuésemos más seguros —dije mientras les mostraba el billete de diez soles.

Le pregunté a Eileen cuál era su dirección y nos fuimos hacia allá. Al llegar, todos bajamos del auto y Michael y Julito se despidieron. Michael tuvo que jalar al loco como diciéndole no seas gil, Cali se quiere quedar a solas con ella. Eileen me dijo entonces que la había pasado bien y que incluso había valido la pena mentirles a sus padres.

—¿Qué cosa? —le dije.

—Lo que pasa es que mis papás son un poco protectores. La verdad, mucho. Y si les decía que iba al estadio no me iban a dejar.

—¿Y qué les dijiste?

—Que iría a la casa de una amiga y que me quedaría allí toda la tarde. Que íbamos a ir varios chicos del cole. Así que te quería pedir esto: si salen y preguntan dónde estuvimos, les dices que en la casa de Daniela. Yo les diré que tú también estabas y que te pedí que me acompañases porque no me quería regresar sola, ¿está bien?

—¿Estás segura?

—Claro, no va a pasar nada.

La puerta de su casa se abrió chillando sin mucha fuerza, pero lo suficiente como para que la escuchásemos desde afuera. Sus padres, un hombre rubio y robusto, y una mujer de sonrisa

amplia y cabello ensortijado, salieron y recibieron a Eileen. Los saludé. Señor, señora, buenas tardes. Ellos me devolvieron el saludo y Eileen les contó lo que me había advertido que les diría. Ellos me miraron como para confirmar la versión de su hija, y yo asentí para mentir. Me despedí rápidamente y le dije a Eileen que la había pasado muy bien, que nos veríamos el lunes en el colegio y ella sonrió y repitió lo mismo. Caminé de frente y me perdí a los ojos de Eileen al dar la vuelta a la esquina.

*

El lunes nos encontramos todos en el salón. Eileen estaba allí, pero sus ojos no brillaban y movía el lápiz entre los dedos sin perderlo de vista. Al instante, noté algo distinto en ella. Cuando me acerqué lo pude confirmar.

—¿Cómo estás?, ¿todo bien? —le pregunté.

—La verdad que no.

—¿Te puedo ayudar?

—No creo.

—Si quieres te puedo escuchar.

—No es contigo, pero tiene que ver contigo.

—¿Conmigo?

—Es que mis papás se enteraron de que no fui a la casa de mi amiga y me fui a otro lado. Tampoco les dije que fui al estadio.

—Uy.

—Piensan que me fui contigo.

—¡Uy!

—Normal, no hay problema contigo, solo que se molestaron porque les mentí y ahora me han castigado. Tengo que volver del cole a la casa y no podré salir el fin de semana para nada.

—Lo siento.

—No lo sientas, lo hice porque quise no porque me obligaste.

—Está bien.

—Lo que me jode es cómo se enteraron.

—¿Y cómo fue eso?

—Llamaron a la casa de Daniela.

—¿Y ella les dijo?

—Sí, les contó que no sabía nada de mí, que yo no estaba ahí y que ni le había dicho que iba a ir.

—¿Y le dijiste que te cubriera?

—Por supuesto. No sé qué pasó. Hoy la voy a llamar. Esto no se queda así.

—¿Y qué te dijeron de mí?

—¿De ti? Cali, he tenido un problemón y me preguntas qué dijeron de ti...

—Lo siento...

—Deja de decir lo siento...

—No sé qué más decir, fue lo primero que me salió.

—Lo primero que te sale es pensar en ti.

—No, no es lo que quise decir.

—Sabes qué, hablamos luego.

—Lo sien.... Perdón.

—Déjalo ahí, ya va a pasar.

Cuando salimos de la escuela, esperé a la movilidad y me fui a casa. Llamé a Michael y me dio las gracias por llevarlo al estadio, me dijo que la había pasado increíble y que quería repetir la experiencia otra vez. Cuando juguemos con los pavos tenemos que ir, comentó. Le conté rápidamente lo que había pasado con Eileen.

—Uy, chucha, ¿y se ha asado contigo?

—Sí, la verdad, creo que con justa razón.

—Pero si tú no hiciste nada.

—Sí, ya sé, lo que no sé es por qué me siento culpable.

—Porque te gusta pe, Cali, cualquier cosa que le pase te va a afectar.

—Hoy hasta estuvo rara y me habló feo.

—Se le va a pasar. Ya sabes cómo es.

—La verdad no sé, pero bueno, espero que mañana esté mejor. Además, tenemos Educación Física, fácil nos podemos meter una pichanga y fácil jugando se pone contenta.

—Tu flaca se jode contigo y tu mejor estrategia es hacerla jugar pelota. Si no eres el tipo más suertudo del mundo, la pegas en el palo.

—No es mi flaca.

—Bueno, bueno, tranqui... mañana se le pasa.

Colgué el teléfono y me quedé pensando toda la noche en cómo podría hacer para hacerla un poquito más feliz al día siguiente. Seguramente ella estaría mejor, pensé, no era una persona débil o una niña que arrastrase rencores. Pero me equivoqué. Al día siguiente, a primera hora de clase, mucho antes de Educación Física, se le podía ver en el salón con los ojos tan vidriosos como lagunas. No me le quise acercar. Quería que estuviese en paz al menos un rato. Esperé a que llegase la hora de ir al campo a jugar, así que allí la abordé.

—Quiero pedirte disculpas por lo de ayer —le dije.

—No te preocupes —me respondió bajando la cabeza.

—¿Qué pasó? No te veo bien desde ese día que te dejé en tu casa.

Me jaló a un costado y me contó que la noche anterior habían pasado dos cosas. La primera: había hablado por teléfono con Daniela. A los gritos, Eileen le había dicho que cómo podía haberla traicionado. Daniela le explicó que su madre había contestado primero cuando sus padres llamaron y que la había obligado a decir la verdad. La verdad, en ese caso, era como un castigo que uno debía ejercer para salvarse el pellejo. Era Daniela o Eileen. Y Daniela escogió como escogería la mayoría. Eileen, triste y decepcionada, colgó el teléfono y pensó que nada peor podría ocurrir, pero ocurrió.

—Me voy —me dijo.

—¿Te vas?, ¿cómo es eso?

—Me voy del colegio.

—¿Qué? No entiendo, ¿a dónde?

—Me voy a Trujillo, al norte.

—¿Cuándo?

—A fin de mes.

—Pero estamos en clase, ¿por qué?

—Le han ofrecido un trabajo a mi papá por allá y dice que nos vamos cuanto antes. Al parecer, es una oportunidad que no va a perder.

—Pero ¿y el colegio? —dije, cuando en vez de eso quería decir ¿y nosotros?

—Lo mismo pregunté y mi papá me dijo que ya tengo colegio allá. Que todo está arreglado. Solo falta venir a conversar acá para ver cómo me retira.

—Oh...

Me quedé impávido y sin reacción. No supe qué responder y quise decirle algo, pero no lo hice.

—¡Muchachos, chicas, vengan acá! Vamos a formar dos equipos mixtos, ¿qué les parece? —dijo el profe Marcos.

Jalé para mi lado a Michael Cornelio, Julito De Paul, el flaco Batalla, Micaela Román y Eileen.

—Por fin vamos a jugar juntos —le dije a Eileen, pero me respondió solo con un gesto. No podía culparla, estaba teniendo días terribles.

El partido empezó y cuando transcurrieron diez minutos, tras un pase que dejó a Eileen frente al arco, ella no le pudo entrar de lleno y la mandó al saque de meta. Se quedó de pie, con las manos en la cintura y arrugándose la camiseta para luego empezar a llorar. Nos quedamos sin saber qué hacer. Lucho Pineda, el capitán del otro equipo, tampoco dio respuesta. Todos nos miramos y cuando estaba por acercarme a Eileen, el profe Marcos tocó el silbato y nos dijo que el partido se había terminado.

—Vayan a tomar agua —gritó—. Eileen, ven un momento —añadió.

Nos fuimos de allí y vi cómo la agarró de los hombros y empezó a hablarle. Me imaginé que trataría de consolarla o ayudarla, y no hice más que pensar en ello. No importaba cuán culpable me hubiese sentido el día anterior, o cuán capaz era Eileen para aparentar ser mayor y tener una madurez más desarrollada de la que tenía, cuando un chico, un niño o una niña, se ponía mal y no había quién lo ayudase, tenía que haber un adulto.

Llegué a casa y me puse a jugar con el Play Station que había dejado un primo. Jugué cerca de tres horas antes de quedarme dormido con el uniforme. Al despertar, ya de noche, mi mamá me preguntó si quería comer, pero le dije que no tenía hambre. En ese momento me asaltó una angustia como no había tenido otra antes, y me metí a la ducha porque hasta el cuerpo me pesaba. Quería relajarme. Allí, con el agua recorriéndome el cuerpo, empecé a llorar y camuflé el sollozo con la música que había puesto a volumen alto. Quizá pensé de forma egoísta y no analicé nada de lo que vendría: no pasó por mi cabeza que Eileen se la iba a pasar bien en un lugar nuevo, ni que a su familia le iba a ir mejor, ni nada; si el mundo se hubiese estado despedazando podría apostar que tampoco habría pensado en ello. En ese momento, el único mundo que me importaba era el mío. Y mi mundo, en la cursilería e ingenuidad de un chico, tenía nombre.

—¡Cali, teléfono! —gritó mi mamá desde la sala y la escuché a pesar de la música.

Salí rápido de la ducha con la toalla colgándome de la cintura y le dije que contestaría arriba.

—Aló.

—¿Cali?

—¿Sí?

—Soy Eileen.

—Oh, Eileen, qué sorpresa. No sabía que tenías mi número.

—Sí, lo saqué de una lista que nos pegaron en la libreta.

—Ya veo, ¿qué pasó?

—Necesito hablar con alguien...

—¿Estás bien?

—No.

—Bueno, cuéntame.

—Por teléfono no, tiene que ser en persona.

—Está bien. Mañana en el cole entonces.

—No, en el cole no. Mañana mis papás van a salir y si quieres después del cole puedes venir un rato a mi casa, ¿tienes tiempo?

—Claro, mañana saliendo de clases nos vamos a tu casa.

—Está bien, gracias.

—No hay nada que agradecer.

Colgué y fui a mi habitación a ponerme el pijama. Me quedé bocarriba viendo el techo y no hubo nada más entre mis sienes que la especulación sobre qué sería lo que quería decirme Eileen. En el imaginario más optimista de un chico, pensé que quizá me iba a decir que le daba pena irse, que me quería y que si por ella fuese se quedaría, pero la verdad es que esas cosas casi nunca pasan.

Me quedé dormido y al otro día me volví a duchar, tomé desayuno y hasta lustré mis zapatos. Mi madre, sorprendida porque me había despertado con una energía inusual, solo atinó a preguntarme si estaba bien. Le dije que sí e, incluso, me despedí de ella y de mi papá con besos en sus mejillas.

Ese día lo único que me interesaba era que las horas pasaran lo más rápido posible. Tenía la boca seca y las manos sudorosas. Las piernas no me dejaban de temblar y, ante cualquier pregunta, respondía con mucha velocidad, tratando de no dilatar el tiempo. Cuando sonó la campana de la salida, me encontré con Eileen y le dije, bueno, aquí estoy, vamos. Asintió con la cabeza y empezamos a andar. Caminamos unas cuadras y yo estaba más que entusiasmado. Al llegar a una esquina, antes del cambio del semáforo, me detuve y le dije lo mucho que me había gustado su llamada de la noche anterior, y entonces le cogí ligeramente la mejilla haciendo lo mismo que había hecho en el estadio y ella retrocedió bruscamente sin dejar de mirarme. Pensé que había cometido una imprudencia o que había leído mal alguna señal, pero en vez de fastidiada se le veía atemorizada, como si yo fuese un completo extraño o una amenaza.

—Cali, tengo que contarte algo —me dijo cuando aún faltaban algunas cuadras para su casa.

—Cuéntame, con confianza.

—No sé cómo decirlo, pero siento que si le doy más vueltas voy a terminar por estallar.

—Está bien.

—No, no está bien, es horrible.

—¿Horrible?

—Recuerdas que ayer el profesor Marcos se quedó conmigo cuando me puse mal.

—Sí, claro.

—Bueno. Cuando ustedes se fueron le conté qué pasó. Le dije lo de Daniela, lo del viaje a Trujillo, todo lo que me había pasado los últimos días. Digamos que necesitaba soltar y, bueno, me puse a llorar mucho más. Me deprimí y, no sé cómo decir esto... él se me acercó. Me abrazó. Al comienzo pensé que todo estaba bien, que era una buena manera de calmarme y que era mi amigo. Soy una cojuda, es mi culpa por haberme quedado cerca.

—Eileen, sea lo que sea nunca es tu culpa, ¿qué pasó?

—La cosa es que en un momento empezó a abrazarme con más fuerza y a pegarse cada vez más y más a mí...

—Ya...

—Se pegaba más y me cogía el cabello como consolándome. Me decía, tranquila, Eileen, esas cosas pasan, lo importante es que te calmes, pero se seguía acercando y llegó un momento en el que empezó a rozarse contra mí. Ay, no sé cómo describirlo, fue algo repugnante. Ajustó su entrepierna con uno de mis muslos y pude sentir cómo se le empezaba a parar. Me da asco y quiero vomitar solo de decirlo. Fue terrible: de su boca salían palabras de aliento y apoyo, pero su cuerpo se empezaba a agitar. Como si se estuviese excitando. Nunca me había pasado algo así, aunque sí conozco un par de amigas que me han contado que algunos tipos se quisieron sobrepasar con ellas. Siempre me pregunté si me tocaría vivir algo similar, y cuándo sería, aunque no imaginé que llegaría algo así de un profesor, encima, de este profesor. El profe Marcos, tan respetado y admirado. Wao, qué asco. Por suerte, creo que no se dio cuenta de que yo entendí sus intenciones. Cuando terminó de hablarme y en el momento que pude, me despegué de él, me sequé las lágrimas y le dije que ya estaba mejor, y me fui de allí caminando rápido como para que no se percatase de lo nerviosa y cagada que estaba. Te cuento esto, Cali, porque la verdad no sé qué hacer. Tengo mucha vergüenza, tengo hasta miedo, perdón por contarte esto.

Ni siquiera llegamos a su puerta cuando terminé de escuchar todo lo que me dijo sobre aquel episodio. Sentí rabia, primero, y luego una pena profunda. Lo cierto es que me quedé en las sensaciones porque me era imposible, a esa edad, saber cómo estaban configuradas las cosas: un profesor, un tutor, alguien que te cuida, de pronto te toca.

Al día siguiente nos tocó Educación Física, pero yo era otro. Aquel día Eileen no asistió a clases, y luego me enteraría de que se había hecho la enferma, pues prefería no verle la cara al tipo. Empezamos haciendo la calistenia y mis brincos eran muy marcados, poderosos hasta el extremo, pero contenidos.

—Muy bien, Calixto, qué bien, así, continúe con ese empeño —dijo el profe Marcos.

Michael y Julito no me quitaban la vista de encima. Sabían que algo me pasaba. Cuando concluimos el calentamiento, empezamos a hacer unos ejercicios y unas pruebas físicas y allí empezó a derruirse la situación.

—Formen dos columnas —dijo el profe Marcos—. Pónganse frente a frente. Vamos a aprender a hacer lucha grecorromana o lucha libre. Agarren una pareja y los de la fila de la derecha van a tratar de someter a los de la izquierda con lo que tengan. No valen puñetes, patadas, arañones o golpes bajos. Solo intenten algunas llaves. Quiero ver cómo lo hacen y luego les enseñaré qué sigue.

Al frente tenía a Lucho Pineda. Tipo fuerte y grande, y con quien no me llevaba ni bien ni mal. En el fondo nos parecíamos, pero él tenía los galones de haber estado más tiempo en San Antonio y yo era el nuevo.

—Empiecen —dijo el profe Marcos.

A mí me tocaba someter a Lucho, pero me quedé inerte. No quería recibir una orden más de Marcos. Ahora, para mí, era Marcos a secas.

—Calixto, vamos —me dijo Lucho, como extrañado por mi actitud.

Yo seguí inmóvil.

—¿Qué pasa? —insistió.

No respondí.

—¿Qué pasa, Calixto? —dijo Marcos—. Tú tienes que tumbar a Lucho —agregó.

Me di media vuelta, me crucé de brazos y no me moví.

—¡Calixto, obedece! —insistió Marcos.

Seguí en silencio y los demás se percataron. Dejaron de luchar entre sí y se me quedaron viendo.

No me moví para nada y me limité a girar sobre mi eje sin pronunciar alguna palabra.

Marcos se me acercó y se me puso al frente, con el sudor corriendo por sus gafas fotocromáticas de marco dorado y el gel derritiéndosele en el cabello brillante. Vociferó a menos de un metro de mí, sin ponerme un dedo encima, tratando de encontrar la mejor estrategia para que yo hiciese algo, como quien te aborda y trata de leer tu mente para descifrar sus propias ideas y cree que está delante de un espejo. Noté cada detalle de su humanidad, desde los vellos que se asomaban por sus orificios nasales hasta las pequeñas manchas en su buzo. Afiné la vista y emití una respuesta quizá tan rebelde como justa:

—No —le dije.

—Calixto, no te entiendo, no sé por qué haces esto. Me estás obligando a castigarte.

—Haga lo que considere —dije y se escuchó un sonido onomatopéyico: Uy.

—Anda a la dirección.

—Ok —y me fui ante la mirada atónita de mis compañeros de aula.

En la dirección, como quien dice, me tuve que comer el sapo. Llamaron a mis padres, les dijeron que mi comportamiento era inaceptable, que no iban a tolerar ese tipo de respuesta de parte de un alumno y etcétera. Mi papá no sabía qué decir. Mi mamá menos. A ambos los habían hecho salir del trabajo por mi supuesta desobediencia. Sin embargo, ambos sabían que no era un chico problemático. Como era nuevo, me dijeron que esperaban que esa fuese la primera y la última.

—¿Por qué has reaccionado así? —me dijo mi papá delante de Marcos, la directora, mi mamá, la coordinadora y hasta de la secretaria.

—Bueno, no he reaccionado —contesté y creo que no cayó muy bien mi respuesta.

—Esto es serio, Cali —agregó mi padre.

—No sé... —dije tímidamente mientras pensaba.

Luego, algo me salió de no sé dónde.

—Prometo que no va a volver a pasar. Quizá no me pareció adecuado que nos tocásemos así —dije mirando a Marcos—. Tocar a alguien sin su consentimiento no está bien, así otra persona te lo ordene o así seas más grande, ¿verdad?

Y creo que con eso dejé clara una posición que nadie entendió, pero que estoy seguro le llegó directo como un misil a Marcos.

—Lamento mucho este episodio, profesor, estoy seguro de que es parte de la adaptación de Cali, él es un buen chico y le garantizamos que no volverá a pasar nuevamente —dijo mi mamá.

La directora tomó la palabra y trató de calmar el asunto. Me hizo prometer que le haría caso a Marcos y yo asentí para complacerla.

—Espero que no haya más problemas, Cali, tú eres un buen alumno —me dijo Marcos extendiéndome la mano.

Ante la mirada de todos, se la extendí de vuelta y creo que ese día entendí realmente lo que eran el asco y la hipocresía pura. Quería contarlo todo, estallar y desparramarme a mis anchas con toda la información, pero no lo hice, sentí que no era mi derecho y que, finalmente, terminaría jodiéndole la situación a Eileen. Y ella era lo único que importaba.

Al día siguiente, Eileen volvió a la escuela y yo estaba allí en mi pupitre, sentado con cara de nada y con ganas de irme a mi casa. Evidentemente, se enteró del episodio del día anterior y aunque nadie lo entendió, ella sí. La verdad no esperaba ninguna retribución o premio. Habría sido una tontería. Ella tampoco me lo dio, pero a esa o a cualquier edad, cuando alguien te defiende y pone el pecho a las balas por ti, sientes que quizá lo quieres un poco más. Nunca supe mucho de códigos, pero aparentemente ese era uno de los míos. Faltaban menos de dos semanas para que Eileen se fuera. Los papeles estaban hechos, el asunto en San Antonio arreglado y yo triste. Cómo ocultarlo.

Como se iba un domingo, fue a clases hasta el viernes, así que ese día organizamos un compartir en el que nos tiramos cuarenta fotos, comimos como chanchos y nos abrazamos como si nos conociéramos de siempre.

—Todo tiene su final... —le dije a Eileen.

—Quién sabe si de pronto nos encontramos por ahí... pe —me dijo y se rio.

—Te vas el domingo, ¿no?

—Sí, el domingo en la tarde. El vuelo sale a las cinco.

Yo sabía que el domingo a las cuatro jugaban Alianza y Cristal, y si les ganábamos, empatábamos en la punta. Igual, me resultó hasta anecdótico porque tenía más que claro que iría a ese aeropuerto como sea.

Me junté con Michael y le conté lo que pensaba hacer y me dijo que me seguiría. Que estaría allí conmigo de todas maneras. A Julito prácticamente lo jalamos del pelo y, aunque a regañadientes, también nos acompañó.

De un momento a otro, estábamos parados en la puerta de salidas nacionales del Jorge Chávez, buscando a Eileen con la mirada. Entramos, subimos y llegamos al patio de comidas. Allí, en la cola de un restaurante, estaban Eileen y su mamá. Michael, Julito y yo nos acercamos.

—Eileen —le dije.

—¡Hola!, ¿qué hacen acá?

—Bueno, queríamos despedirte.

Eileen nos presentó a su mamá. Su padre estaba terminando de hacer unos trámites del viaje.

—Pensé que irían al estadio.

—Este loco que nos ha jalado acá —dijo Julito, y Michael le metió un lapo.

—No podíamos dejar de despedirte —dijo Michael.

—O sea, soy más importante que Alianza —bromeó Eileen.

Me sonrojé.

—Bueno, allí está el partido, todavía va cero a cero —comenté mientras apuntaba a la pantalla que estaba a un costado de los restaurantes.

No tuvimos una conversación tan larga, pues tampoco hubo mucho tiempo, pero es probable que ese haya sido uno de los momentos clave de mi vida y una de las razones por las que me convertí en lo que soy.

El silencio nos cubrió a todos y de fondo se podía escuchar que el narrador del partido empezaba a elevar el tono. Alianza estaba atacando.

Nos juntamos Eileen, Michael, Julito y yo delante de la pantalla y nos quedamos prendados viendo cómo, tras un ataque por derecha, el delantero blanquiazul la calzó de volea y la puso en el ángulo. Allí, en el patio del aeropuerto, saltamos como si estuviésemos en las gradas del estadio. Nos abrazamos a pesar de Julito que pegó una renegada tierna.

Los padres de Eileen le pasaron la voz y le dijeron que era momento de abordar.

Eileen volteó, abrazó a Julito, luego a Michael —le pidió que me cuidase— y, finalmente, entre el ligero llanto y la felicidad, me abrazó y me estampó un beso en la frente.

Se descolgó de mi cuello, dio la vuelta y, antes de dar dos pasos, le cogí la mano.

—Oye, no te vayas sin esto —le dije antes de desatar mi camiseta blanca y azul de la cintura y dársela.

—Para que no te olvides de alentar ni te olvides de nosotros.

Se la llevó a la cara y dijo gracias. Nos volvió a abrazar y se me acercó al oído.

—De verdad, gracias, Cali, ya sabes por qué. Gracias por todo.

Y se perdió con sus padres en la entrada luminosa por donde se pasa antes de tomar el avión.

Se aceptan devoluciones

Que un bate de béisbol te cayera en la cabeza fue un mal augurio. Que ese bate hubiera sido lanzado por el tipo gordo que no te quería prestar sus canicas y cuya familia te odiaba a escondidas porque acusaban a tu madre de usurpadora de maridos y de oportunista, no parecía tanto una coincidencia, pero sí lo era. El gordo te odiaba porque te odiaba, y no porque a tu vieja la hubiesen enredado con chismes sobre su viejo. El mismo gordo que con los años se volvió tu compañero de aula y luego tu jefe.

Aunque el chichón había bajado y el gordo se empeñase en decirte en cada borrachera que te quería como a un hermano, las rencillas de la niñez te seguían persiguiendo. Luego, con los años, el bate pasó a ser una metáfora y el dolor ya no se calmaba con jabón y desinflamantes, sino con keterolaco.

«Suárez, necesito esto en media hora», «Suárez, apúrate porque hoy se casa mi primo y tengo que irme rápido», «Suárez, hay que ponerse la camiseta», te decía el gordo de lunes a viernes. Hoy estás aquí, escribiendo una justificación para abrazar tu personalidad de señor Hyde.

No tienes nada contra la gente gorda. Pero a este gordo los engreimientos y los ascensos le desnudaron la personalidad de mierda. Cuando estaban en las aulas, el gordo te pedía corregir sus trabajos y darles forma. Con cierta amabilidad, el gordo te recordaba el episodio del bate de béisbol como la anécdota más fuerte entre ambos, como el lazo irrompible que conservaban desde la infancia y que, quizá, los había llevado a pasarse juntos la vida entera. Así te cogía el gordo: al sentimiento.

El gordo decía no mirarte con desprecio, y en parte no lo hacía, solo que así era él. Y así eras tú. Luego el tiempo se encargó de acomodar las cosas, pero la vida se empeñó en desacomodarlas como siempre. Entraste a un trabajo antes que el gordo y luego, por compasión o por ese estúpido sentido de lealtad, le diste la mano. El gordo no se fue hasta el codo, pues se dio cuenta de que poniéndole ganas te podía llegar hasta el cuello.

Ya va un par de años de aquella dinámica y los mismos hábitos. Como ya sabes, te sumergiste en la introspección y te limitaste a la rutina. Ni siquiera te convertiste en un tipo predecible y aburrido. Te pusiste de incógnito. Pero el gordo no. El gordo, a diario, caminaba sonriente por la oficina y saludaba. Preguntaba cosas, aunque no le interesasen las respuestas. Iba a las fiestas infantiles de los hijos de los jefes y llevaba regalos grandes de bajo precio. De los empleados regulares, era el único que iba. A todos los invitaban para no parecer descorteses (pues sabían que ninguno asomaría el hocico), pero el gordo iba. Como personas que se creen gente de bien, no le negaban la entrada; y como llegaba con regalo, el gordo era bienvenido. Total, un empleado no parece empleado cuando está solo. Al menos iba bien vestido, decían. El gordo

jamás te decía para ir. Igual no hubieses ido, pero eso no era lo importante, lo fáctico era que al gordo no le interesaba, en su juego cerebral, que tú «avances». Él quería todo para él, a pesar de ti.

Luego de convertirse en tu jefe, no te volvió a saludar de manera horizontal nunca más. Tú ibas en bus y él en su auto nuevo. Tú usabas corbatas regulares y él de las *slim*. Tú llevabas táper y él almorzaba en restaurante. Lo jodido llegó el día de tu tardanza.

Ni te acuerdas por qué llegaste tarde, tal vez una emergencia o un despertador sin pilas, daba igual, pero la reprimenda del gordo frente al resto de compañeros fue un episodio demasiado bochornoso. Hasta los jefes se dieron cuenta. Pero ellos estaban arriba y tú estabas abajo. El gordo debía demostrar contigo que estaba para grandes cosas. Así lo hizo. No te dejó ni respirar y te usó como modelo para señalar todas las cosas que un tipo que trabaja ahí, uno que hasta la semana pasada había sido el mismo gordo, no debía hacer.

Tú lo miraste impávido, pero no porque creyeses que no iba a ser capaz de eso (tú sabías que sí lo era), sino porque, en el fondo, como todo buen tipo que normalmente se queda en lo mismo, tenías esperanza. Aquel viernes, ser un buen tipo te había convertido en un mediocre.

Allí cambió todo y allí murió el gordo. No, no era una expresión figurada. Aunque era incorrecta en el tiempo, pues no «murió», pero sí «iba a morir». Así lo habías decidido en un ataque psicopático en el que, obviamente, no cabía la culpa. Un buen tipo con un bate de béisbol en las manos no es un peligro. Tú con ese mismo bate y el gordo regocijándose en tus narices, ya es otra figura.

En la mañana del lunes, fuiste el primero en llegar como para demostrar que lo del viernes solo era un hecho aislado. El gordo llegó después de ti y te vio en el cubículo. Se acercó y, como no había nadie, te saludó. Allí volvió tu esperanza y creíste que te pediría disculpas, que admitiría su idiotez. Estabas dispuesto a ser engañado con artilugios emocionales. Pero no. El gordo te miró como un bicho. Ni se dignó a tener contacto visual y te «recomendó» tener una mayor disposición para el trabajo, pues habría cambios en la oficina para «optimizar la eficiencia». Sí, usó esas palabras y qué bueno que fue así, pues te decidiste.

«Gordo», le dijiste como dándole la última oportunidad; «señor Ramírez», te pidió que le dijeras. «Señor Ramírez, tengo algo para usted», le contestaste sabiendo cuál sería el final. Sustrajiste el bate de béisbol que tenía un lazo amarrado en el mango y se lo mostraste como para que se diera cuenta. Para que entendiera. El gordo lo observó y recordó la imagen de ustedes dos cuando eran niños. Te miró a los ojos y no dijo ni mierda. Cogiste el bate con ambas manos, pusiste un pulgar sobre otro y le impactaste el rostro de abajo hacia arriba, desde el cachete hacia la nariz, volándole dos o tres dientes y provocándole una hemorragia casi incontenible. No sabes si fuiste feliz, pero respiraste un poco. El gordo cayó y se empezó a retorcer. Te paraste delante de él, con las piernas entre su cabeza y volviste a coger el bate que seguía con el lazo. Lo azotaste hacia el otro lado y materializaste lo que creías justo. El gordo no podía gritar ni llorar

del dolor, estaba en *shock*. Parecía que el cerebro le titilaba. Con el tercer batazo, el gordo durmió con los ojos blancos. Allí entendiste que ibas a tener que escribir todo esto desde un escondite; que le debes al gordo o, aunque sea a su familia, una explicación, un porqué. Tú sabes que hoy, si no te atrapan, es el primer día sin miedo. Si te atrapan, sabes que no importa, que no hay nada mejor que pagar una condena por la justicia y la amistad.

Hasta que termine el verano

Cuando mis amigos me retaron a volver a pie desde la costa, con el pedal en una mano y la bicicleta partida en la otra, no me quedó más que asentir y probar que era digno de confianza y lealtad.

Si yo hubiera sido realmente un negrito arrabalero como lo que en ese tiempo parecía necesario ser para sobrevivir, a) les habría partido la cara con el metal asoleado que tenía en la mano, b) habría llamado a algún primo matón y pendejo como los que cualquiera de nosotros tenía en ese momento, o c) los hubiese mandado al diablo con sus juguetitos de niñitos sanos y huevones a los que no les roban porque viven en el mismo barrio que el ladrón. Digamos que ni era un negrito arrabalero, aunque mi piel fuese oscura como una pantalla, ni opté por alguna de esas opciones. Más bien les hice caso, primero, para probar que podía ser mejor que el resto y, después, porque vivíamos en el mismo edificio y uno no puede andar por ahí peleándose con el barrio, aunque sea el menor de todos. Así, pasamos el mejor verano de nuestras vidas. O eso pensamos en un inicio, claro, pero no habríamos de saber la verdad sino hasta mucho después.

—Los odio a todos, váyanse a la mierda —les dije.

No pararon de reírse hasta que Diego vio la línea que se marcaba entre mi bividí y mi piel achicharrada. El sudor me caía por la frente y me preguntó si estaba bien, si los ojos se me habían puesto rojos de tanto mirar al sol o si me había peleado con alguien en el camino. Me dijo, acercándose a mi oreja: «di la verdad, has llorado, ¿no?». Lo alejé de golpe antes de que los demás escucharan tal afirmación, ya que nadie me podía ver llorar ahí en medio de ese patio polvoriento e interminable. Si ellos se daban cuenta, se correría la voz, y eso no era bueno.

—Anímate, Coquito, pasaste la prueba. Ya creciste. Ya no eres un agrandao, ahora eres realmente un tipo grande —me dijo Rafael, el muchacho que había instado a los demás a dejarme a la deriva con mi bicicleta averiada y sin un sol en el bolsillo—. Esta noche tenemos una fiesta y va a ir la Milagros, la prima de Pezuña, y dicen que anda preguntando por ti. Tienes que ponerte her-mo-so, echarte la colonia verde de tu papá y trata de llevar el polo afuera del pantalón. Ya es hora de que empieces a ser un hombrecito como casi todos nosotros. Y digo casi porque a Diego lo queremos, pero todos sabemos que es un poco más tranquilo para ciertos temas.

Lo siguiente es verdad: mi nombre es Jorge Sarmiento y me decían Coquito, estaba a la mitad de mis once años cuando llegué al barrio solo, sin amor, fastidiado y con una insolación que me

habría tenido que mandar a la cama esa noche en vez de a la fiesta de Diego. Ya había ido a otras fiestas, pero esa fue la primera a la que no tuve que pedirle permiso a mi madre porque era en el edificio de al lado, en una casa que ella conocía y donde, según le había escuchado, vivía gente de bien, porque la familia de Diego eran personas católicas, de las que iban a misa, tenían hijos en colegios particulares y no se metían en líos con nadie ni tomaban en la puerta de su casa con el vidrio abierto y el volumen de la radio al máximo.

Mendoza, un tipo bobalicón y con la cara larguísima como máscara, estaba ahí reuniendo la poca plata que le habíamos podido sacar a nuestros viejos para comprar gaseosas, papas, *hotdogs* y alguna cerveza. Mendoza era el mayor: estaba a punto de llegar a los quince años, pero aún paraba con nosotros porque decía que se sentía mejor entre los más chicos; además, imponía cierta notoriedad y nadie lo molestaba a pesar de la forma de su rostro y la raya al medio que te hacía dudar de su procedencia. Cuando me estaba yendo a casa, Mendoza me abordó y me preguntó si era verdad que iba a ir la Milagros: «Lo que pasa es que tiene una prima que anda con ella para arriba y abajo».

—No sé, pregúntale a Pezuña, es su familia.

—No, pues, Coquito. Palta, causa. Me van a centrar si le pregunto yo.

—Rafael me ha dicho que sí, que van a ir todas.

—¿Todas?

—Sí, todas, en mancha. Es un tono, ¿no? Así son los tonos, ¿verdad? Hombres y mujeres, ¿te imaginas que solamente estemos nosotros mirándonos las caras? No creo, ¿no?

Mendoza se metió la mano al bolsillo y sacó un papelito en el que había un teléfono.

—¿Puedes llamar desde tu casa o el teléfono tiene candado?

—Tiene, pero le meto un peine y marco, ¿a quién quieres que llame?

—A eso de las siete, llama a la casa de Pezuña. Yo voy a estar con él en la tienda comprando las cosas, pero quiero ver si te contesta la Milagros o su prima. Si alguna te dice aló es porque se están alistando para la fiesta.

—¿Estás seguro?, ¿así de fácil?

—Así es siempre, Coquito, tú llama nomás.

—¿Y por qué no llamas tú?

—Te voy a contar algo, pero es solo para ti: la vez pasada fui a la casa de Pezuña. He ido como dos veces, la verdad. Fui a buscar...

—¿A la Milagros?

—No, a su prima. La Milagros es bonita, pero es chibola. Bueno, una de esas veces me topé con el viejo de Pezuña y me miró grueso, como diciendo qué haces acá si Pezuña no está. Yo me hice el huevón y me quité. Palta, Coquito, paltaza.

—¿Y qué quieres que diga si me contesta alguna de ellas?

—No digas nada, tú escucha nomás. Si es así, yo paso por tu jato antes de ir a la fiesta y, ya, si quieres te dejo cinco soles, ¿está bien?

Llegué a casa y tiré mi bicicleta debajo de la escalera. No vi ni a mi mamá, ni a mi abuela, así que me fui a mi habitación y me tiré en la cama sin hacer una parada en la ducha. Pensé en descansar un momento, boca abajo con la televisión encendida, lavarme al menos la cara y el cuerpo y luego comer algo. Más tarde me bañaría, llamaría y esperaría a Mendoza para cobrarle el favor.

Soy Milagros y odio que me digan la Milagros. Tampoco me gusta que a mi primo le digan Pezuña, aunque es gracioso, pero da roche. Casi todos los chicos que conozco son unos idiotas, pero los amigos de mi primo al menos son buena gente. Hoy iré a una fiesta con mi prima Valeria y espero que por lo menos haya luces y que no se pongan a escuchar rap todo el tiempo. Me estresa, me aburre. Le he pedido permiso a mi mamá y me ha dicho que sí porque voy a ir con mis primos. La verdad ya he ido a varias fiestas, pero debo confesar que voy a ir a esta porque hay un chico que me gusta y sé que estará ahí. Nunca he hablado con él. Solo nos hemos saludado cuando ha venido con sus amigos a buscar a mi primo o cuando ha pasado montando bicicleta por acá. Sé que tenemos la misma edad y que también va a pasar a secundaria y se va a cambiar a mi colegio, pero aún no quiero hablar de eso porque todavía es verano y hablar del colegio me pone más ansiosa que de costumbre. Estoy esperando a mi prima Valeria para que podamos empezar a probarnos la ropa, buscar maquillaje y practicar unas coreografías. Yo casi no me pinto la cara, pero ella me ha dicho que lo va a hacer por mí y que, además, me va a traer unos topcitos para la noche.

Valeria es muy inteligente, podría decir que es la chica más inteligente que he conocido hasta hoy, aunque algunos la acusen de agrandada, o de celosa con sus cosas, pero conmigo nunca lo ha sido. No sé si porque somos familia o porque la gente simplemente habla cuando puede. A muchos les choca la actitud de Valeria, pues me da la sensación de que no les gusta su estilo de vida. Es muy común que los demás opinen cómo vive el resto. No sé si es porque es mujer o no. De ser así, supongo que algún día también opinarán de mí y eso me da rencor, sí, rencor, hasta se diría que me fatiga. Ya dije que soy ansiosa, y no es por llamar la atención, lo soy desde que tengo uso de razón y especialmente hoy, que veré a Coquito y no sé si tendré las miradas encima juzgándome así como lo hacen con Valeria. Hoy me voy a poner maquillaje y, quizá, empezarán a verme de manera distinta. No quiero, pero creo que es lo único que puedo hacer. Supongo que me sentiré más tranquila cuando me junte con las demás antes de ir a la casa de Diego.

—Derecha, niña, mete esa espalda, saca las pocas tetas que tienes y ponte esto.

—¿Estás segura?

—¿No quieres?

—Sí, creo que sí.

—Espero que esta noche le hables a ese chibolo Coquito y lo saques a bailar. Desde hace un par de años, cuando iba a cumplir trece, yo invitaba a bailar a los chicos, ¿sabes? Todo el mundo me decía que no, que ellos me tenían que invitar a mí, pero eso no me gustaba. Siempre me pregunté qué pasa si me invita a bailar el chico que no me gusta, cómo decirle que no sin parecer una bruja. Siempre me dijeron que tenía que ser amable, pero cómo puedo ser amable si le niego a alguien la posibilidad de hacer lo que quiere hacer. La verdad ya no me complico: hago lo que quiero y si quiero sacar a bailar a alguien, pues lo saco.

—¿Y no te has ganado problemas por eso? —le digo.

—¿Qué tipo de problemas, prima?

—No sé. Las veces que he escuchado a los hombres, solo han dicho que una chibola es fácil si toma la iniciativa. Dicen que es como si les hicieras la mitad del trabajo.

—Sí, he escuchado lo mismo. No te miento, yo pensaba igual, y no te voy a decir que se me quitó a mí solita, ¿te acuerdas de la Tere? Mi prima, la que trabaja como cajera. Bueno, ella además de chambear va a un instituto de computación por las noches, pero también sale a fiestas. Ella tuvo algunos problemas por eso. Incluso, un día su papá le dijo que era una descuidada por dejar que un chico la siguiera a su casa. Ella sabe cosas y por eso me contó cómo se había quitado esas tonterías de la cabeza.

—¿Qué tonterías?

—Pensar que tenía la culpa de algo o pensar que no podía hacer nada. Yo no estaba muy convencida al inicio, pero la primera vez que salí después de hablar con ella, sin saber cómo o por qué, hice lo mismo que ella hubiese hecho y me funcionó. Invité a un chico del colegio a pasear y me dijo que ya. Al comienzo todo bien, pero luego, después de ir a comprar salchipapa a la Canadá, me dijo para ir a su casa porque no había nadie. Yo tenía dos opciones: ir y seguir imitando a la Tere o pensar que lo que mi papá y todo el mundo decían era verdad.

—Y fuiste...

—No.

—Entonces le hiciste caso a tu papá.

—Tampoco.

—¿Entonces?

—Ese día sentí que podía pensar bien. O sea, cómo explicarte: tomar cualquier camino implicaba no pensar. Aunque sé que el correcto es el de la Tere. Igual, pensé que si hacía eso solo lo iba a hacer por mona y no porque quería. Bueno, desde ese día decidí que todo lo que iba a hacer en adelante iba a pensarlo y elegirlo por mí misma.

—Quisiera ser tan inteligente como tú, prima.

—Qué roche, pero gracias. Pruébate este top y, ya sabes, si lo quieres sacar a bailar, sácalo. Te apuesto que Coquito va a ser el que termine palteado.

Putra madre, me quedé dormido. Abrí los ojos y me percaté de que se me pasó la hora. Pensé en Mendoza, en el favor que no le iba a poder cobrar si no hacía la llamada, así que fui directo al teléfono, pero mi vieja estaba hablando con una tía que vivía en Paterson y tenía para rato. Salí con cincuenta centavos en el bolsillo y fui a la tienda: el teléfono público tenía el letrero de malogrado, así que deambulé por el barrio pensando qué hacer. Me metí entre los pasadizos donde de noche estaban los fumones, pero de día solo era el hogar de gatos callejeros y de porciones de caca endurecidas. Caminé y caminé hasta que me encontré con Samuel, un tipo callado que nos triplicaba la edad y que trabajaba en un restaurante de menú a tres cuerdas de donde jugábamos pelota. Le pedí prestado su teléfono y, con señas, me dijo que la llamada iba a salir cara. Le dije que marcaría solo a un teléfono fijo, pero no accedió, pues el aparato de su casa solo lo manipulaba él. Sabía que era mi única salida así que me arriesgué y le pedí que llamase a un número.

—Solo tienes que llamar y escuchar si te contesta una chibola. Si es así, cuelgas y me das el ok.

Samuel levantó la mirada y se llevó la mano a la quijada, para luego hacerme una seña con el pulgar arriba. Esperé afuera más o menos cinco minutos mientras prolongaba el ritual de sacarle el candado al teléfono y marcar. Tras ello, salió y me volvió a levantar el pulgar con lo que entendí que todo estaba bien; llamada hecha, asistencia confirmada, pensé. Volví a casa y me pegué una ducha, no sin antes acomodar mi ropa en la cama: zapatillas con lengüeta alta, *jeans* anchos y una camisa nueva con una escritura estridente que decía SIMPLE.

—Bueno, llegamos, no se ve tan mal, ¿verdad, Milagros? Mira, ahí está Coquito. Me gusta su camisa, le queda linda, lo hace ver más tierno. Bueno, es un chico tierno, ¿no te parece? —me dijo Valeria poco después de entrar por la puerta de la casa de Diego.

Aparentemente todos los chicos estaban allí y todos se habían bañado: Mendoza no le quitaba la mirada a mi prima. Diego nos recibió y nos preguntó qué queríamos comer, Rafael estaba hablando con Coquito o, mejor dicho, parecía sermonearlo porque Coquito solo lo miraba de arriba abajo y con las justas me saludó levantando la vista y haciendo una seña. Mi primo Pezuña —cómo odio que le digan así— aún no llegaba, pues nos dijo que primero iba a conseguir algo. Así nos dijo: algo.

Valeria se acercó a Diego y le pidió que pusiera una música brasileña que estaba de moda y que se bailaba con coreografía. En la casa, ella me las había enseñado todas así que estábamos listas para cualquier situación.

—Viste que ya llegaron —me dijo—. Bueno, ya sabes qué hacer: mira, no te voy a decir mucho, pero no la saludes como si fuera la persona más importante del lugar, aunque lo sea. No seas huevón.

Vi a Milagros, levanté levemente las cejas y le hice un ademán con la mano. Si Rafael no se refería a eso, entonces no sé a qué se refería. La gente cree que por ser chibolos somos idiotas y no podemos conversar como seres civilizados y pensantes. La verdad está mucho más lejos que eso: pensamos, pero no nos atrevemos, que es distinto.

Un rato después llegó el Pezuña y le pasó la voz a Rafael y a Mendoza. Diego seguía paseando primero la bandeja de chizitos y luego la de los pancitos con pollo. La música era lo suficientemente buena para que uno se moviese sobre su sitio, pero no tanto como para estirarle la mano a alguien y bailar. Mi consigna era simple y en mi mente el plan no tenía fallas, bailar con Milagros haría que el orden continuase como tal y me acercaría un poco más a ella, nadie vería esa escena como extraña y ella, quizá por presión o por pena, no diría que no. Sí, así lo había imaginado, pero en la vida real, como siempre pasa, mi imaginación se diluyó.

Luego, cuando Mendoza, Rafael y Pezuña entraron nuevamente a la casa, sus rostros se veían más pálidos y sus ojos se entrecerraban a ritmo cansino. Los tres se me acercaron y Mendoza me habló al oído:

—Buena chamba, chibolo, ya sabía que te ibas a asegurar de que iban a venir temprano. Te pedí que la llamaras y cumpliste, así que ahora me toca cumplir a mí —me dijo mientras de fondo sonaba Ledesma, un rapero centroamericano que se había puesto de moda con dos canciones—. Ahora vamos a hacer que baile con la Milagros —agregó.

Mendoza se acercó a Valeria y le habló al oído también. Ella se rio y asintió. En silencio, Milagros miraba en dirección hacia mí. Mendoza y las dos chicas empezaron a avanzar hacia el centro de la sala y fue entonces cuando sentí que cualquier plan que yo hubiese tenido en la cabeza se alejaba mucho de lo que ocurría. Mendoza me cogió del brazo con firmeza y, por un instante, me dejé llevar; ese segundo en el que su pulgar e índice de su mano derecha hicieron una pinza en mi antebrazo fue decisivo para lo que vendría luego, pues me solté con furia, lo miré a los ojos, observé a los demás y me di media vuelta para salir corriendo en dirección opuesta a Milagros. Estiré las piernas, braceé como si el aire opusiera resistencia y no paré hasta que no estuve en la puerta de mi casa, con la cara roja, el entrecejo fruncido y los puños apretados. Entré y, sin decir nada, fui a mi habitación para echarme de cabeza en la almohada. Esa noche no hubo *Funkete*, ni Carrapicho, ni Vico C, ni «la bomba para afincar»; para mí, esa noche, solo hubo lágrimas y la comprensión de que, quizá para todos, era un cobarde porque simplemente no le pude ni decir hola a la chica que me gustaba ni pude bailar con ella.

2

Les juro que no salí de casa más o menos durante dos semanas: ni fútbol en el patio con los chicos, ni robo de gatos de la vieja del edificio vecino, ni chácharas después de que se encendiese la luz de la calle; mucho menos asomar la cabeza por la casa de Milagros o Valeria.

Nada con los chicos, nada con ellas. Esos días de verano me los pasé sudando en mi habitación, haciendo ejercicio y jugando con el Nintendo. Con las justas bajaba al primer piso para comer, pedirle un sol a mi mamá e ir a la tienda y comprar galletas. Rafael había pasado silbando por debajo de mi casa, pero nunca saqué la cabeza por la ventana. De Pezuña, ni el rastro. Mendoza seguramente estaba con Valeria dando vueltas por algún parque. Con el resto de las chicas no tenía confianza, aunque una de ellas, que se llamaba Cecilia y que venía al barrio de vez en cuando, pero que por suerte no fue a la fiesta esa noche, me había llamado a casa un par de veces, ¿por qué? Vaya a saber dios por qué, pero la cosa es que le dije a mi mamá que me negara. Cecilia era un poco mayor que yo, tenía algún tiempo en la secundaria, pero estudiaba en un colegio que a todos nos quedaba lejos. Ella era algo así como la prima lejana y política de Diego. También, como él, era una chica bien, por eso mi mamá me decía que la atendiese en el teléfono, pero a mí no me importaba. Aún estaba traumatado con lo que había pasado con Milagros, la Milagros de ojos negros y brazos firmes. Cecilia era una buena chica, amigüera, aplicada, sonreía bonito incluso, pero no.

Un día, al regreso de la tienda, me encontré con Diego y no me pude negar: «Coco, Coquito, qué pasa», me dijo, y lo vi con la misma cara con la que lo había visto ese día que volví de la playa con la bicicleta entre mis manos. La verdad es que nos quedamos en mi escalera hablando durante horas. Tal vez, Diego quería darme cierta confianza. El tiempo había servido para que se me pasara la vergüenza y yo me daba cuenta de que había estado dando tumbos entre cagada y cagada. Por alguna razón sentía culpa, y se lo dije a Diego, y como no había nadie pude llorar en su hombro como si fuese su hermanito menor; finalmente, creo que eso era para él. Si alguien me preguntase cuál fue uno de los momentos más reales o más auténticos de mi niñez-adolescencia, seguramente me quedaría con ese. Diego entendió lo que para mí estaba empezando a significar ese verano y, por alguna razón, se abrió conmigo y me contó, así, de buenas a primeras, que le gustaban los hombres. No es necesario explicar cómo ni por qué razón, pero lo entendí. Quizá si se lo hubiese dicho a Rafael —aunque asumimos que él ya sabía porque no era ningún gil— o a Mendoza, lo habría hecho mierda por un buen rato con una larga lista de chistes, pero al decírmelo a mí fue como haber hecho una especie de confesión, un secreto que Diego sabía que solo yo podría guardar. «Si mis viejos se enteran me van a sacar la mierda. Me matan. O peor, se mueren ellos», dijo Diego. Nunca supe si se abrió de esa forma porque sinceramente necesitaba de un amigo o si solo fue para darme ánimos, pero como no quería ser tan ególatra me incliné por lo primero. Bueno, a pesar de ello, lo segundo funcionó, pues al día siguiente yo estaba de nuevo al pie del cañón, en el medio del patio con un montón de galifardos dispuestos a matarse entre sí, jugando lo que se tuviese que jugar, y siendo observado por Cecilia que había bajado a visitar, y por Milagros y Valeria que habían ido para invitarnos al quinceañero de esta última.

Cuando se encendieron las luces de la calle, las chicas se acercaron y nos juntamos todos como en una redondela.

—¿Cómo están, chicos? Bueno, escúchenme, en un par de semanas ya está confirmado mi quinceañero y quiero que todos estén ahí, sin excepción —dijo Valeria.

—¿Dónde va a ser? —preguntó Rafael.

—En el Círculo Militar —respondió Valeria.

—Fácil te quedas, Mendoza. De ahí entras y sales derecho y con pelo corto. De paso que tu suegro te va a seguir con lupa.

—Nada, causa, tranquilo, el señor es bien buena gente —respondió Mendoza.

—¿Y la suegra? —preguntó Diego con una sonrisa de medio lado.

—Ahí sí andamos medio cagados —dijo Mendoza, por lo que todos nos reímos al unísono. Ni la mamá de Valeria era el cuco, ni su papá una versión moderna de Joseph Stalin, pero sí era verdad que en aquella época de adolescentes les dábamos más de una excusa a nuestros padres para meterse en nuestras vidas amorosas. Y estaba bien, ¿no?

—La mamá de Valeria no sabe que está con Mendoza —dijo Milagros. Cuando la oí pronunciar esas primeras palabras después de semanas podría decir que se me activó algo en la cabeza. No sé qué, pero algo.

—Por si acaso es elegante, ah, no vayan a ir todos zarrapastrosos —dijo el Pezuña—, hay que ir presentables, ¿todos tienen terno?

—Tengo algunos —dijo Diego.

—Yo tengo el de toda la vida, voy a preguntarle a mi abuelo si tiene una corbata chévere —comentó Rafael.

—Amor, tú te vas a poner una corbata del color de mi vestido, ¿verdad? —le dijo Valeria a Mendoza, y todos lanzamos el consabido sonidito: ¡wiiuuuuuuuu!

—Ponte bonito, mierda —dijo Rafael.

—Yo tengo un vestido que me acabo de comprar para ir al quino de una chica del cole, pero ese todavía es en un mes así que lo estrenaré en tu fiesta, Valeria —dijo Cecilia—. Coquito, tú también vas, ¿no? —me preguntó.

Un silencio casi sepulcral se apoderó del patio, tanto que se podía sentir el peso de las miradas. Yo no sabía dónde meter la cabeza porque era jodido venir de la vergüenza más grande mi vida, así que asentí observando de reojo a Milagros. La vi solo uno o dos segundos, pero eso bastó.

—Entonces ese día nos ponemos de acuerdo para ir —dijo Rafael y todos asentimos.

En ese momento apareció el gordo Ramírez. El gordo Ramírez era el que de chiquito había tenido las Tortuninjas originales, los Caballeros del Zodiaco originales, los GI Joe originales. Las primeras zapatillas con luces en el barrio, las del gordo Ramírez; la primera pelota Penalty oficial, la del gordo Ramírez; la primera bicicleta Monark con cambios, la del gordo Ramírez. Al gordo lo queríamos y no lo queríamos. Bueno, quizá solo era una cosa mía, quizá era ese presentimiento y esa espina que se te clava en el intercostal cuando alguien que no te ha hecho

nada ni te ha dicho nada, te llega un poco al pincho. Sin embargo, no tenía ningún motivo objetivo para quedarme con esa conclusión.

—Mi viejo nos puede llevar —dijo el gordo Ramírez.

Todos dijeron que ya y yo me adherí a la decisión: finalmente no gastaríamos en taxi, nuestros viejos estarían tranquilos y podríamos quedarnos en paz. Claro, el papá del gordo Ramírez era buena gente, pero demasiado buena gente para mi gusto, demasiado perfecto y, por ende, de temer. Medía su vida entre la aprobación y la desaprobación. Lo que estaba bien, pasaba; lo que estaba mal, no.

El fin de semana previo al quinceañero de Valeria, decidimos irnos a comer en mancha como para relajarnos un poco. Ese día, Pezuña no se apareció porque tenía una gripe de los mil diablos y prefería cuidarse para lo que se venía, sin embargo, sus primas, Valeria y Milagros, nos acompañaron. Diego y Cecilia bajaron juntos a la pizzería de la avenida Canadá, mientras que Rafael y yo llegamos un poco tarde por esperar a Mendoza. Departimos un rato y la pasamos bien, tanto que volvimos a casa caminando y tomando una chata de ron entre todos a pesar del calor. Sabíamos que ese día teníamos que medirnos con cualquier cosa que hiciésemos, pues si se nos iba la mano, vendrían los castigos y alguien se perdería la fiesta.

Al llegar al barrio, vimos al gordo Ramírez que tomaba una especie de cerveza sin alcohol llamada Dúo. La verdad era un brebaje horrible que costaba lo que una gaseosa, así que compramos como diez y nos quedamos en el edificio. La hora pasó fugaz entre una conversación y otra, y mientras Cecilia me hablaba y yo respondía, veía por el rabillo a Milagros que estaba conversando con Rafael. Por un momento se me pasó por la cabeza el hecho de que Rafael pudiese traicionarme, pero no me quise hacer a la idea para no empezar una bronca cojuda. Rafael se me acercó y me dijo lo siguiente: «La Milagros me ha dicho que le sigues gustando, pero está palteada, no sabe cómo hablarte. Tienes que hablarle tú. Cree que ese día... tú sabes, ese día que te fuiste corriendo, fue por su culpa. Peor, cree que fue culpa de todos. Tienes que hablar, Coquito, no seas cobarde, total, ¿te gusta o no?», me dijo, y yo le respondí que sí, pero bajito. «Además, se ha dado cuenta de que Cecilia te habla, te incluye, de que tú también le gustas. Y está con tremendo roche porque Cecilia es mayor, Cecilia es de mi edad y se las sabe todas, en cambio la Milagros es más para ti, ¿no crees?, es más tranquilita, más pacífica. Cecilia es más recorrida. Tú qué sabes si quizá ya se las conoce todas, ¿no, Coquito? Ahí te la dejo, pero te recomiendo que le hables. Mira, yo te ayudo», terminó Rafael para luego acercarse a Cecilia y, como dijo él, sacármela de encima.

—Escuché un toque lo que te dijo Rafael, es medio huevón, no le hagas caso a esa parte de lo de Cecilia, los hombres somos medio giles —me dijo Diego—. Pero en algo sí tuvo razón: háblale a Milagros.

Y bueno, allí estaba yo, con unas ganas terribles de hablarle, así que me acerqué a ella, que estaba sentada al costado de donde Valeria y Mendoza chapaban.

—Qué loco, ¿no? —fue lo primero que le dije.

—Sí, qué loco —me respondió y se rio, sabiendo que me refería a cómo se besaban, los teníamos al costado.

—¿Cómo estás? —le dije.

—Bien, un poco cansada porque estuve todo el día con mi mamá haciendo algunas compras. ¡Ya me compré el vestido para el quinceañero! Vas a ir, ¿verdad?

—Sí, claro, ya tengo mi terno —mentí.

—¿De qué color es?

—Plomo oscuro, casi negro —mentí de nuevo.

—¿Y tu camisa?

—Negra.

—¿Y tu corbata?

—Rojo vino.

Sí, le dije rojo vino, como gran conocedor y gran pendejo pues había visto en una película a Tom Cruise con un traje parecido. La verdad no se me ocurrió otra cosa. En la cabeza solo tenía las palabras «seguridad», «firmeza» y «confianza». Parecía el eslogan de un político, pero era lo que me había aconsejado Rafael y lo mejor que se me pasó por la cabeza en ese momento.

—Qué bonito, me gusta. Mi vestido es de un color muy similar, tiene un encaje y la espalda un poco descubierta.

—Ah... qué interesante.

—Sí, ¿tú crees que me vea bonita?

—Tú ya eres bonita— le dije y se sonrojó. En ese momento Valeria y Mendoza dejaron de besarse porque escucharon lo que le había comentado a Milagros, así que me dijeron que se irían un poco más arriba de las escaleras, a un descanso que conectaba los pisos y donde nadie los vería a menos que pasara por ahí. Me utilizaron de excusa para estar solos, sin embargo, antes de eso, Mendoza me hizo una venia y Valeria parecía haberle dado a Milagros su bendición. Todo iba bien, mucho mejor de lo que creía, sin embargo, Diego se metió a su casa para ir al baño y cinco minutos después, desde su ventana, nos empezó a hacer unas señas, sin ruido, pero con desesperación, que se podían traducir en lo siguiente: Valeria, ahí viene tu vieja, muchachos, ahí viene la mamá de Valeria, avísenle. Casi todos estábamos en otra, Rafael con Cecilia, el gordo Ramírez con su nuevo *discman*, Milagros conmigo; nadie le hizo caso a Diego que sabía que mucho no podía hacer.

La mamá de Valeria subió rauda por las escaleras, tanto que ni la vimos venir ni nos dio tiempo para avisar, ¿cómo sabía que estábamos ahí? Cosas de madre, dirían algunos, pues la verdad no había otra explicación sino que los viejos siempre saben dónde andan sus hijos si

tienen menos de quince años y ya van a dar las diez. La señora encontró a Valeria besándose con Mendoza a escondidas y se la llevó cogiéndola por el brazo. Todos nos quedamos mudos y Milagros me dijo que también tenía que irse, que se les venía la noche en su casa, pero que finalmente no pasaría nada porque la tía no iba a cancelar una fiesta carísima por algo así, aunque les tocaría quedarse a escuchar las resonradas de pie en la cocina por algunas horas, los gritos de la madre y su autocompasión por haber criado a una hija que no se hacía respetar. Sí, así. «Lo bueno es que sabemos que todo eso es una tontería, así que todo bien, pero no creo que nos veamos hasta la fiesta. Cuídate. Si llamas a mi casa, habla. La vez pasada llamaron y no habló nadie, pero me imaginé que podías ser tú», me dijo antes de darme un beso en la mejilla y despedirse mientras seguía el camino de Valeria y su mamá.

Mendoza nos contó luego que la mamá de Valeria lo había mirado como a un paria, que había sido, ese momento, el primero en el que se había sentido como un chico de barrio que es interpelado por alguien que te exige, de soslayo, ser algo mejor de lo que eres.

Aparentemente, todo habría seguido su curso con normalidad si, aquel día del quinceañero, Diego no me hubiese tocado la puerta a las nueve de la mañana para contarme que Mendoza se había ido de viaje acompañando a su abuelo a Arequipa.

—Se armó la gigante, Mendoza no va a ir al quino —me dijo Diego, y así empezó ese sábado.

Mendoza le había dejado a Diego una carta para que se la entregase a Valeria. Aquel día, ella estaba de arriba abajo corriendo para la prueba del vestido, el maquillaje y las fotos, todo eso con Milagros como chaperona y con su madre vigilando cual águila. Diego, con su presencia impoluta y casi modélica, tenía la misión de acercársele donde fuera que estuviese para darle la mala nueva y ver cómo se le salían las lágrimas antes de que preparase el rostro para la noche. Cuando Diego volvió al barrio, no tenía otra sentencia que la evidente y me la hizo saber: «Qué cobarde, ahora sí se le acabó todo a Mendoza. Lo peor es que él sí quiere a Valeria y, claro, ella lo quiere a él».

Como para no perder la costumbre, nos juntamos en la escalera vestidos como dios y la virgencita mandan, según mi madre: Rafael llevaba un traje azul marino, cruzado a dos botones, el cuello liso con la corbata ancha colgando en un nudo americano que le había hecho su viejo, mientras que Diego se había introducido en un traje de tres botones muy a la moda, y de sus pies asomaban los mocasines de punta cuadrada perfectamente lustrados. De pronto, llegó el gordo Ramírez, con gemelos en los puños de la camisa, un sujetador de corbata dorado, un reloj del mismo tono y brillo, y las solapas de la camisa por encima del saco, lo que me hacía pensar en si era un tipo de catorce años o un proxeneta de dibujos animados. Yo, por mi parte, conseguí esa camisa lóbrega que le había dicho a Milagros que llevaría y la corbata bordó que hacía juego. Así, los cuatro nos encontraríamos en la puerta con Pezuña para completar la ceremonia inicial de la noche. Después de comparar atuendos, nos juntamos con el viejo del gordo Ramírez, nos

subimos a su auto y partimos. Montados en la camioneta y apretujados entre la cuerina del asiento, escuchamos algunos consejos del señor: «Desabróchense los sacos cuando se sienten», «No se toquen mucho el pelo», «Ninguno lleva medias blancas, ¿verdad?», nos decía mientras manejaba y miraba cómo su hijo, según él, nos daba el ejemplo de vestuario, formas y buenas costumbres. Rafael, claro, me hacía gestos como esperando «a qué hora se choca este viejo pajero», y Diego sonreía hacia el retrovisor para que la tensión se disipara en aquel trayecto de veinticinco a treinta minutos desde el barrio hasta el Círculo Militar. «Por último, pórtense bonito porque si no se van a quedar adentro, ja, ja, ja», nos dijo sin rubor el padre del gordo Ramírez antes de sugerir con tono de decreto que nos recogería a las doce y media. Ahí supimos que el gordo era más gil de lo que parecía, y que las joyitas de fantasía y la camisita a lo Travolta eran puro floro. «Yo me quedo hasta las tres», dijo Rafael, «es la hora a la que le dije a mi mamá que volvería». No dijo que había pedido permiso ni mucho menos dijo nos quedamos. Dijo yo me quedo. Y, claro, nosotros lo seguimos. El papá del gordo se mostró extrañado, pues tal vez nunca un chico le había contestado sobre nada, así que solo se limitó a lanzar un «ah, ya», y a mirar a su hijo para joderlo, esperando que no siguiese nuestros pasos.

Al cabo de veintisiete minutos, llegamos al lugar. Entramos por una puerta trasera que daba a una calle en ele sin salida y que tenía a dos cachacos custodiándola y esperando que mostrásemos nuestros pases. Desde ahí para adelante, el terreno era nuestro. Sin soltar el fusil, los soldados nos indicaron que siguiésemos de frente hasta la cabina de teléfono público, volteásemos a la derecha y llegásemos a la piscina, luego subiésemos unas escaleras y, finalmente, entrásemos al salón. En esa caminata de sesenta metros pudimos escuchar la música altísima como augurio de una noche memorable. Sonaba, a lo lejos, *Agua fría* de Carlos Manuel y su Clan, mientras el gordo Ramírez ensayaba pasitos de salsa y la pegaba de payaso no sin antes mandarse un susto por casi caerse a la piscina. «Ficha, la huevada», dijo Rafael antes de cagarse de risa por la tontería del gordo. «Despierta que estamos en Cuba /Y ese rechazo por qué /Si no me quiere, no importa /Aquí se sobran las mujeres».

—Diego, ¿le diste la carta a Valeria? —le pregunté.

—Sí, la alcancé en su casa antes de cambiarme. Casi manda todo al diablo, aunque después se hizo la fuerte. Tú sabes cómo es ella.

—Mendoza es un baboso.

—Sí, pero sé que tú no lo serás esta noche —me dijo Diego poco antes de saludar a Milagros que se acercó a recibirnos. A un costado, sentada, estaba Cecilia, quien también nos hizo una seña.

—Va a ser un tonazo —dijo Milagros.

—De todas maneras —le respondí con menos temor. Inicialmente pensé que tendría una revancha, pero luego me relajé. Si me marcaba algún tipo de objetivo, fracasaría... al menos eso me había dicho Rafael.

—Milagritos, ¿y tu primo? —preguntó Rafael.

—Ahorita viene. Se tuvo que ir a cambiar la camisa porque se manchó con la salsa de los tequeños.

—Seguramente ya está con la bajada —agregó Rafael.

Nos reímos y todo siguió su curso.

—Ojalá no lo esté porque si se ha fumado todo me va a cagar —me dijo Rafael al oído y sonreí.

El lugar era amplísimo y algo oscuro: las paredes revestidas con tapizón hacían que todo pareciese un poco tétrico y remitiese a la decoración de una fiesta de Halloween. Habían distribuido a los invitados en varias mesas y en la nuestra estábamos nosotros cuatro, Rafael, Diego, el gordo Ramírez que saludaba a medio mundo sin recibir respuesta, y yo, junto a Milagros, Cecilia, Pezuña que seguía buscando camisa nueva, seguro entre algunos de sus tíos, unas gemelas que nos dijeron que también eran familia de ellos y una silla libre donde supuestamente se iba a sentar Mendoza si no se hubiese ido en un bus interprovincial.

El hielo se rompió con *La ciguapa*, una canción tropical de Chichi Peralta que sonaba en todo el dial de Lima desde hacía varios meses. Los viejos fueron los primeros en saltar a la pista de baile haciendo movimientos extraños con los brazos y tratando de evocar una época en la que todavía tenían vergüenza. Rafael, quien estaba a mi derecha, me golpeó ligeramente con el codo y me dijo «aprende, Coquito, te voy a limpiar el terreno». No entendí bien lo que quiso decir, pero lo vi levantarse y acercarse a Cecilia, quien me había empezado a mirar desde que sonó la primera nota de la canción, y la sacó. Ella, evidentemente, le extendió la mano y a los diez segundos ya estaban en medio trencito con los tíos de Valeria. La verdad, ese era el calentamiento, pues la quinceañera aún ni se había asomado, pero debo admitir que me perdí esa pieza porque Milagros solo movía los hombros como esperando algo, aunque yo me haya hecho el loco. Tranquilo, me dije para mis adentros, y me prometí que a la próxima canción que valiese la pena, la sacaría. Empezaron a sonar unas trompetas y unos tambores de batucada. «Latinos del mundo /Ya tú sabe». Y los viejos volvieron a la pista mientras los demás invitados les siguieron el paso: segunda oportunidad para mí. Diego se levantó y le dijo al gordo para sacar a las gemelas y los dos, incólumes, con todo en su sitio y el *look* perfecto, se mandaron sin roche. Yo seguí tanteando sin dejar entrar la presión.

Luego, empezaron los aplausos y la canción de Chayanne. Ese era el anuncio de la entrada de Valeria junto a su viejo, un chato pegado a un bigote horizontal perfectamente cuidado. Ambos caminaron al medio de la pista y empezaron a girar al ritmo del vals mientras todos aplaudíamos y Rafael buscaba con la vista a Pezuña. La música se prolongó por un rato y, tras la danza diplomática entre padre e hija, Valeria agarró a Diego del brazo y lo llevó a bailar una versión *trance* de *Píntame*. «Quiero su carita, pintada en mi corazón /Y le dije al pintor que no se pueda borrar /Píntame su nariz, para respirar su aire /Píntame su boquita, para yo poder besarle

/Píntame sus ojitos, para que me pueda mirar /Y que no se pueda borrar». Y ahí empezó la juerga en serio. Valeria se bajó del taco nueve aguja, se puso las ballerinas y todo el mundo la siguió. Cuando terminó la ceremonia, y antes del anuncio de la comida que el gordo Ramírez esperaba con ansias, el DJ, en un ataque de eclecticismo, se mandó con *Los Cuentos de la Cripta. Vol. 3*, la evolución del *Dame tu cosita*. Bueno, estaba entre el ahora o nunca, así que me levanté contra todos mis miedos, me le acerqué y saqué a bailar a Milagros. Si los viejos no habían podido manejar a Chichi Peralta y mucho menos al General, con el Chombo se volvieron locos, pero yo estaba ahí, con el saquito abotonado en la parte más alta como me dijo Diego y empecé a mover los pies como si fuesen unos patines en línea, brincando ligeramente sobre mi cadera y rodeando a Milagros como un pavo real. La verdad no hay mejor símil que ese, pero creo que allí abandoné mi tontería de niño que no sabe lo que hace y le tiene que preguntar a medio mundo. Con esa canción y con esos pasos no había pierda para mí, ni para Milagros, ni para nadie. Valeria se nos acercó y comenzó a bailar con ambos mientras me hacía una pequeña barra y juntaba al resto de sus amigos a nuestro alrededor. Moví los hombros como un desgraciado, y Rafael y Diego no lo podían creer. O me ganaba el premio al mejor bailarín o al más ridículo, pero, tras el baile, hasta el mozo me dijo que si queríamos un par de jarras adicionales para nuestra mesa se las pidiéramos.

Con la situación ya más en calma y luego de mi exhibición, descansé. En ese momento, llegó Pezuña y nos saludó a todos. Le contaron lo que había hecho minutos antes.

—Buena, chibolo, bien jugado —me dijo para luego comentarle a Milagros: «él sí, ah, él sí».

Pezuña no se quedó ni tres minutos e inmediatamente salió con Rafael de allí. Se perdieron como media hora y luego volvieron con los ojos rojos y las corbatas en las manos.

Luego Diego se acercó a mí y me dijo que Mendoza le había mandado un mensaje de texto.

—No sabía que tenía celular —le dije.

—Dice que se ha prestado uno de un tío suyo.

—¿Qué dice? —le pregunté.

—Está pulseando cómo va el tono. Me pregunta cómo está Valeria y si hay alguien jodiéndola. Es un baboso: no viene, se acobarda, se va de viaje y encima pulsea. En fin. Ya sabes cómo es, Coquito, hay que cuidar a los amigos, aunque sean imbéciles.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por un lado, si le digo a Valeria quizá le malogro el tono, pero si no le digo Mendoza se va a querer regresar en avión ahorita o se va a querer matar.

—Pucha, tú decide —le dije.

Fue entonces cuando Diego sacó a bailar a su prima Cecilia como para acercarse a la quinceañera que no se perdía una pieza y que había prometido bailar hasta *La cucaracha* si se la ponían. Yo los vi de lejos y noté cómo, tras la conversación en plena pista entre Diego y Valeria, ella hizo un gesto de ya qué importa, total, esta es mi fiesta y Mendoza es un huevón.

En ese momento, al DJ le dio otro ataque de espontaneidad y se puso romántico: «Tu amor es algo tímido, reñido /Es algo típico /Nada especial /Eso dirían los demás». Milagros y yo nos miramos, sonreímos y salimos a bailar como en un acuerdo telepático y convertimos ese ritmo dominicano en un lento de la época de nuestros viejos. «Es que tú sabes que te quiero así /Yo tengo el gusto de quererte», le canté al oído siguiendo la letra de la canción, con los violines y los timbales de fondo, y nos besamos por primera vez. Podría parecer una cursilería asquerosa y tremendamente ensayada, pero para un púber, para mi versión púber, ese fue el escenario más perfecto en el que podría haber estado alguna vez. No sé si algún viejo se dio cuenta (porque allí estaba toda su familia), pero mis amigos celebraron como si su rata de laboratorio hubiese escogido la cavidad correcta, y hasta el mozo me hizo una seña que en un principio pensé que era una V de la victoria, pero luego entendí que significaba dos jarras de cerveza más.

Al volver a la mesa, entrelazamos nuestras manos y no nos separamos en el resto de la noche, aunque eso duró solo un poco más, pues fue en ese instante cuando, desde la puerta, uno de los encargados del lugar nos hizo una seña para que nos acercásemos.

—Señor.

—¿Sí? Díganos.

—Hay un señor preguntando por unos chicos. El señor Ramírez —nos dijo.

—Gordo, tu viejo —dijo Diego.

—Gordo, no nos vamos a ir ahorita, no seas pendejo —le dije con toda la moral del mundo que en ese momento cabía en mi cuerpo.

—No, ni loco —dijo Diego—. Voy a llamar a mi vieja y le voy a decir que nos vamos a quedar hasta más tarde. Ya luego que nos pague un taxi y nos espere en el barrio, pero de acá no nos vamos, si es un tonazo.

—Yo te sigo —le dije.

—¿Y Rafael? —dijo el gordo Ramírez.

—Rafael está en Saturno, no jodas. Está voladazo —dije.

—Gordito, nosotros nos quedamos —sentenció Diego.

El gordo Ramírez se dio media vuelta y salió de allí con un semblante distinto al que había mostrado durante días, incluso semanas. Se notaba que también quería quedarse, pero afuera andaba su viejo a quien jamás le había mostrado oposición.

—Coquito me besó. Repito, Coquito me besó. Me siento la chica más feliz de todas. Es un lindo, baila hermoso y encima no me suelta la mano. Aún no me lo ha dicho, pero yo ya creo que somos enamorados. Este es el mejor verano de mi vida y la mejor fiesta de todas. Siento que las dudas que tenía se me han ido: aún estoy esperando que me diga que me quiere, que quiere ir a pasear o que quiere bailar otra vez. Yo sé que me han dicho que no me ilusione con ningún chico, pero siento que él es otra cosa —le dije a mi prima.

—No tengo nada para decirte, querida, solo disfruta la noche — me respondió Valeria mientras trataba de disimular una lágrima para que no se le corriese el maquillaje.

—Es por Mendoza, ¿verdad?

Y Valeria asintió.

—Finalmente, ¿qué te dijo tu mamá?

—Al final no pasó nada: le expliqué que me gustaba Mendoza, que era un buen chico y que tenía que conocerlo... pero el baboso no vino y ya la malogró toda —me dijo antes de tomar aire y decidir que había que continuar la juerga.

Rafael y Pezuña habían fumado tanta hierba que empezaron a tener hambre y no les resultó suficiente comerse su comida más la comida de las gemelas de la mesa, así que fueron a ver qué bocaditos se podían llevar. Yo estaba de la mano con Milagros y la saqué a bailar otra canción, pero no pasó tanto hasta que Diego se me acercó y me tocó el hombro para pedirme que voltease y viese cómo Rafael y Pezuña estaban demasiado cerca de otro grupito de patas que no conocíamos. Entendí la indirecta y nos acercamos discretamente hacia donde estaban. En menos de treinta segundos vi cómo Rafael juntó todas sus fuerzas y lanzó un escupitajo hacia un tipo que supuestamente le había dicho algo y allí se armó la de padre, madre y señor mío, y fue uno de ellos el que lanzó el primer golpe. Pezuña lo esquivó y tampoco llegó directo a Rafael, así que luego contraatacamos y todo se descontroló. Se metieron tres o cuatro tipos más de ellos y Diego y yo tuvimos que acercarnos a separar mientras, de paso, repartíamos algunos puñetes para que la cosa se calmara. Rafael y Pezuña eran tipos fuertes y se las sabían todas, pero contra cinco idiotas con tres jarras de cerveza encima, cualquiera podría estar en pierde. Éramos conscientes de que no podíamos comportarnos como cavernícolas y cagarle la fiesta a Valeria, además de que estábamos en una Villa Militar, pero el Dj, en otro momento de inspiración y de oportunismo, no tuvo mejor idea que poner *In The End*, de Linkin Park, y proporcionarnos una banda sonora de lujo para el contrasuelazo que le propinó Rafael a uno de los tipos antes de que selláramos nuestra actuación de la noche. Nadie sabe muy bien por qué empezó la pelea, pero estábamos hasta el cuello así que solo tocaba seguir. Cuando uno de ellos estuvo a punto de atacar a Diego por la espalda y yo me estaba fajando con otro, vi que de pronto apareció el gordo Ramírez y se lo despachó de un codazo con toda su humanidad.

—¡Gordo! —dijimos Diego y yo al unísono.

—¡La conchatumadre, gordo! —exclamó Rafael—. Qué *crack* eres, mierda —agregó.

Y el Dj detuvo la música. Los viejos se acercaron a separarnos y, como no fueron tan idiotas para botarnos a todos a la calle y que siguiésemos la pelea en alguna avenida, nos expectoraron solo a nosotros. Tuve tiempo de ir a coger mi saco de la silla y darle un beso de despedida a Milagros. Así se acabó la fiesta para nosotros y nos fuimos ya no solo como los simpáticos jovencitos que bailaban bien y le ponían buena onda a todo, sino un poquito como los chicos malos a los que los padres odiaban, pero por los que las invitadas preguntaban. Nos fuimos casi

entre abrazos: Rafael aún arriba, el gordo contando que le había dicho a su viejo que ya no estaba para que lo trate como un chibolo, Diego agradeciéndole por haberlo defendido y yo sabiendo que tenía novia nueva. Bueno, mi primera enamorada.

3

Aunque las vacaciones ya se iban terminando, el sol aún pegaba fuerte y no discriminaba entre la mañana o la tarde para aparecerse. Las charlas sobre el quinceañero de Valeria se prolongaron por semanas: hablábamos de la fiesta en pleno partido de fútbol, cuando nos acompañábamos a cortarnos el pelo donde don Nico y el tío Parkinson y, evidentemente, durante las noches en las escaleras donde se me podía ver bien sentado, agarrado de la mano de Milagros, al gordo Ramírez reconciliado con sus demonios adolescentes, a Rafael queriendo «sacarme de encima» a Cecilia (cuando en realidad era él quien estaba cortejándola, pero nunca lo admitiría), a Diego y Pezuña haciendo la reconstrucción dramática de la pelea e introduciendo recuerdos de la misma, y a Mendoza de vuelta en Lima, bajoneado y sabiendo que esa sería la primera decepción de tantas.

Valeria bajaba cada vez menos, pues la ruptura tácita la hizo alejarse al inicio, pero luego retomó el contacto y la vergüenza —o el rencor— se fue disipando. De alguna forma, y sin poder explicarlo tan bien, ambos, Valeria y Mendoza, entendían que no había pasado nada tan grave más que el miedo que se genera cuando tienes esa edad. Cómo culparse mutuamente, pensaron, así que lograron reconstruir la amistad a pesar de los escombros.

Milagros y yo empezamos a salir a diario hasta para ir a comprar el pan, y por la tarde, después de jugar fútbol, iba a su casa con el sudor entre las orejas para que me diese un beso. El amor parecía poder más que la suciedad, y así pasaron los días, las noches y los fines de semana. Los padres de Milagros me recibían sin mayor problema y fue entonces cuando empecé a sentir mayor seguridad, incluso conmigo mismo. No sabía si la primera vez que me enamoré había coincidido con mi ingreso total a una adolescencia que por entonces resultaba una adultez joven, o si era más bien el motivo de mis nuevas formas para enfrentarme a un mundo hostil y jodido, pero así ocurrió.

Para la quincena de marzo ingresamos al colegio. Una escuela parroquial enorme que tenía canchas de fulbito, básquet, camerines y hasta una capillita. Como no cobraban mucho porque los curas financiaban a gran parte del alumnado y estaban adheridos a no sé qué congregación, mis viejos me pusieron allí. Además de que quedaba cerca de nuestra casa y conocían a algunos chicos que habían salido no tan torcidos de sus aulas. Rafael estudiaba en un colegio parecido que quedaba a unas cuadras, Mendoza en uno nacional que estaba al pie de la Vía Expresa, Diego en uno más lejano que costaba el doble o el triple que el de todos, y los demás, incluida Milagros, en ese al que yo acababa de entrar. Como pasábamos al mismo grado, rogué para que

nos tocasse en la misma sección, pero no se dio: a ella la mandaron a la C y a mí a la B. Nos encontrábamos en los recreos, cuando compartíamos Educación Física, cuando acordábamos una hora exacta para pedir permiso de ir al baño y a la salida. Luego nos íbamos juntos. Yo le cargaba la mochila hasta su casa y después me iba a la mía. Como en una canción edulcorante de amor de colegio, solo que peor. Y así nos gustaba pasar el tiempo, al menos esa segunda quincena de marzo donde, repito, el sol todavía pegaba con toda su furia.

Un día, mi madre me despertó a trompicones y gritos porque se me había pasado la hora: llegaría tarde a un lugar que quedaba a seis cuadras. Efectivamente, llegué pasadas las ocho y me hicieron esperar con los demás tardones a que se terminase la formación para enviarnos una nota en el cuaderno de control. La verdad, me importó poco, así que dejé pasar álgebra, lenguaje e inglés para que llegase el recreo en el que vería a Milagros. Cuando salimos de los salones como una plaga de langostas, me dirigí a la sección C y la busqué con la mirada, pero no la encontré. Le pregunté a uno de sus compañeros si la había visto y me dijo que no había ido a clases. Me extrañó, así que subí las escaleras para buscar al gordo Ramírez y preguntarle si sabía algo. Cuando lo encontré jodiendo con sus amigos lo llamé a un costadito, pero no me dio razón. Volví al patio para hacer lo que debí hacer desde un inicio y le pregunté a Valeria si sabía algo de su prima: «Sí, se ha enfermado desde anoche. Creo que está con fiebre, con gripe, creo que nada serio, pero se ha quedado en su casa por precaución», me dijo. Dejé de preocuparme y esperé la salida para buscarla en su casa. Al llegar, no toqué la puerta, sino que le tiré unos papeles a su ventana a ver si se asomaba. Si tocaba, sus padres me hubiesen dicho lo que ya sabía y me habrían mandado a mi casa, entonces opté por lo otro. Salió por la ventana y, a pesar de verse un poco cansada y con los ojos soñolientos, me mandó un beso volado. Me explicó rápidamente que desde la noche anterior no se había sentido bien, que le había subido la temperatura y que probablemente tenía alguna infección, quizá por algo que había comido. Le dije que la había extrañado, que esperaba que se pusiera mejor y, cuando me fui, le hice un gesto con la mano en la cara como para que esperase mi llamada al día siguiente. Nos despedimos y así acabó el día.

Al cabo de una semana, Milagros no había vuelto a clases. Yo la había ido a visitar todos los días para tocarle su ventana y preguntarle si necesitaba algo, que qué podía comer o si le habían prohibido el chocolate. La enfermedad persistía y, según lo que nos dijo Valeria, ni en la posta ni en la clínica le habían dicho exactamente qué tenía. Fue algo viral, sentenció primero, y a nosotros no nos quedaba tan claro qué era eso de viral y si se curaba con panadol o con inyecciones.

Ese fin de semana no hubo fútbol, ni fiesta, ni bicicleta, ese fin de semana nos la pasamos en la escalera conversando sobre el inicio de clases y sobre cómo Milagros seguía con la salud algo frágil. Valeria llegó y nos contó que si esa noche de sábado no mejoraba la llevarían a un hospital público para internarla y hacerle unos análisis. Hubo entonces un silencio tan

prolongado que nadie se animó a romperlo con un chiste o una anécdota. Mendoza se acercó a ella y le preguntó si podríamos ir a visitarla. «Sobre todo el chibolo, a ver si lo dejan entrar con su mamá», le dijo. Y Valeria nos dijo que no nos apresurásemos, que seguramente era nada y que en un par de días la veríamos de nuevo en el barrio. Aquella noche me fui a dormir viendo *Misterios sin resolver* y tras no haber probado casi nada de mi plato. Así pasaron más días y ella siguió internada. Una noche de entresemana, en la que no solíamos juntarnos hasta tan tarde, fuimos a casa de Valeria para ver qué noticias nos tenía. Fuimos todos, incluido Mendoza, Cecilia y el gordo Ramírez.

—Coquito, tú tranquilo, no pasa nada— me dijo Rafael, y yo moví la cabeza.

Valeria salió y nos recibió en la puerta.

—Milagros no está mal. Mi mamá me ha dicho que le han hecho unas pruebas para ver qué tiene y es algo celular. O al menos eso dijo. La van a mantener «estable» unos días a ver cómo evoluciona, pero no la podemos ir a visitar, solo familiares directos como sus papás o sus abuelos, pero nadie más, ni yo.

Cuando nos dijo eso, las manos empezaron a sudarme y empecé a sentir calor en mi cabello. Rafael pasó su brazo alrededor de mi cuello y me dijo «tranquilo, todo va a pasar, seguro no es nada». Nos quedamos allí conversando largo rato sobre todo lo que había pasado aquel verano: desde mi regreso al barrio con la bicicleta en la mano hasta el quinceañero de Valeria. Mendoza, avergonzado y un poco triste, se comió toda la historia mientras miraba subrepticamente a Valeria y ella hacía lo mismo con él. «Deberían amistarse», dijo Cecilia, quien era la única con la distancia suficiente como para sugerir tal cosa. Y qué bueno que lo hizo pues era probable que eso fuese lo que necesitaban Valeria y Mendoza, quienes un rato después se dieron un abrazo y juraría que una medialuna, que físicamente abarca un porcentaje de los labios y otro de la mejilla, pero que esconde cierta esperanza.

El ambiente se hizo más distendido y cuando las risas empezaron a emerger, creímos que sería buena idea ir por algo de comer. «Vamos a comer pizza», dijo Diego, «mi mamá me ha dado plata así que yo pongo una, ¿quién me sigue?». Decidimos ir, no sin antes esperar a que Valeria le consultase a su madre. «Un ratito, voy a entrar a preguntarle si me puedo mover y salgo al toque», nos dijo.

Esperamos unos minutos y escuchamos que desde adentro sonó el teléfono. Valeria salió por la ventana y nos dijo que llamaban del hospital. Los segundos se hicieron más que eternos hasta que Valeria volvió a salir. Caminaba con lentitud y, detrás de ella, la acompañaba su madre que marcaba el mismo paso. Valeria se nos acercó y el llanto le salió como una catarata mientras gritó que Milagritos se había muerto. «Se murió Milagros». Y todos se quedaron inmóviles mientras yo sentí la sangre recorrer con furia todas mis venas y las piernas llenarse de temblores. Grité. Grité igual que Valeria y no pude mantener la compostura. Pude ver de reojo cómo Rafael se agarraba la cabeza y Mendoza trataba de coger los brazos de Valeria. Según

Diego, tuvo que agarrarme para que no me cayese, pues parecía tener la misma densidad que una hoja de papel. Cecilia también lloraba. La mamá de Valeria se cogía el rostro. El gordo Ramírez se me pegó y me abrazó, y aunque yo no tengo un recuerdo tan exacto de ese instante, solo sé que grité tan fuerte que ni siquiera pude oírme a mí mismo.

Esa noche no hubo nada ni nadie que nos salvase de nuestro sufrimiento, no hubo más conversaciones, ni palabras, ni abrazos, ni nada que nos hiciera o me hiciera pensar que teníamos un futuro. Lo que vino después fue un estado ceremonial: un velorio, un cuerpo, una ilusión, otra vida inexistente... una parte de mí extraviada que no volví a ver más. Pasó todo aquello y mis padres me dejaron quedarme en casa algunos días antes de volver a la escuela. Yo no quería ir más. Estaba aterrado de regresar al sitio en el que pasaríamos el año, en el que empezaríamos a crear nuevas historias y el que supuestamente nos marcaría para siempre. Sin embargo, volví. Volví y ese primer día fui un zombi que pedía permiso cada vez que había un cambio de curso para poder irme al baño a llorar parejo durante varios minutos. Las lágrimas se me hicieron rutina.

Cuando salí de la escuela, regresé a casa por el camino largo tratando de estirar el tiempo cuando en realidad lo quería retroceder. Cuando estuve delante de mi puerta, toqué suavemente y me abrió mi padre. Papá sabía por todo lo que estaba pasando, pero creo que se ahorró el discurso, pues era consciente de que cualquier cosa que me dijese me entraría por un oído y me saldría por el otro. En vez de eso, me abrazó y me dijo que me amaba, como pocas veces o hacía mucho no lo había hecho. Entendí un poco a mi viejo y creo que ese abrazo fue su manera de decirme que me comprendía, pero que el miedo más grande que tenía era tener que sentir alguna vez lo que sintieron los viejos de Milagros. Nunca me lo dijo así abiertamente, pero se le notaba en los ojos pues me miraba como si fuese la primera vez que lo había hecho. De pronto, me dijo que me había comprado algo, y de una caja sacó un teléfono celular. «Ya sabes, para que hablemos un poquito más seguido o para que me mandes mensajes cuando quieras». Cogí el aparato, le dije gracias y subí a mi habitación. Cuando estuve allí no hice más que mirar el techo sin sacarme el uniforme. Cogí el teléfono, lo abrí y le escribí a Diego: «¿Quieres ir a dar una vuelta en bicicleta? Avísales a los demás».



BARRIO LABERINTO

© 2021, Leonardo Ledesma Watson

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial S. A.
Avenida Ricardo Palma 311, Oficina 804, Miraflores, Lima, Perú

Alfaguara es un sello editorial de
Penguin Random House Grupo Editorial S. A.

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Apollo Studio

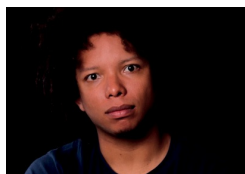
ISBN: 978-612-5020-23-9

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-10850

Primera edición: octubre de 2021

Conversión a e-book: Apollo Studio

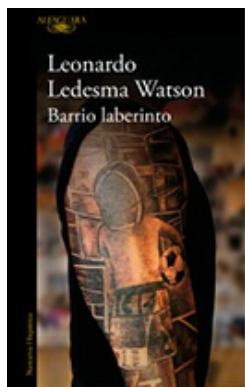
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Leonardo Ledesma Watson

Nació en Lima en 1988. Se hizo periodista ante la imposibilidad de jugar fútbol profesional. Ha trabajado en canales de televisión, diarios y revistas. Actualmente se dedica a la publicidad. En 2014, ganó el premio Ten en Cuento a La Victoria con el relato «El fantasma de la Remington» —incluido en este volumen— y ha publicado, en coautoría con J. J. Maldonado, *El demonio camuflado en el asfalto* (2019).

Fotografía del autor: ©Thais Suárez



«Ledesma actualiza el sentir del barrio de Matute y de la ciudad. Sus personajes están al filo de la ley, en insospechados laberintos que los pueden elevar a la redención».

Martín Roldán Ruiz

El pulso que recorre estos cuentos halla su origen en el corazón del barrio. El barrio: escenario, experiencia, sentimiento. La complejidad de sus límites determina a los personajes que se juegan la supervivencia a diario. Una fiesta infantil, un campo de fútbol, un callejón solitario, la parada del bus, el cuarto donde una pelota de tenis rebota contra la pared mientras alguien piensa que los sueños aún son un lugar de salvación. Al borde siempre del fracaso o el desencanto, los habitantes de este laberinto de la vida corriente logran entrever, en las experiencias límites, el sentido del amor, la amistad, la redención o la muerte.

Leonardo Ledesma ha sabido trasvasar a su escritura el vigor de la oralidad callejera. El resultado es un estilo de acrisolada sencillez, que dota a sus historias de una voz auténtica y cercana. *Barrio laberinto* se inscribe así en los registros de un realismo urbano donde la experiencia cotidiana es, a un tiempo, ámbito de revelaciones e íntimo recuerdo.